

AÑO XXXV
NUMEROS 568-569-570-571
B A R C E L O N A

JULIO - AGOSTO
SEPTIEMBRE-OCTUBRE
1978

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Ante el Pontificado de Juan Pablo II

CRISTO PRESENTE EN SU IGLESIA

En el curso de unas pocas semanas hemos sido testigos los católicos y la humanidad entera de sorprendentes y alentadoras novedades que han excedido todas las previsiones formadas desde las perplejidades surgidas desde consideraciones meramente humanas, culturales, sociológicas o políticas con que nos enfrentamos a veces ante los hechos de la vida de la Iglesia de Dios.

Después de la muerte de Paulo VI, el Papa realizador del Concilio Vaticano II iniciado por su predecesor Juan XXIII, y cuyo rico magisterio había quedado en tantos aspectos todavía poco asimilado y aceptado, pudimos gozar durante breves días de la presencia de un Papa que quiso tomar el nombre de sus dos predecesores y que despertó, como ha afirmado su sucesor, una oleada de amor en el pueblo cristiano.

El Papa Luciani, elegido el día de la festividad de la Virgen Patrona de Polonia, y que puso su Pontificado bajo la protección, como fúlgida estrella, de María Reina de los Apóstoles, fue con su misma presencia y su palabra apostólica y ungida, una invitación eficaz a contemplar sobrenaturalmente a la Iglesia de Cristo. Su prematura muerte nos lo hace ver como un misterioso precursor del nuevo Papa que nos tenía preparado la misteriosa Providencia de Dios.

Después de siglos en que las circunstancias históricas del mundo católico habían sugerido a los Cardenales de la Iglesia Romana la elección de Papas italianos, vemos ahora en la Cátedra de Pedro, Obispo de la Iglesia de Roma y Pastor de la Iglesia Universal, al Papa polaco.

Ha tomado nuevamente el nombre de Juan Pablo. Ha asumido la herencia del Papa Luciani al insistir como él en la importancia capital de la pureza de la fe y en el empeño por la disciplina del clero. Ha ratificado igualmente la necesidad de la fiel aplicación del Concilio Vaticano II.

El Papa Luciani había iniciado sus audiencias con estilo de Párroco e intención catequética, hablando de la humildad y de las virtudes teológicas. Juan Pablo II ha querido continuar estas enseñanzas exponiendo,

con palabras tomadas de los doctores de la tradición católica, su enseñanza sobre la Prudencia y la Justicia y las demás virtudes morales.

Al inaugurar su Pontificado habló con un lenguaje de apóstol, heredero de la confesión de San Pedro, anunciando a todos los hombres, con acento humanísimo y con énfasis en el respeto al hombre que es deber del Apóstol de Cristo, que este Cristo, nacido de María Virgen, es el Hijo de Dios vivo.

Ha llamado a la humanidad a abrir sus puertas sin temor a Cristo, a dejar que su influencia salvadora penetre todas las dimensiones de la vida y todos sus sistemas culturales, políticos y económicos.

El nuevo Papa polaco nos exhortó aquel día a contemplar al Papa y a la Iglesia en su verdadera perspectiva: la de servicio a la suma, única y dulce potestad de Cristo, Cabeza del pueblo de Dios que es su Reino.

Se ha proclamado, para ejemplo de todos nosotros, totalmente poseído por la Virgen María, Madre de Cristo y de la Iglesia.

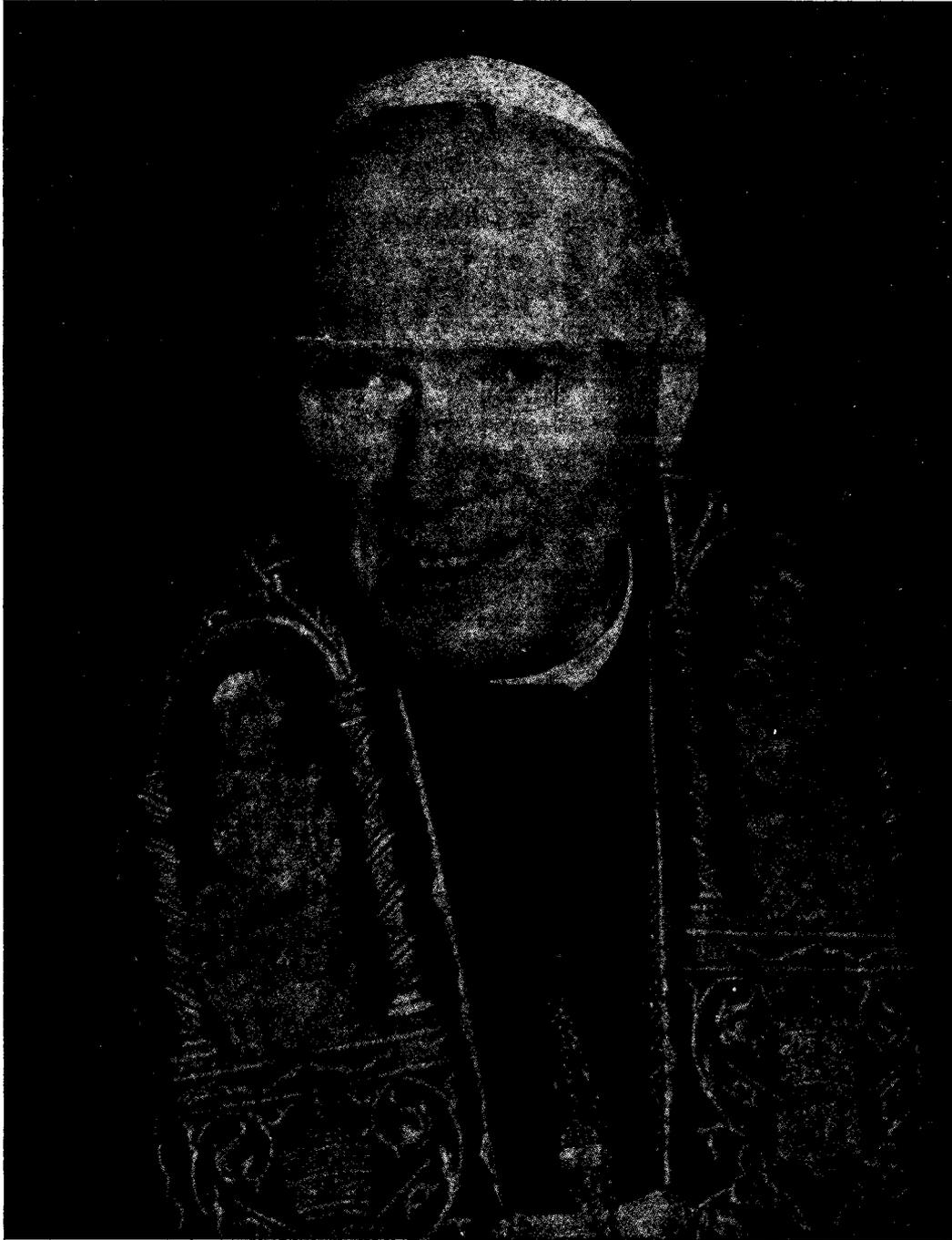
A los católicos del mundo de lengua española nos ha exhortado a conservar nuestras tradiciones cristianas, a la fidelidad a la Cátedra de San Pedro y a la conservación e incremento de nuestra piedad mariana.

Todos los acontecimientos de estas últimas décadas se nos muestran como invitación, por la palabra y por la presencia apostólica del Papa a contemplar, en esta difícilísima época del fin del segundo milenio, a Cristo viviente en su Iglesia.

F. C. V.

SUMARIO

ANTE EL PONTIFICADO DE JUAN PABLO II — CRISTO PRESENTE EN SU IGLESIA
 DISCURSO DE JUAN PABLO II EN LA INAUGURACION DE SU PONTIFICADO
 EL APOSTOLADO DE LA ORACION AL SERVICIO DE LA IGLESIA Y DEL PAPA
 PRIMER SALUDO A LA IGLESIA
 ME LLAMARE JUAN PABLO
 MARIA SANTISIMA ESTRELLA DE NUESTRO PONTIFICADO (Primer mensaje al mundo)
 SOSTENIDO POR VUESTRA PLEGARIA (Homilía en la inauguración de su Pontificado)
 LA GRAN DISCIPLINA DE LA IGLESIA (Al clero romano)
 AUTORIDAD Y LIBERTAD EN LA IGLESIA (En la toma de posesión de San Juan de Letrán)
 LA HUMILDAD - LA FE - LA ESPERANZA - LA CARIDAD (Audiencias generales)
 CONFIANZA EN LA INDEFECTIBLE AYUDA DE CRISTO (Al Sacro Colegio de Cardenales)
 LA IGLESIA ILUMINA LAS CONCIENCIAS (Al Cuerpo Diplomático)
 AMOR A LA VERDAD Y RESPETO A LA DIGNIDAD HUMANA (A los periodistas)
 LA FAMILIA COMO UNIDAD DE AMOR (A los obispos de los Estados Unidos)
 LA MISION DE LOS OBISPOS ES ANUNCIAR A CRISTO (A los obispos de Filipinas)
 PIEDRAS QUE HABLAN DE LA FE EN NUESTROS MAYORES (Último documento firmado)
 ANGELUS: LA ESCUELA — MAS ORACIONES Y MENOS GUERRAS — LA ESPERANZA DE PAZ EN
 LA ORACION — POR LAS CONVERSACIONES DE CAMP DAVID
 A UNOS RECIEN CASADOS
 DEL CONCILIO VATICANO II
 ENSEÑANZAS DE JUAN XXIII Y PAULO VI
 DOCTRINA MARIANA
 LA VIDA CRISTIANA Y EL APOSTOLADO
 LA FAMILIA CRISTIANA
 LA DOCTRINA SOCIAL Y POLITICA



TOTUS TUUS

ABRIR DE PAR EN PAR LAS PUERTAS A CRISTO

Discurso de inauguración del Pontificado en la Plaza de San Pedro

**Misión de Pedro:
La confesión de la Fe**

Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Estas palabras ha pronunciado Simón, hijo de Juan, en la región de Cesarea de Filipos. Sí, las ha expresado con su propia lengua, con una profunda, vívida y sentida convicción —pero está en él la viva fuente, el manantial: «...porque ni la carne ni la sangre te lo han revelado, sino mi Padre que está en los cielos». Sus palabras eran palabras de fe.

Este signo es el inicio de la misión de Pedro en la historia de la salvación, en la historia del pueblo de Dios. Desde entonces, desde tal confesión de fe, la historia sagrada de la salvación del Pueblo de Dios debía adquirir una nueva dimensión: expresarse en la histórica dimensión de la Iglesia. Esta dimensión eclesial de la historia del Pueblo de Dios, trae su origen, nace de hecho de estas palabras de Fe, y se vincula al hombre que las ha pronunciado: «Tú eres Pedro —roca, piedra— y sobre ti, como sobre una piedra, yo edificaré mi Iglesia.

Por esto hoy, en este lugar conviene que de nuevo sean pronunciadas y oídas las mismas palabras.

«TÚ ERES EL CRISTO, EL HIJO DE DIOS VIVO.»

Sí, hermanos e hijos, sobre todo estas palabras.

Su contenido descubre ante nuestros ojos el misterio de Dios vivo, misterio que el Hijo conoce nos lo ha acercado. Nadie más que Él ha acercado al Dios vivo a los hombres, ninguno lo ha revelado como lo ha hecho Él mismo. En nuestro conocimiento de Dios, en nuestro camino hacia Dios, estamos totalmente ligados a la potencia de estas palabras. «Quien me ve, ve al Padre.» Aquel que es infinito, inescrutable, inefable, se ha acercado a los hombres en Jesucristo, el Hijo Unigénito, nacido de María Virgen en el portal de Belén.

Vosotros todos que gozáis de la inestimable ventura de creer. Vosotros todos acercaos más aún a Dios.

Por eso desechad la duda; acoged, una vez más —hoy en este sagrado lugar— las palabras pronunciadas por Simón Pedro. En aquellas palabras está la fe de la Iglesia. Y en aquellas mismas palabras está la nueva verdad, más bien, la última y definitiva verdad sobre el hombre: el Hijo de Dios viviente. «Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo.»

Hoy el nuevo Obispo de Roma inicia solemnemente su ministerio y la misión de Pedro. En esta ciudad Pedro ha ejercido y cumplido la misión señalada por el Señor.

El Señor se vuelve a él diciéndole:

«... cuando eras más joven te ceñías tú solo el hábito y andabas hacia donde querías; pero cuando seas viejo tenderás tus manos, y otro te ceñirá el hábito y te llevará donde tú no quieras».

¡Pedro vino a Roma!

¿Qué le ha guiado y conducido a esta Urbe, corazón del Imperio Romano, sino la obediencia a la inspiración recibida del Señor? Tal vez este pescador de Galilea no habría querido venir hasta aquí. Tal vez hubiera preferido permanecer allá, en la ribera del lago de Genezaret, con su barca, con sus redes. Pero guiado por el Señor, obediente a su inspiración, ¡llegó aquí!

Según una antigua tradición (que ha encontrado magnífica expresión literaria en una novela de Henryk Sienkiewicz), durante la persecución de Nerón, Pedro quería abandonar Roma. Pero el Señor intervino; le salió al encuentro: Pedro volvióse a Él diciendo: «¿Dónde vas, Señor?» Y el Señor le responde en seguida: «Voy a Roma a ser crucificado por segunda vez». Pedro volvió a Roma y permaneció aquí hasta ser crucificado.

Un hijo de Polonia en la Sede de Pedro

Sí, hermanos e hijos, Roma es la Sede de Pedro. Durante los siglos han sucedido en esta Sede nuevos Obispos. Hoy uno nuevo sube a la Cátedra Romana de Pedro, un Obispo lleno de emoción, consciente de su indignidad. ¿Y cómo no temblar ante la grandeza de tal llamada, y frente a la misión universal de esta Sede Romana?

En la Sede de Pedro en Roma está hoy un Obispo que no es romano. Un Obispo que es hijo de Polonia. Pero desde este momento es romano, ¡sí, Romano! Hijo de una nación cuya historia desde sus primeros albores y en sus milenarias tradiciones se ha señalado por un vínculo vivo, fuerte, ininterrumpido, sentido y vivido con la Sede de Pedro, una nación que ha permanecido siempre fiel a esta Sede de Roma. ¡Oh, es inexcrutable el designio de la divina Providencia!

En tiempo pasado, cuando los sucesores de Pedro tomaban posesión de su Sede, se ponía sobre su cabeza el signo del triple reino: la Tiara. El último coronado fue el Papa Paulo VI en 1963, el cual, pero, después del solemne rito de la coronación no lo usó jamás, nunca más usó la tiara, dejando a sus sucesores la libertad de decidir a este respecto.

El Papa Juan Pablo I, cuyo recuerdo es tan vivo a nuestro corazón, no ha querido tampoco la tiara, y hoy no la quiere su sucesor. No es tiempo de volver a un rito y a aquello que, tal vez injustamente, ha sido considerado como símbolo del poder temporal de los Papas.

**El pueblo de Dios participa de
la triple potestad de Cristo:
Sacerdote, Profeta y Rey**

Nuestro tiempo nos invita, nos empuja, nos obliga a mirar al Señor y a sumergirnos en una humilde y devota meditación del misterio de **LA SUPREMA POTESAD DEL MISMO CRISTO.**

Aquel que nació de la Virgen María, el hijo del carpintero —como se le llamaba—, el Hijo de Dios vivo como ha confesado Pedro, ha venido para hacer de todos nosotros «un reino de sacerdotes».

El Concilio Vaticano II nos ha revelado el misterio de esta potestad y el hecho que la misión de Cristo, Sacerdote, Profeta-Maestro, Rey, continúa en la Iglesia. Todos, todo el pueblo de Dios es partícipe de esta triple misión. Y tal vez en el pasado se ponía sobre la cabeza del Papa la tiara, la triple corona, para expresar, a través de tal símbolo, que todo el orden jerárquico de la Iglesia de Cristo, toda su «sacra potestad» en ella ejercitada, no es otra cosa que el servicio, servicio que tiene por fin una sola cosa: que todo el Pueblo de Dios sea partícipe de esta triple misión de Cristo y permanezca siempre bajo la potestad del Señor, la cual tiene su origen no en las potencias de este mundo, sino del Padre celestial y del misterio de la Cruz y de la Resurrección.

La potestad absoluta y a la vez dulce y suave del Señor responde a todo lo profundo del hombre, a su más elevada aspiración de la inteligencia, de la voluntad, del corazón. No habla un lenguaje de fuerza, pero se expresa en la caridad y en la verdad.

El nuevo sucesor de Pedro en la Sede de Roma eleva hoy una ferviente, humilde, confiada oración: «¡Oh Cristo!, ¡haz que yo pueda llegar a ser servidor de Tu única potestad! ¡Servidor de Tu dulce potestad! ¡Servidor de Tu potestad que no conoce ocaso! ¡Haz que yo pueda ser un Siervo! Así, ¡Siervo de tus siervos!»

**Abrid las puertas a Cristo;
sólo Él tiene palabras de
vida eterna**

Hermanos y hermanas: ¡No tengáis miedo de aceptar y de acoger a Cristo, de aceptar su potestad!

Ayudad al Papa y a todos cuantos quieran servir a Cristo, y, ¡con la potestad de Cristo, servir al hombre y la humanidad entera!

¡No tengáis miedo! ¡Abrid, por el contrario, las puertas a Cristo!

Abrid los confines de los Estados, a su salvadora potestad. También los sistemas económicos, así como los políticos, los vastos campos de cultura, de civilización de desarrollo. ¡No tengáis miedo! Cristo sabe «lo que hay dentro del hombre». ¡Sólo Él lo sabe!

A veces el hombre no sabe lo que lleva dentro, en lo profundo de su alma, de su corazón. También a veces está incierto sobre el sentido de su vida en este mundo. Está invadido por la duda que se transforma en desesperación. Permitid, pues —os lo ruego, os lo imploro, con humildad y confianza—, permitid a Cristo hablar al hombre. ¡Sólo Él tiene palabras de vida, sí, de vida eterna!

Hoy la Iglesia entera celebra «El Día de las Misiones», rogad, o sea, meditad, obrad, para que a la palabra de vida de Cristo juntemos la de todos los hombres y sea por ellos escuchada como mensaje de esperanza, de salvación, de liberación total.

Doy gracias a todos los presentes que han querido participar en esta solemne inauguración del ministerio del nuevo Sucesor de Pedro.

Doy gracias de corazón a los Jefes de Estado, a los Representantes de la Autoridad, las Delegaciones de los Gobiernos por su presencia que tanto me honra.

Gracias a Vosotros, eminentísimos cardenales de la Santa Iglesia Romana.

Os doy gracias amados hermanos en el Episcopado.

Gracias a vosotros, Sacerdotes.

A vosotros, Hermanas y Hermanos, Religiosas y Religiosos de las Órdenes y de las Congregaciones, ¡gracias!

Gracias a vosotros, Romanos.

Gracias a los peregrinos venidos de todo el mundo.

Gracias a cuantos están unidos a este Sagrado Rito a través de la Radio y la Televisión.

PALABRAS DIRIGIDAS AL MUNDO DE LENGUA ESPAÑOLA

Mi pensamiento se dirige ahora hacia el mundo de lengua española, una porción tan considerable de la Iglesia de Cristo. A vosotros, hermanos e hijos queridos, llegue en este momento solemne el afectuoso saludo del nuevo Papa. Unidos por los vínculos de una común fe católica, sed fieles a vuestra tradición cristiana, hecha vida en un clima cada vez más justo y solidario, mantened vuestra conocida cercanía al Vicario de Cristo y cultivad intensamente la devoción a nuestra Madre María Santísima.

JUAN PABLO II

EL APOSTOLADO DE LA ORACION AL SERVICIO DE LA IGLESIA Y DEL PAPA

En su primer Mensaje, radiado a todo el mundo, después de la Misa «pro Ecclesia» celebrada el 17 de octubre pasado en la Capilla Sixtina con el Colegio de Cardenales, al concluir el Cónclave, Juan Pablo II, recién elegido Papa, se dirigió en particular a todos los elementos que integran la Iglesia para acabar citando «a las multiformes Asociaciones de Apostolado en la unión magnífica de la Iglesia de Cristo»... y nos dijo:

«El indigno sucesor de Pedro que se propone escrutar las insondables riquezas de Cristo (Efes. III, 8) tiene la máxima necesidad de vuestra ayuda, de vuestra oración, de vuestro sacrificio y por eso os lo pide con la mayor humildad.»

Ante esta petición, tan sentida, tan intensa y tan humilde, nosotros, que pertenecemos al Apostolado de la Oración, no podemos dejar de reaccionar vivamente sintiéndonos aludidos en especial, ya que en pocas palabras nos señala en nuestras notas características.

Queremos ser, efectivamente, **Asociación de Apostolado**. Queremos colaborar **con la oración y el sacrificio** y todo en la **unión magnífica de la Iglesia de Cristo**, que representan para nosotros las Intenciones, bendecidas por el Papa, que renovamos cada mes en nuestro ofrecimiento diario.

Y si esto no bastara para señalarnos particularmente, Juan Pablo II tiene aún el detalle de decirnos que ésta **ayuda que necesita de nosotros** es porque se **propone escrutar las insondables riquezas de Cristo**, frase que citada de San Pablo emplea la Iglesia en su liturgia para ensalzar la fiesta del Corazón de Jesús, en la segunda lectura de la Misa en ese día en su ciclo B.

¿Qué más podríamos esperar en un esquemático discurso de exposición de su programa, que se acordara de nuestro Apostolado de la Oración, relacionándolo —tal como venían haciéndolo los últimos Pontífices— con la devoción al Corazón de Jesús? Terminando con una sentida invocación a la Virgen.

Ahora es, pues, nuestra misión corresponder a esta atención y volcar el Apostolado de la Oración, en su silencioso pero fecundo trabajo, por las Intenciones de un nuevo Pontificado que tan prometedor es para la Iglesia, y del que tanto esperamos todos los que nos habíamos ya ilusionado con la figura tan atractiva de Juan Pablo I que, por designios que no llegamos a comprender ni hemos de discutir, Dios nos lo concedió por tan corto tiempo, aunque intensísimo, y que probablemente preparó un reinado fructuoso para su sucesor, nuestro venerado Juan Pablo II.

LAS ENSEÑANZAS DE JUAN PABLO I

PRIMER SALUDO A LA IGLESIA



ME LLAMARE JUAN PABLO

«Ayer por la mañana yo fui a la Sixtina a votar tranquilamente. Nunca hubiera imaginado lo que iba a suceder. Apenas se perfiló el peligro para mí, los dos colegas que estaban a mi lado me susurraron palabras de aliento. El uno me dijo: «¡Ánimo! Si el Señor le pone una carga, le dará también la ayuda para llevarla.» Y el otro colega añadió: «No tenga miedo; en todo el mundo hay mucha gente que reza por el nuevo Papa.» Llegado el momento, acepté. Después se trató del nombre, porque preguntan también qué nombre quiere uno tomar, y yo apenas si había pensado en esto. Me hice el siguiente razonamiento: El Papa Juan quiso consagrarme él, con sus propias manos, aquí, en la basílica de San Pedro; después, aunque indignamente, en Venecia le sucedí en la Cátedra de San Marcos, en esa Venecia que todavía está totalmente llena del Papa Juan. Le recuerdan los gondoleros, las monjas, todos. Pero también el Papa Pablo no sólo me hizo cardenal, sino que algunos meses antes, sobre la pasarela de la plaza de San Marcos, me hizo enrojecer ante veinte mil personas, porque se quitó la estola y la puso sobre mis espaldas. ¡Yo nunca me he puesto tan colorado! Por otra parte, en quince años de pontificado, este Papa, no sólo a mí, sino a todo el mundo, nos ha enseñado cómo se ama, cómo se sirve, cómo se trabaja y cómo se sufre por la Iglesia de Cristo. Por eso dije: «Me llamaré Juan Pablo.» Entendámonos; yo no tengo la «sapientia cordis» del Papa Juan ni, tampoco, la preparación y la cultura del Papa Pablo, pero ocupo ahora su lugar y he de tratar de servir a la Iglesia. Espero que me ayudaréis con vuestras oraciones.»

MARIA SANTISIMA ESTRELLA DE NUESTRO PONTIFICADO

Primer mensaje al mundo pronunciado en la Capilla Sixtina al finalizar el Conclave (27-8-78).

Confianza en Dios Omnipotente al iniciar el Pontificado

Venerables hermanos. Queridos hijos e hijas de todo el orbe católico:

Llamados por la misteriosa y paterna bondad de Dios a la gravísima responsabilidad del Supremo Pontificado, os enviamos nuestro saludo, e inmediatamente lo extendemos a todos los hombres del mundo que nos escuchan en este momento y en los cuales, según las enseñanzas del Evangelio, nos gusta ver únicamente amigos, hermanos. A todos vosotros, salud, paz, misericordia, amor: «*Gratia Domini nostri Jesu Christi et caritas Dei et communicatio Sancti Spiritus sit cum omnibus vobis*» (2 Cor., 13, 13).

Tenemos todavía el ánimo transido por el pensamiento del tremendo ministerio para el que hemos sido elegidos. Como Pedro, nos parece haber puesto el pie sobre el agua movediza y, agitados por el viento impetuoso, hemos gritado con él al Señor: «*Domine, salvum me fac*» (Mt., 14, 30). Pero hemos sentido dirigirse también a nosotros la voz, alentadora y al mismo tiempo amablemente exhortadora, de Cristo: «*Medicae fidei, quare dubitasti?*» (Mt., 14, 31). Si las fuerzas humanas, por sí solas, no pueden ser proporcionadas a tan gran peso, la ayuda omnipotente de Dios, que guía a su Iglesia a través de los siglos en medio de tantas contradicciones y contrariedades, no nos faltará ciertamente tampoco a nosotros, humilde y último *Servus servorum Dei*. Poniendo nuestra mano en la de Cristo, apoyándonos en Él, hemos subido también nosotros al timón de esta nave, que es la Iglesia; ella es estable y segura, aun en medio de las tempestades, porque tiene consigo la presencia confortadora y dominadora del Hijo de Dios. Según las palabras de San Agustín, que recoge una imagen querida a la antigua patrística, la nave de la Iglesia no debe temer, porque está guiada por Cristo y su Vicario: «*Quia etsi turbatur navis, navis est tamen. Sola portat discipulos et recipit Christum. Periclitatur quidem in mari, sed sine illa statim periturus*» (Sermo 75, 3; PL 38, 475). Sólo en ella hay salvación: *sine illa periturus!*

Las enseñanzas del Concilio Vaticano II dirigirán nuestro ministerio

Con esta fe empezamos a caminar. La ayuda de Dios no nos faltará, según la promesa indefectible: «*Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus*

usque ad consummation saeculi» (Mt. 28, 20). Vuestra respuesta unánime y la colaboración generosa de todos nos hará más ligero el peso del deber cotidiano. Nos aprestamos a esta terrible misión con la consciencia de la insustituibilidad de la Iglesia católica, cuya inmensa fuerza espiritual es garantía de paz y de orden, y como tal está presente en el mundo, como tal es reconocida en el mundo. El eco que su vida levanta cada día es la prueba de que ella, a pesar de todo, está viva en el corazón de los hombres, incluso de aquellas que no comparten su verdad ni aceptan su mensaje. Como ha dicho el Concilio Vaticano II, a cuyas enseñanzas queremos dirigir todo nuestro ministerio de sacerdote, de maestro y de pastor, «debiéndose extender a toda la tierra, la Iglesia entra en la historia de los hombres, pero al mismo tiempo trasciende los tiempos y los confines de los pueblos. En las tentaciones y tribulaciones de su camino, la Iglesia está sostenida por la fuerza de la gracia de Dios, que le ha sido prometida por el Señor, para que por la debilidad humana no se debilite la perfecta fidelidad, sino que permanezca digna esposa de su Señor y no cese de renovarse bajo la acción del Espíritu Santo, a fin de que, a través de la cruz, llegue a la luz que no conoce ocaso» («Lumen gentium», 9). Según el plan de Dios, que «ha convocado a todos aquellos que miran con fe a Jesús, autor de la salvación y principio de unidad y de paz», la Iglesia ha sido querida por Él «para que sea para todos y para cada uno sacramento visible de esta unidad salvífica» (ibid.).

Bajo esta luz, nos ponemos enteramente, con todas nuestras fuerzas físicas y espirituales, al servicio de la misión universal de la Iglesia que es lo mismo que decir al servicio del mundo; es decir, al servicio de la verdad, de la justicia, de la paz, de la concordia, de la colaboración en el interior de las naciones, así como en las relaciones entre los pueblos. Ante todo llamamos a los hijos de la Iglesia a tomar conciencia cada vez mayor de su responsabilidad: «Vos estis sal terrae, vos estis lux mundi» (Mt. 5, 13 s.). Superando las tensiones internas que se han podido crear aquí y allá, venciendo las tentaciones de acomodarse a los gustos y costumbres del mundo, así como a las seducciones del aplauso fácil, unidos en el único vínculo del amor que debe informar la vida íntima de la Iglesia como también las formas externas de su disciplina, los fieles deben estar dispuestos a dar testimonio de la propia fe ante el mundo: «parati semper ad satisfactionem omni poscenti vos rationem de ea, quae in vobis est, spe» (1 Pe., 3, 15).

La Iglesia, en este esfuerzo común de responsabilización y de respuesta a los problemas acuciantes del momento, está llamada a dar al mundo ese «suplemento de alma» que tanto se invoca y que sólo puede asegurar la salvación. Esto es lo que espera hoy el mundo: él sabe bien que la perfección sublime a la que ha llegado con sus investigaciones y con sus técnicas —en las que es justo reconocer el cumplimiento del mandato primigenio de Dios: «llenad la tierra y someterla» (Gén., 1, 28)— ha alcanzado una cumbre más allá de la cual está el vértigo del abismo; la tentación de sustituir a Dios con la decisión autónoma que prescinde de las leyes morales, lleva al hombre moderno al riesgo de reducir la tierra a un desierto, la persona a un autómatas, la convivencia fraterna a una colectivización planificada, introduciendo no raramente la muerte allí donde en cambio Dios quiere la vida.

El programa de nuestro Pontificado

La Iglesia, llena de admiración y amorosamente inclinada hacia las conquistas humanas, pretende no obstante salvaguardar al mundo, sediento de vida y de amor, de las amenazas que le acechan; el Evangelio llama a todos sus hijos a poner las propias fuerzas, y la misma vida, al servicio de los hermanos, en el nombre de la caridad de Cristo: «Maiorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis» (Jn., 15, 13). En este momento solemne pretendemos consagrar todo lo que somos y podemos a este fin supremo, hasta el último respiro, conscientes del encargo que Cristo mismo nos ha confiado: «Confirma fratres» (Lc. 22, 32).

Nos ayuda a darnos fuerza en la ardua tarea el recuerdo suavísimo de nuestros predecesores, cuya amable dulzura e intrépida fuerza nos servirá de ejemplo en el programa pontifical; recordamos en particular las grandísimas lecciones de gobierno pastoral que nos dejaron los Papas más cercanos a nosotros, como Pío XI, Pío XII, Juan XXIII, que con su sabiduría, dedicación, bondad y amor a la Iglesia y al mundo han dejado una huella imborrable en nuestro tiempo atormentado y magnífico. Pero sobre todo es al llorado Pontífice Pablo VI, nuestro inmediato predecesor, a quien va la efusión conmovida del corazón y de la veneración.

— Queremos mantener intacta la gran disciplina de la Iglesia en la vida de sacerdotes y fieles, tal como la ha mantenido a través de siglos la acreditada riqueza de la Iglesia con ejemplos de santidad y heroísmo, tanto en la práctica de las virtudes evangélicas como en el servicio a los pobres, humildes o indefensos; con este fin llevaremos adelante la revisión de los dos Códigos de Derecho Canónico, el de la tradición oriental y el de la latina, para asegurar a la linfa interior de la santa libertad de los hijos de Dios la solidez y la firmeza de las estructuras jurídicas.

Su muerte rápida, que ha dejado atónito al mundo, dentro del estilo de los gestos proféticos de que ha sembrado su inolvidable pontificado, ha dado el relieve adecuado a la estatura extraordinaria de aquel grande y humilde hombre, al que la Iglesia debe una irradiación extraordinaria, aun entre las contradicciones y las hostilidades, alcanzada en estos quince años, y el trabajo gigantesco, infatigable, ininterrumpido, que él puso en la realización del concilio y en asegurar al mundo la paz, «tranquillitas ordinis».

Nuestro programa consistirá en continuar el suyo, siguiendo el rumbo marcado ya con tanta aceptación por el gran corazón de Juan XXIII:

— Queremos continuar la aplicación del concilio Vaticano II, cuyas normas, llenas de sabiduría, deben seguir llevándose a la práctica, velando para que el esfuerzo generoso, pero acaso imprudente, no llegue a tergiversar sus contenidos y significado; y del mismo modo, para que no haya fuerzas de freno o de timidez que detengan su magnífico impulso de renovación y de vida.

— Queremos recordar a la Iglesia entera que la evangelización sigue siendo su deber principal, cuyas líneas maestras nuestro predecesor Pablo VI condensó en un documento memorable; animada por la fe,

alimentada por la caridad y sostenida por el alimento celestial de la eucaristía, la Iglesia debe estudiar todos los caminos, procurarse todos los medios «oportuna e inoportunamente» (2 Tim., 4, 2), para sembrar la palabra, proclamar el mensaje, anunciar la salvación que infunde en el alma la inquietud de la búsqueda de lo verdadero y la sostiene con la ayuda de lo alto en esta búsqueda; si todos los hijos de la Iglesia se transforman en misioneros incansables del Evangelio, brotará una nueva floración de santidad y de renovación en este mundo sediento de amor y de verdad.

— Queremos proseguir el esfuerzo ecuménico, que consideramos como el encargo supremo de nuestros predecesores inmediatos, velando con fe inmutable, con esperanza invencible y con amor indeficiente, por la realización del gran mandato de Cristo «*Ut omnes unum sint*» (Jn., 17, 21), en el que late el ansia de su corazón la víspera de la inmolación en el Calvario; de las relaciones recíprocas entre las Iglesias de distintas denominaciones han realizado progresos constantes y extraordinarios, que están ante los ojos de todos; sin embargo, es verdad que la separación no deja de seguir siendo motivo de perplejidad, de contradicción y de escándalo a los ojos de los no cristianos y de los no creyentes; por ello, nos proponemos dedicar nuestra atención y reflexión a todo lo que pueda favorecer la unión, sin concesiones en la doctrina, es verdad, pero a la vez sin vacilaciones.

— Deseamos proseguir con paciencia y firmeza el diálogo sereno y constructivo que Pablo VI, nunca bastante llorado, fijara como fundamento y programa de su acción pastoral, dando las líneas maestras de dicho diálogo en la encíclica «*Ecclesiam suam*» para el conocimiento mutuo de hombre a hombre, incluso con quienes no condividen nuestra fe, dispuestos siempre a darles testimonio de la fe que hay en nosotros y de la misión que Cristo nos ha confiado, «*ut credat mundus*» (Jn., 17, 21).

— Queremos, en fin, alentar todas las iniciativas laudables y buenas que puedan tutelar e incrementar la paz en este mundo turbado, llamando a colaborar a todos los buenos, los justos, los honrados, los rectos de corazón, para detener en el interior de las naciones la violencia ciega que destruye solamente y siembra ruina y luto; y en la vida internacional, para guiar a los hombres a la comprensión mutua, a la unión de los esfuerzos que impulsen el progreso social, venzan el hambre corporal y la ignorancia del espíritu, fomenten la elevación de los pueblos nuevos menos dotados de bienes de fortuna, pero, al mismo tiempo, ricos en energías y en voluntad.

Saludos del Papa

Hermanos e hijos queridísimos:

En esta hora, temblorosa para Nos, pero confortados por las promesas divinas, enviamos nuestro saludo a todos nuestros hijos; deseáramos tenerlos aquí a todos para mirarles en los ojos y para abrazarlos,

infundiéndoles valor y confianza, y pidiéndoles comprensión y oración para nosotros.

A todos nuestro saludo.

— A los cardenales del Sacro Colegio con los que hemos compartido horas decisivas, y con los que contamos ahora y para el porvenir, agradeciéndoles su consejo lleno de sabiduría y honda colaboración, que querrán seguir ofreciéndonos como prolongación de ese su consenso que, por voluntad de Dios, nos ha traído a esta cumbre del Oficio apostólico.

— A todos los obispos de la Iglesia de Dios, «que representan a su Iglesia, y juntos todos, con el Papa, representan a toda la Iglesia en el vínculo de la paz, del amor y de la unidad» («Lumen gentium», 23), y a cuya colegialidad queremos dar valor especial, valiéndonos de su trabajo en el gobierno de la Iglesia universal, o sea mediante el óragno sinodal, sea a través de las estructuras de la Curia, en las que ellos toman parte por derecho, según las normas establecidas.

— A todos nuestros colaboradores llamados a la realización solícita de nuestra voluntad y al honor de una actividad que les compromete a llevar una vida de santidad, con espíritu de santidad, con amor a la Iglesia ejemplar y fortísimo. Los amamos uno a uno, y pidiéndoles que continúen prestándonos a nosotros, como a nuestros predecesores, su fidelidad a toda prueba; estamos seguros de poder contar con su trabajo preciadísimo, que nos servirá de grande ayuda.

— Saludamos a los sacerdotes y fieles de la diócesis de Roma; a ellos nos une la sucesión de Pedro y el ministerio único y singular de esta Cátedra romana, «que preside la caridad universal».

— Saludamos después de modo especial a los miembros de las diócesis de Venecia y Belluno y a quienes no habían sido confiados como hijos afectuosos y queridos, en los que pensamos ahora con nostalgia sincera, recordando sus magníficas obras eclesiales y las energías que hemos dedicado juntos a la buena causa del Evangelio.

— Y abrazamos también a todos los sacerdotes, especialmente a los párrocos y a cuantos se dedican a la cura directa de las almas en condiciones de penuria muchas veces o de auténtica pobreza, pero sostenidos al mismo tiempo luminosamente por la gracia de la vocación y por el seguimiento heroico de Cristo, «pastor de nuestras almas» (1 Pe., 2, 25).

— Saludamos a los religiosos y religiosas, sean de vida contemplativa o activa, que siguen irradiando en el mundo el encanto de su adhesión intacta a los ideales evangélicos, y les rogamos que continúen poniendo todo el esmero para que por medio de ellos la Iglesia pueda presentar cada día mejor a Cristo a los fieles y a los infieles («Lumen gentium», 46).

— Saludamos a toda la Iglesia misionera y enviamos a los hombres y a las mujeres que en la vanguardia de la evangelización se dedican a atender a los hermanos, nuestro aliento y nuestra felicitación más afec-

tuosos; sepan que entre todos aquellos a quienes amamos, ellos son especialmente queridos; nunca les olvidamos en nuestras oraciones y en nuestra solicitud, porque tienen un puesto privilegiado en nuestro corazón.

— A las asociaciones de Acción Católica, así como a los movimientos de denominación diversa que contribuyen con energías nuevas a la vivificación de la sociedad y a la «consecratio mundi» como levadura en la masa (cfr. Mt., 13, 33), va todo nuestro aliento y nuestro apoyo para que estén convencidos de que su obra, en la colaboración con la sagrada jerarquía, es indispensable para la Iglesia hoy.

— Y saludamos a los jóvenes, esperanza de un mañana más limpio, más sano, más constructivo, para que sepan distinguir el bien del mal y llevarlo a cumplimiento con las energías frescas que poseen, para la vitalidad de la Iglesia y el futuro del mundo.

— Saludamos a las familias, que son «el santuario doméstico de la Iglesia» («Apostolicam actuositatem», 11); más aún, son una verdadera y propia «Iglesia doméstica» («Lumen gentium», 11), en la que florecen las vocaciones religiosas y las decisiones santas, y se prepara el mañana del mundo; queremos oponernos a las ideologías destructoras del hedonismo, que extingue la vida, y a formar energías pujantes de generosidad, de equilibrio, de dedicación al bien común.

— Pero queremos enviar un saludo particular a cuantos sufren en el momento presente: a los enfermos, a los prisioneros, a los exiliados, a los perseguidos, a cuantos no logran tener un trabajo o carecen de lo necesario en la dura lucha por la vida; a cuantos sufren por la coacción a que está sometida su fe católica, que no pueden profesar libremente sino a costa de sus derechos primordiales de hombres libres y de ciudadanos solícitos y leales. Pensamos de modo particular en la atormentada tierra del Líbano, en la situación de la tierra de Jesús, en la faja del Sahel, en la India tan probada y en todos aquellos hijos y hermanos que sufren dolorosas privaciones, sea por las condiciones sociales y políticas, sea por las consecuencias de desastres naturales.

La ayuda de la oración

¡Hombres hermanos de todo el mundo!

Todos estamos empeñados en la tarea de elevar al mundo a una justicia cada vez mayor, a una paz más estable, a una cooperación más sincera, y por eso invitamos y suplicamos a todos, desde los más humildes órdenes sociales que forman el entramado de las naciones, hasta los jefes responsables de cada uno de los pueblos, a hacerse instrumentos eficaces y responsables de un orden nuevo, más justo y más sincero.

Una aurora de esperanza aletea sobre el mundo, si bien una capa espesa de tinieblas con siniestros relámpagos de odio, de sangre y guerra amenaza a veces con oscurecerla; el humilde Vicario de Cristo, que comienza con temblor y confianza su misión, se pone a disposición total de la Iglesia y de la sociedad civil, sin distinción de razas o ideologías,

para garantizar al mundo el amanecer de un día más sereno y más dulce. Solamente Cristo podrá hacer brotar la luz que desvanece, porque Él es el «sol de justicia» (cfr. Mal., 4, 2); pero Él espera también el esfuerzo de todos. El nuestro no faltará.

Pedimos a todos nuestros hijos la ayuda de su oración, porque sólo en ésta confiamos, y nos abandonamos confiados a la ayuda del Señor, quien al igual que nos ha llamado a la tarea de representante suyo en la tierra, no permitirá que nos falte su gracia omnipotente. María Santísima, Reina de los Apóstoles, será la fúlgida estrella de nuestro pontificado. San Pedro, «fundamento de la Iglesia» (San Ambrosio, «Exp. Ev. Sec. Lucam», IV, 70: CSEL 32, 4, p. 175), nos asista con su intercesión y con su ejemplo de fe invicta y de generosidad humana; San Pablo nos guíe en el impulso apostólico dilatado hacia todos los pueblos de la tierra; nos asistan nuestros santos patronos.

Y en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo impartimos al mundo nuestra primera y afectuosísima bendición apostólica.



HOMILIA EN LA INAUGURACION DE SU PONTIFICADO (3-9-78)

SOSTENIDO POR VUESTRA PLEGARIA

VENERABLES hermanos e hijos queridísimos:

En esta celebración sagrada, con la que damos comienzo solemne al ministerio de Supremo Pastor, puesto sobre nuestras espaldas, nuestro primer pensamiento adorante y suplicante se dirige a Dios, infinito y eterno, el cual con una decisión suya humanamente inexplicable y por su benignísima dignación nos ha elevado a la Cátedra de Pedro. Nos veinen espontáneamente a los labios las palabras de San Pablo: «¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!» (Rom. 11,33).

Nuestro pensamiento va después, con paterno y afectuoso saludo, a toda la Iglesia de Cristo: a este lugar —cargado de piedad, de religión y de arte— que guarda celosamente la tumba del Príncipe de los Apóstoles; a la Iglesia también que nos está viendo y escuchando en estos momentos a través de los modernos instrumentos de comunicación social.

1. — La lengua latina signo de universalidad y unidad de la Iglesia

Saludamos a todos los miembros del pueblo de Dios: a los cardenales, obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas, misioneros, seminaristas, seculares empeñados en el apostolado y en las diversas profesiones, a los hombres de la política, de la cultura, del arte, de la economía; a los padres y madres de familia, a los obreros, a los emigrantes, a los jóvenes de ambos sexos, a los niños, a los enfermos, a los que sufren, a los pobres.

Queremos dirigir también nuestro saludo respetuoso y cordial a todos los hombres del mundo, a quienes consideramos y amamos como hermanos, porque son hijos del mismo Padre celestial y hermanos todos en Cristo Jesús (cf. Mat 23,8ss).

Hemos querido iniciar esta homilía en latín, porque —como es bien sabido— es la lengua oficial de la Iglesia, cuya universalidad y unidad expresa de manera patente y eficaz.

La palabra de Dios que acabamos de escuchar nos ha presentado (como en un crescendo), ante todo a la Iglesia, prefigurada y entrevista por el profeta Isaías (cf. Is 2,2-5) como el nuevo Templo, hacia el cual confluyen las gentes desde todas las partes del mundo, deseosas de conocer la ley de Dios y de observarla dócilmente, mientras las terribles armas de la guerra son transformadas en instrumentos de paz. Pero este nuevo Templo misterioso, polo de atracción de la nueva humanidad —nos recuerda San Pedro— tiene una piedra angular, viva, elegida, preciosa (cf. 1 Pet 2,4-9), que es Jesucristo, el cual ha fundado su Iglesia sobre los Apóstoles y la ha edificado sobre Pedro, cabeza de ellos (cf. Const. Dogm. *Lumen Gentium* 19).

2. — La palabra de Cristo a Pedro

«Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (Mt 16,18) son las palabras graves, grandes y solemnes que Jesús dirige a Simón, el hijo de Juan, en Cesarea de Filipo, después de la profesión de fe, que no ha sido el producto de la lógica humana del pescador de Betsaida, o la expresión de una particular perspicacia suya, o del efecto de una moción psicológica, sino el fruto misterioso y singular de una auténtica revelación del Padre Celestial. Y Jesús cambia a Simón su nombre, poniéndole el de Pedro, significando con ello la entrega de una misión especial; le promete edificar sobre él la Iglesia, la cual no será arrollada por las fuerzas del mal o de la muerte; le entrega las llaves del reino de Dios, nombrándolo así máximo responsable de su Iglesia, y le da el poder de interpretar auténticamente la ley divina. Ante este privilegio, o mejor, ante esta tarea sobrehumana confiada a Pedro, San Agustín nos advierte: «Pedro, por su naturaleza, era simplemente un hombre; por la gracia, un cristiano; por una gracia más abundante, uno y a la vez el primero de los Apóstoles» (S. Agustín, *In Ioannis Evang. tract.*, 124,5; PL 35, 1973).

Con atónita y comprensible emoción, pero también con una confianza inmensa en la omnipotente gracia de Dios y en la oración ferviente de la Iglesia, hemos aceptado ser el sucesor de Pedro en la sede de Roma, tomando el «yugo» que Cristo ha querido poner sobre nuestros frágiles hombros. Y nos parece escuchar, como dirigidas a Nos, las palabras que según San Efrén, Cristo dirige a Pedro: «Simón, mi apóstol, yo te he constituido fundamento de la Santa Iglesia. Yo te he llamado ya desde el principio Pedro porque tú sostendrás todos los edificios; tú eres el superintendente de todos los que edificarán la Iglesia sobre la tierra; ...tú eres el manantial de la fuente de la que mana mi doctrina; ...tú eres la cabeza de mis apóstoles; ...yo te he dado las llaves de mi reino» (San Efrén, *Sermones in hebdomadam sanctam*, 4,1: LAMY, T. J., *S. Ephraem Syri hymni ea sermones*, 1,412).

3. — Amor de los romanos a la Sede de Pedro

Desde el primer momento de nuestra elección y en los días inmediatamente sucesivos nos hemos profundamente impresionado y animado por las manifestaciones de afecto de nuestros hijos de Roma y también de aquellos que de todo el mundo nos hacen llegar el eco de su incontenible gozo por el hecho de que una vez más Dios ha dado a la Iglesia su Cabeza visible. Resuenan de nuevo espontáneas en nuestro ánimo las conmovedoras palabras que nuestro gran predecesor San León Magno dirigía a sus fieles romanos: «No deja de presidir su Sede San Pedro, y es vinculado al Sacerdote eterno en una ciudad que nunca disminuye... Y por eso son todas las demostraciones de afecto que, por complacencia fraterna o piedad filial, habéis dirigido a Aquel cuya sede nos gozamos no tanto en presidir como en servir» (S. León Magno, *Sermo V*, 4-5; PL 54, 155-156).

Sí, nuestra presidencia en la caridad es un servicio, y, al afirmarlo, pensamos no solamente en nuestros hermanos e hijos católicos, sino también en todos aquellos que quieren también ser discípulos de Jesucristo, honrar a Dios y trabajar por el bien de la humanidad.

En este sentido dirigimos un saludo afectuoso y agradecido a las delegaciones de las otras Iglesias y comunidades eclesiales, aquí presentes. Hermanos todavía no en plena comunión, dirijámonos juntos hacia Cristo Salvador, avanzando unos y otros en la santidad que él quiere para nosotros y juntos en el recíproco amor sin el cual no existe cristianismo, preparando los caminos de la unidad en la fe, en el respeto de su verdad y del ministerio que él ha confiado, para su Iglesia, a sus apóstoles y a sus sucesores.

4. — La Virgen ha guiado toda nuestra vida

Debemos dirigir además un saludo particular a los jefes de Estado y a los miembros de las misiones extraordinarias. Nos sentimos profundamente conmovido por vuestra presencia, bien sea que estéis al frente de los altos destinos de vuestro país, bien que representéis a vuestros gobiernos u organizaciones internacionales. Lo agradecemos vivamente. Vemos en tal participación la estima y la confianza en que vosotros tenéis a la Santa Sede y a la Iglesia, humilde mensajera del Evangelio en todos los pueblos de la tierra para ayudar a crear un clima de justicia, de fraternidad, de solidaridad y de esperanza, sin el que no se podría vivir en el mundo.

Todos, aquí, grandes y pequeños, estén seguros de nuestra disponibilidad a servirles según el espíritu del Señor.

Rodeado de vuestro amor y sostenido por vuestra oración, comenzamos nuestro servicio apostólico invocando, como espléndida estrella de nuestro camino, a la Madre de Dios, María, «*Salus populi romani*» y «*Mater Ecclesiae*», que la liturgia venera de manera particular en este mes de septiembre, la Virgen, que ha guiado con delicada ternura nuestra vida de niño, de seminarista, de sacerdote y de obispo, continúe a iluminar y a dirigir nuestros pasos para que, hecho voz de Pedro, con los ojos y la mente fijos en su hijo, Jesús, proclamemos al mundo con alegre firmeza nuestra profesión de fe: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mat 16,16). Amén.



AL CLERO ROMANO (7-9-78)

La gran disciplina de la Iglesia

**La observancia de la disciplina
fruto de las convicciones profundas**

Agradezco vivamente al cardenal vicario los augurios que me ha dirigido en nombre de todos los presentes. Sé cuán fiel y valiosa ha sido su ayuda a mi inolvidable predecesor; espero que tenga a bien continuar la misma colaboración conmigo. Saludo afectuosamente a monseñor vicergerente, a los obispos auxiliares, a los oficiales de los diversos centros y oficinas del vicariato y, además, a todos y a cada uno de los sacerdotes o dedicados a la cura de almas en el ámbito de la diócesis y su distrito: a los párrocos, en primer lugar; a sus coadjutores, a los religiosos y, por medio de ellos, a las familias cristianas y a los fieles.

Quizá habréis observado que, al hablar a los cardenales en la Capilla Sixtina, aludí a la «gran disciplina de la Iglesia», que hay que «conservar en la vida de los sacerdotes y de los fieles». Sobre este tema habló con frecuencia mi venerable predecesor; sobre el mismo me permitiréis que me entretenga con vosotros brevísimamente en este primer encuentro con confianza de hermano.

Existe la disciplina «pequeña», que se limita a la observancia puramente exterior y formal de normas jurídicas. Yo desearía, en cambio, hablar de la disciplina «grande». Ésta existe solamente si la observancia externa es fruto de convicciones profundas y proyección libre y gozosa de una vida vivida íntimamente con Dios. Se trata —escribe el abad Chautard— de la actividad de un alma, que se esfuerza continuamente por dominar sus malas inclinaciones y por adquirir cada vez un poco el hábito de juzgar y comportarse en todas las circunstancias de la vida según las máximas del Evangelio y los ejemplos de Jesús. «Dominar las inclinaciones» es disciplina. La frase «un poco cada vez» indica disciplina, que requiere esfuerzo continuado, largo, no fácil. Hasta los ángeles vistos en sueños por Jacob no volaban, sino que subían un peldaño cada vez; reflexionemos nosotros, que somos pobres hombres carentes de alas.

El sacerdote debe tomar un poco de silencio para su alma

La disciplina «grande» requiere un clima apropiado. Y en primer lugar, el recogimiento. En una ocasión, en la estación de Milán tuve la oportunidad de ver a un mozo de cuerda que, con la cabeza apoyada en un saco de carbón apilado junto a una pilastra, dormía tranquilamente... Los trenes partían silbando y llegaban chirriando sus ruedas; los altavoces anunciaban continuos avisos estruendosos; la gente iba y venía con ruido y barullo; pero él —continuaba durmiendo— parecía decir: «Haced lo que os parezca, pero yo tengo necesidad de estar quieto.» Algo semejante deberemos hacer nosotros sacerdotes: alrededor de nosotros existe un continuo movimiento y hablar de personas, periódicos, radio y televisión. Con moderación y disciplina sacerdotal debemos decir: «Más allá de ciertos límites, para mí, que soy sacerdote del Señor, vosotros no existís; debo tomarme un poco de silencio para mi alma; me separo de vosotros para unirme a mi Dios.»

Y sentir a su sacerdote habitualmente unido a Dios es hoy el deseo de muchos fieles buenos. Ellos razonan como el abogado de Lyon al regreso de una visita al Cura de Ars. «¿Qué habéis visto en Ars?», le preguntaron. «He visto a Dios en un hombre.» Análogos son los razonamientos de San Gregorio Magno. Él desea que el pastor de almas dialogue con los hombres sin olvidar a Dios. Y continúa: «Evite el pastor la tentación de desear ser amado por los fieles antes que por Dios, o de ser demasiado débil por temor a perder el afecto de los hombres; no se exponga a la reprobación divina: “Ay de aquellos que aplican almohadillas a todos los codos” (Ezeq. 13. 88). «El pastor —concluye— debe más bien tratar de hacerse amar, pero con la finalidad de hacerse escuchar, no de buscar este afecto para utilidad propia» (cf. «Regula Pastoralis», 1, II, c. VIII).

Los sacerdotes, en cierta medida, son todos guías y pastores, pero ¿tienen todos la idea justa de lo que significa ser verdaderamente pastor de una Iglesia particular, es decir, obispo? Jesús, pastor supremo, de sí, por una parte, dijo: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra» (Mat. 28, 19), y por otra añadió: «He venido para servir» (cf. Mat. 20, 28), y lavó los pies a sus discípulos. En él estaban juntos poder y servicio. Algo semejante dijo de los apóstoles y de los obispos. «Praesumus —decía San Agustín— si prosumus» («Presidimos si servimos») («Miscellanea Augustiniana», Romae, 1930, t. I, p. 565); nosotros obispos presidimos si servimos: es justa nuestra presidencia si se manifiesta en servicio o se desarrolla con finalidades de servicio, con espíritu y estilo de servicio.

Este servicio episcopal, sin embargo, llegaría a faltar si el obispo no quisiera ejercer los poderes recibidos. Decía, una vez más, San Agustín: «El obispo que no sirve al público (predicando, guiando) es solamente “foeneus custos” (guardián de paja), un espantapájaros colocado en los viñedos para que los pájaros no coman las uvas» (ibidem, p. 568). Por esto se ha escrito en la «Lumen gentium»: «Los obispos gobiernan... con el consejo, la persuasión, pero también con la autoridad y el poder sagrado» («Lumen gentium», 27-351).

La disciplina sacerdotal fruto de la fidelidad

Otra parte integrante de la disciplina sacerdotal es el amor del propio puesto. Lo sé: no es fácil amar el puesto y permanecer en él cuando las cosas no marchan bien, cuando se tiene la impresión de no ser comprendidos o estimulados, cuando inevitables choques con el puesto asignado a otros nos impulsarían a sentirnos tristes y desanimados. Pero ¿no trabajamos por el Señor? La ascética enseña: «Mira no a quien obedeces, sino por Quien obedeces.» Se impone, además, la reflexión. Yo soy obispo desde hace veinte años; muchas veces he sufrido por no poder premiar a alguno que verdaderamente lo merecía; pero o faltaba el supuesto premio, o no sabía cómo sustituir a la persona, o surgían circunstancias adversas.

Por otra parte, ha escrito San Francisco de Sales: «No existe vocación alguna que no tenga sus molestias, sus amarguras, sus disgustos. Aparte de aquellos que están plenamente resignados a la voluntad de Dios, todos querrían cambiar la condición propia por la de los demás. Los que son obispos no desearían serlo; los que están casados no querrían estarlo, y los que no lo están querrían estarlo. ¿De dónde viene esta inquietud general de los espíritus sino de una cierta alergia que tenemos hacia la obligación y de un espíritu no bueno que nos hace suponer que los demás están mejor que nosotros?» (San Francisco de Sales, «Oeuvres», ediz. Annecy, t. XII, 348-9).

He hablado solamente de mí y os pido excusas por ello. No obstante, puedo aseguraros que desde que me he convertido en vuestro obispo os amo mucho. Así, pues, con el corazón rebotante de amor os imparto la bendición apostólica.



EN LA TOMA DE POSESION DE SAN JUAN DE LETRAN

AUTORIDAD Y LIBERTAD EN LA IGLESIA

Doy gracias de corazón al Cardenal vicario por las delicadas palabras con que —también en nombre del Consejo Episcopal, del Cabildo Lateranense, del clero, de los religiosos— ha querido expresar la devoción y los propósitos de eficaz colaboración en la diócesis de Roma. El primer testimonio concreto de esta colaboración quiere ser la suma ingente recolectada entre los fieles de la diócesis y puesta a mi disposición para proveer de iglesia y de departamentos parroquiales a un barrio periférico de la ciudad, hasta ahora privado de estos esenciales auxilios comunitarios de vida cristiana. Lo agradezco, verdaderamente conmovido.

El maestro de ceremonias ha escogido las tres lecturas bíblicas para esta liturgia solemne. Las ha juzgado adaptadas y yo trato de explicarlas.

La primera lectura (Is. 60, 1-6) se puede referir a Roma. Se sabe por todos que el Papa, en tanto tiene autoridad sobre toda la Iglesia, en cuanto es obispo de Roma, o sea sucesor, en esta ciudad, de Pedro. Y, gracias especialmente a Pedro, la Jerusalem de que hablaba Isaías puede considerarse un preanuncio de Roma. También de Roma, en cuanto sede de Pedro, lugar de su martirio y centro de la Iglesia católica, se puede decir: «Sobre ti resplandecerá el Señor y se manifestará su gloria... Los pueblos caminarán hacia tu luz» (Is. 60, 2). Recordando las peregrinaciones de los Años Santos y las que continúan desarrollándose en años normales con constante afluencia, puédese apostrofar a Roma con el profeta así: «Vuelve alrededor los ojos y mira: ... vienen hijos a ti de lejos...; se volverá a ti la multitud de las gentes del mar, y las escuadras de los pueblos vendrán hacia ti» (Is. 60, 4, 5). Un honor es éste para el Obispo de Roma y para todos vosotros.

Mas también es una responsabilidad. ¿Encontrarán aquí los peregrinos un modelo de verdadera comunidad cristiana? ¿Seremos capaces, con la ayuda de Dios, Obispo y fieles de realizar aquí las palabras de Isaías, escritas primeramente sobre aquellas ciudades, y que son: «No se oirá más hablar de violencia en la tierra...; el tuyo será un pueblo todo de justos» (Is. 60, 18, 21). Pocos minutos ha, el profesor Argan, alcalde de Roma, me ha dirigido un cortés mensaje de saludo y de augurio. Algunas de sus palabras han hecho surgir a mi mente una de las plegarias que de niño recitaba con mi madre. Sonaba así: «Los pecados que gritan venganza en presencia de Dios son... oprimir a los pobres, defraudar la justa merced a los operarios.» A su vez, el párroco me preguntaba en la escuela de catecismo: «Los pecados que gritan venganza en presencia de Dios,

¿por qué son los más graves y funestos?» Y yo respondía con el Catecismo de Pío X: «... porque directamente son contrarios al bien de la humanidad, y tan odiosísimos que provocan, más que los demás, los castigos de Dios» (Catecismo de Pío X, núm. 154).

Roma será una verdadera comunidad cristiana si se honra en ella a Dios no sólo con la afluencia de los fieles a las iglesias, no únicamente con la vida privada vivida morigeradamente, sino también con el amor a los pobres. Éstos —decía el diácono romano Lorenzo— son los verdaderos tesoros de la Iglesia; por eso se les ayuda, por quien puede, a tener y a ser más sin humillarlos ni ofenderlos con riquezas ostentadas, con dinero despilfarrado en cosas fútiles, y no invertido, cuando es posible, en empresas de común ventaja.

La segunda lectura (Hebr. 13, 7-8; 15-17; 20-21) se adapta a los fieles de Roma. La ha escogido, como he dicho, el maestro de ceremonias. Confieso que, al hablar ella de obediencia, siento un poco de embarazo. ¡Es tan difícil hoy convencer cuando se confrontan los derechos de la persona humana con los de la autoridad y de la ley!

En el libro de Job se describe un caballo de batalla: salta como cigarra y bufa; escarba con la pezuña la tierra, luego se lanza con ardor; cuando sopla el viento, relincha de júbilo; olfatea de lejos la lucha, los gritos de los jefes y el clamor de los batallones (cfr. Job, 39, 15-25). Símbolo de la libertad.

La autoridad, a su vez, se asemeja al caballero prudente que monta el caballo, y unas veces con la voz suave, otras actuando sabiamente con las espuelas, con el bocado y con la fusta, lo estimula o bien modera su carrera impetuosa, lo frena y lo detiene. Poner de acuerdo a caballo y caballero, libertad y autoridad, ha llegado a ser un problema social. Y también de Iglesia. En el Concilio se tendió a resolverlo en el cuarto capítulo de la Lumen Gentium. He aquí las indicaciones consiliares para el «caballero»: «Los sagrados pastores saben muy bien cuánto contribuyen los laicos al bien de toda la Iglesia. Saben no haber sido instituidos por Cristo para asumir ellos solos toda la misión de la salvación que la Iglesia ha recibido en relación con el mundo, sino que su magnífico encargo es el apacentar a los fieles y reconocer los servicios de éstos y sus carismas, de forma que todos cooperen concordemente, en la medida de cada cual, a la obra común» (L. G., 30). Y asimismo: saben también los pastores que «en las batallas decisivas es quizá del frente de donde parten las iniciativas más afortunadas» (L. G., 37, nota 7).

He aquí, por el contrario, una indicación del Concilio para el «generoso corcel», es decir, para los seglares: Al Obispo, «los fieles deben adherirse como la Iglesia a Jesucristo, y como Jesucristo al Padre» (L. G., 27). Rogamos al Señor que ayude tanto al Obispo como a los fieles; ya al caballero, ya a los caballos. Se me ha dicho que en la diócesis de Roma son numerosas las personas que se prodigan para los hermanos, numerosos los catequistas; muchos también esperan una indicación para intervenir y colaborar. No a humo de pajas he citado el capítulo cuarto de la Lumen Gentium: es el capítulo de la «comunidad eclesial».

Cuanto dice, sin embargo, afecta especialmente a los laicos. Los sacerdotes, los religiosos y las religiosas tienen una posición particular, ligados como están por el voto o la promesa de obediencia. Recuerdo, como uno de los puntos solemnes de mi existencia, el momento en que, puestas mis manos sobre las del obispo, dije: «Prometo.» Desde entonces me he sentido comprometido para toda la vida y nunca he pensado se tratase de una ceremonia sin importancia. Espero que los sacerdotes de Roma piensen lo mismo. A ellos y a los religiosos, San Francisco de Sales recordaría el ejemplo de San Juan Bautista, que vivió en la soledad, lejos del Señor, deseando tanto, no obstante, estarle próximo. ¿Por qué? Por obediencia. «Sabía —escribe el Santo— que encontrar al Señor fuera de la obediencia significaba perderlo» (F. de Sales, *Oeuvres*, Annecy, 1896, p. 321).

La tercera lectura (Mt. 28, 16-20) recuerda sus deberes al Obispo de Roma. El primero es el de «amaestrar» proponiendo la palabra del Señor con fidelidad, tanto a Dios cuanto a los que escuchan, con humildad, pero con franqueza que no sea tímida. Entre mis santos predecesores Obispos de Roma, dos son también doctores de la Iglesia: San León, el vencedor de Atila, y San Gregorio Magno. En los escritos del primero hay un pensamiento teológico altísimo y resplandece una lengua latina estupendamente estructurada; no pienso, sin embargo, poderlo imitar, ni siquiera de lejos. El segundo, en sus libros, es «como un padre que instruye a sus propios hijos y los aparta de las solicitudes para su eterna salvación» (I. Schuster, *Liber Sacramentorum*, vol. I, Turín, 1929, p. 46). Querría tratar de imitar al segundo, que dedica todo el libro tercero de su *Regula Pastoralis* al tema «qualiter doceat», o sea cómo debe enseñar el pastor.

En cuarenta capítulos enteros, indica Gregorio, de un modo concreto, las diversas formas de instrucción según las varias circunstancias de condición social, edad, salud y temperamento moral de los oyentes. Pobres y ricos, alegres y melancólicos, superiores y súbditos, doctos e ignorantes, descarados y tímidos, etc.; en aquel libro están todos; es como un valle de Josafat. Al Concilio Vaticano II pareció nuevo que se llamase pastoral no ya lo que enseñaban los pastores, sino lo que los pastores hacían para ir al encuentro de las necesidades, de las ansias, de las esperanzas de los hombres. Aquel «nuevo» Gregorio lo había ya actualizado varios siglos antes; bien en la predicación, bien en el gobierno de la Iglesia.

El segundo deber, expresado por la palabra «bautizar», se refiere a los sacramentos y a toda la liturgia. La diócesis de Roma ha seguido el programa de la CEI, «Evangelización y Sacramentos»; sabe ya que evangelización, sacramento y vida santa son tres momentos de un camino único: la evangelización prepara para el sacramento, el sacramento lleva a quien lo ha recibido a vivir cristianamente. Quisiera que este concepto se aplicase en medida cada vez más amplia. Bien quisiera que Roma diese el buen ejemplo con el hecho de una liturgia piamente celebrada y sin desentonadas creatividades. Algunos abusos de esta clase han podido favorecer, por reacción, actitudes que han conducido a toma de posiciones en sí mismas insostenibles y en contraste con el Evangelio. Al apelar, con afecto y con esperanza, al sentido de responsabilidad de cada uno

frente a Dios y la Iglesia querría poder asegurar que toda irregularidad litúrgica se evitará diligentemente.

Y llegamos al último deber episcopal: «enseñar y observar»; es la diaconía, el servicio de guiar y gobernar. Aunque haya yo, durante veinte años, desempeñado el oficio de Obispo en Vittorio Veneto y en Venecia confieso no haber todavía bien «aprendido el menester». En Roma entraré en la Escuela de San Gregorio Magno, que escribe: «Aproxímese (el pastor) a cada súbdito con la compasión; olvidando su categoría, considérese igual a los súbditos buenos, pero no tenga temor de ejercer contra los malvados los derechos de su autoridad. Recuerde: mientras todos los súbditos alzan hasta el cielo lo que ha hecho bien, nadie osa censurar lo que ha hecho mal; cuando reprime los vicios, no cese de reconocerse, con humildad, igual a los hermanos corregidos por él; y siéntase ante Dios más deudor cuanto más impunes quedan sus acciones ante los hombres» (Reg. Past., segunda parte, cc. 5 y 6 a cada paso).

Acaba aquí la explicación de las tres lecturas bíblicas. Permítaseme añadir una sola cosa: es ley de Dios que no se puede hacer bien a alguien si antes no se le quiere bien. Por eso, San Pío X, al entrar como Patriarca en Venecia, exclamó en San Marcos: «¿Qué sería de mí, venecianos, si no os amase?» Yo digo a los romanos algo parecido: puedo aseguraros que os amo, que sólo deseo entrar a vuestro servicio y poner a disposición de todos mis pobres fuerzas, lo poco que tengo y soy.



LA HUMILDAD

AUDIENCIA
GENERAL
(6-9-78)

A mi derecha y a mi izquierda hay cardenales y obispos, hermanos míos en el Episcopado. Yo soy solamente su hermano mayor. Mi saludo afectuoso a ellos y también a sus diócesis.

Hace exactamente un mes, en Castelgandolfo, moría Pablo VI, un gran pontífice, que prestó a la Iglesia, durante quince años, extraordinarios servicios. Los efectos, en parte, se ven ya ahora, pero creo que se verán especialmente en el futuro. Todos los miércoles venía aquí y hablaba a la gente. Durante el Sínodo de 1977 algunos obispos dijeron: «Los discursos de Pablo VI de los miércoles constituyen una verdadera catequesis adaptada al mundo moderno.»

Yo trataré de imitarlo, con la esperanza de poder, también yo, en cierto modo, ayudar a la gente a ser mejor. Para ser buenos, sin embargo, es necesario estar en paz con Dios, con el prójimo y con nosotros mismos. Ante Dios, la postura justa es la de Abraham, que dijo: «Ante ti, oh Señor, soy solamente polvo y ceniza». Debemos sentirnos pequeños delante de Dios. Cuando yo digo: Señor, yo creo, no me avergüenzo de sentirme como un niño ante la madre; creemos en la madre; yo creo en el Señor y en lo que Él me ha revelado.

Los mandamientos son un poco más difíciles, a veces muy difíciles de observar; pero Dios nos los ha dado, no por capricho, no por su interés, sino únicamente por interés nuestro.

En una ocasión un individuo, para comprarse un automóvil, fue al concesionario. Éste le soltó un discurso: «Sepa que el coche presta buenos servicios; trátelo bien, ¿sabe? Gasolina en el depósito, y para los engranajes, aceite del bueno.» El comprador, en cambio, dijo: «¡Oh, no! Para que lo sepa, yo ni siquiera puedo soportar el olor de la gasolina, y tampoco del aceite; en el depósito pondré champán, que me gusta mucho, y untaré los engranajes con mermelada.» «Haga lo que quiera, pero no venga a lamentarse si, juntamente con su coche, termina en un barranco.» El Señor ha hecho algo parecido con nosotros: Nos ha dado este cuerpo, animado por un alma inteligente y por una buena voluntad. Y nos ha dicho: Esta máquina vale la pena, pero tratadla bien.

He aquí los Mandamientos. Honra al padre y a la madre, no mates, no te encolerices, sé delicado, no mientas, no robes... Si fuésemos capaces de observar los Mandamientos, marcharíamos mejor nosotros y marcharía mejor, también, el mundo.

Además, está el prójimo... Pero el prójimo está a tres niveles: unos están sobre nosotros, algunos a nuestro nivel, y otros están debajo. Por encima tenemos a nuestros padres. El catecismo decía: Respetarlos, amarlos y obedecerlos. El Papa debe inculcar respeto y obediencia de los hijos hacia los padres. Me dicen que aquí están presentes varios acólitos de Malta. Que se acerque uno, por favor... Los acólitos de Malta, que durante un mes han prestado servicio en San Pedro. Así, pues, tú, ¿cómo te llamas? ¡Jaime! Jaime, escucha: ¿tú has estado enfermo en alguna ocasión? No. ¡Ah!, ¿jamás? No. ¿Nunca has estado enfermo? No. ¿Ni siquiera una fiebre? No. ¡Oh! Vaya suerte. Pero cuando un niño está enfermo, ¿quién es el que le lleva un poco de caldo, un poco de medicina? ¿No es acaso la madre? Ved, pues. Cuando tú te hagas mayor y la madre

se haga vieja, y llegues a ser un gran señor, entonces la pobrecita madre estará enferma en la cama. Atención. Y entonces, ¿quién es el que le llevará a la madre un poco de leche y la medicina? ¿Quién es? Yo y mis hermanos. Bravo, él y sus hermanos ha dicho. Y esto me agrada. ¿Has comprendido?

Pero no sucede así siempre. Yo, obispo de Venecia, visitaba algunas veces los asilos. En una ocasión encontré una enferma, una anciana: «¿Cómo está, señora?» «¡Bah! De comer, bien. ¿Calor, calefacción? Bien.» «Entonces, ¿está contenta, señora?» «No», y se echó a llorar. «Pero, ¿por qué llora?» «Mi nuera, mi hijo, jamás vienen a verme. Desearía ver a los nietos.» No basta el calor de la comida, existe un corazón; es necesario pensar, también, en el corazón de nuestros ancianos. El Señor ha dicho que los padres deben ser respetados y amados, también, cuando son viejos.

Y además de los padres existe el Estado, están los superiores. ¿Puede el Papa recomendar la obediencia? Bossuet, que fue un gran obispo, escribió: «Donde nadie manda, todos mandan. Donde todos mandan, nadie manda, sino el caos».

Algunas veces se ve también en el mundo algo parecido. Por tanto, respetemos a los superiores. Después están nuestros semejantes. Y aquí, de ordinario, debemos observar dos virtudes: la justicia y la caridad. Pero la caridad es el alma de la justicia. Es necesario querer al prójimo, ya que el Señor nos lo ha recomendado mucho. Yo recomiendo siempre no sólo las grandes caridades, sino también las caridades pequeñas.

He leído un libro, escrito por Caregie, americano, titulado «El arte de ser amigos», este pequeño episodio: «Una señora tenía en casa cuatro hombres: el marido, un hermano y dos hijos mayores. Ella debía hacer la compra, ella lavar y planchar la ropa, ella la cocina, ella todo. Un día llegan a casa. La mesa está preparada para la comida, pero sobre el plato solamente un puñado de hierba. ¡Oh! Los otros protestan y dicen: ¿Tenemos hierba? Y ella replica: «No; está todo preparado. Permitid que os diga: preparo los alimentos, os llevo limpios, hago de todo, Jamás, ni una vez, me habéis dicho: Nos has preparado un banquete excelente. ¡Decid algo! No soy de piedra. Se trabaja más a gusto cuando nos vemos comprendidos.»

Son las pequeñas caridades. Todos en nuestra casa tenemos alguien que espera una delicadeza. Están los más pequeños que nosotros, están los niños, están los enfermos y hasta los pecadores. Yo he estado muy cerca, como obispo, incluso, de aquellos que no creen en Dios. Me he formado la idea de que ellos combaten frecuentemente no a Dios, sino a la idea equivocada que tienen de Dios. ¡Cuánta misericordia es necesario tener! Y también aquellos que yerran... Es necesario verdaderamente estar en paz con nosotros mismos. Me limito a recomendar una virtud muy querida por el Señor, el cual dijo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.»

Me arriesgo a decir un disparate, pero lo digo: el Señor ama tanto la humildad que, a veces, permite pecados graves. ¿Por qué? Para que aquellos que han cometido estos pecados, después, arrepentidos, sean humildes. No procede considerarse medios santos, medios angélicos, cuando se sabe que se han cometido faltas graves. El Señor recomendó insistentemente: sed humildes incluso aun cuando hayáis hecho cosas grandes, decid: Somos siervos inútiles. En cambio, la tendencia en todos nosotros apunta hacia lo contrario: ponerse como modelo. Humildes, humildes; es la virtud cristiana que nos interesa a todos.

LA FE

Mi primer saludo va a mis hermanos obispos que veo aquí numerosos.

El Papa Juan, en una nota que ha sido también impresa, dijo: «Esta vez he hecho el retiro sobre las siete lámparas de la santificación.» Siete virtudes, quería decir, a saber: fe, esperanza, caridad, prudencia, justicia, fortaleza, templanza. Quién sabe si el Espíritu Santo ayudará hoy al pobre Papa a ilustrar al menos una de estas lámparas, la primera: la fe. Aquí, en Roma, hubo un gran poeta, Trilussa, que trató también él de hablar de la fe. En cierta poesía suya dejó dicho: «Aquella viejecita ciega, que encontré / la tarde que me perdí en medio del bosque, / me dijo: Si el camino no lo sabes / te acompaño yo, que lo conozco. / Si tienes el valor de acompañarme / de vez en cuando te daré una voz: hasta allá en el fondo, donde hay un ciprés; / hasta allá en la cima, donde hay una cruz Yo respondí: Bueno..., pero encuentro extraño / pueda guiarme quien no ve... / La ciega, entonces, me apretó la mano / y suspiró: —Camina—. Era la fe». Como poesía, graciosa; como teología, defectuosa. Defectuosa, porque, cuando se trata de la fe, el gran conductor es Dios, porque Jesús ha dicho: Ninguno viene a mí, si mi Padre no lo trae.

San Pablo no tenía fe; incluso perseguía a los fieles. Dios lo espera en el camino de Damasco. «Pablo —le dice—, no sueñes en rebelarte, en tirar coces como un caballo encabritado. Yo soy Jesús al que tú persigues. Tengo proyectos sobre ti. ¡Es preciso que cambies!» Se ha detenido Pablo; ha cambiado, convirtiendo su propia vida. Después de algunos años, escribirá a los Filipenses: «Aquella vez, en el camino de Damasco, Dios me atrapó; desde entonces, no hago otra cosa que correr tras Él, para ver si yo también soy capaz de cogerlo, imitándole, amándole cada vez más». He aquí lo que es la fe: Rendirse a Dios, pero transformando la propia vida. Eso no siempre es fácil. Agustín contó el itinerario de su fe. Especialmente en las últimas semanas fue terrible; leyéndole se siente su alma como estremecerse y retorcerse en conflictos interiores. Acá, Dios que lo llama e insiste; y, allá, las antiguas costumbres. «Viejas amigas —escribe—; me tiraban dulcemente de mi vestido de carne y me decían: “Agustín, ¿cómo?, ¿nos abandonas? Mira que no podrás ya hacer esto, no podrás ya hacer aquello otro, y para siempre”.» ¡Difícil! «Me encontraba —dice— en el estado de uno que está en el lecho por la mañana. Le dicen: “Fuera, Agustín, levántate.” Yo, a mi vez, decía: “Sí, pero más tarde, todavía un poquito.” Finalmente, el Señor me dio un empujón, me echó fuera. Así, pues, no hay que decir: *Sí, pero...*; *sí, pero más tarde*. Hay que decir: ¡Señor, sí! ¡Ahora mismo! Esto es la fe. Responder con generosidad al Señor. Pero, ¿quién dice este sí? Quien es humilde y se fía completamente de Dios.»



LA FE

Mi madre me decía cuando era mayorcito: De pequeño estuviste muy malo; tuve que llevarte de un médico a otro y velar noches enteras; ¿me crees? ¿Cómo habría yo podido decir: Madre, no te creo? Pero sí que creo, creo lo que me dices, mas te creo especialmente a ti. Y así ocurre con la fe. No se trata sólo de creer lo que Dios ha revelado, sino a Él, que merece nuestra fe, que nos ha amado tanto y tanto ha hecho por nuestro amor. Es difícil, asimismo, aceptar algunas verdades, porque las verdades de la fe son de dos especies: Algunas, agradables; otras, molestas a nuestro espíritu.

Por ejemplo, es placentero sentir que Dios tiene tanta ternura con nosotros, más ternura incluso que una madre tiene para con sus hijitos, según dice Isaías. ¡Qué agradable y espontáneo es esto! Hubo un gran obispo francés, Dupanloup, que solía decir a los rectores de los seminarios: «Sed padres, sed madres con los futuros sacerdotes. Es agradable.»

Con otras verdades, por el contrario, se siente fatiga. Dios debe castigar; justamente, si yo resisto. Él corre en derecha hacia mí, me suplica que me convierta, y yo digo: ¡No! Casi soy yo el que le obliga a castigarme. Esto no es agradable. No obstante, es verdad de fe. Y existe una última dificultad, la Iglesia. San Pablo pregunta: ¿Quién eres, Señor? —Soy Jesús, a quien tú persigues. Una luz, un relámpago ha atravesado su mente. No persigo a Jesús, ni siquiera lo conozco; persigo, por el contrario, a los cristianos. Se ve que Jesús y los cristianos, Jesús y la Iglesia son lo mismo: indivisible, inseparable.

Leed a San Pablo: «Corpus Christi, quod est Ecclesia (el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia)». Cristo e Iglesia son una sola cosa. Cristo es la cabeza; nosotros, la Iglesia, somos sus miembros. No es posible tener fe y decir: Yo creo en Jesús, acepto a Jesús; pero no acepto a la Iglesia. Es necesario aceptar la Iglesia; la que es y como es. El Papa Juan la llamó «Mater et magistra». Maestra, también. San Pablo dejó dicho: «Acéptenos cada uno como auxiliares de Cristo, y ecónomos y dispensadores de sus misterios.»

Cuando el pobre Papa, cuando los obispos, los sacerdotes proponen la doctrina, no hacen otra cosa que ayudar a Cristo. No es doctrina nuestra, es la de Cristo; solamente debemos custodiarla y presentarla. Estaba yo presente cuando el Papa Juan abrió el Concilio, el 11 de octubre de 1962. En un cierto momento dijo: esperamos que, con el Concilio, la Iglesia dé un salto adelante. Lo habíamos esperado todos; pero un salto adelante ¿por qué camino? Lo dijo en seguida: por las verdades ciertas e inmutables. De ninguna manera ha soñado el Papa Juan que las verdades fueran para caminar y avanzar, y luego, a la vuelta de la esquina, para cambiarlas. Las verdades son como son; debemos caminar por la ruta de estas verdades, comprendiendo siempre más, «aggiornándonos», proponiéndolas de una forma adaptada a los nuevos tiempos. El Papa Pablo tenía también el mismo pensamiento. La primera cosa que hizo, cuando le nombraron Papa, fue entrar en la capilla privada de la Casa Pontificia; allí, al fondo, mandó hacer dos mosaicos. San Pedro y San Pablo. San Pedro muriendo, San Pablo muriendo también; pero debajo de San Pedro están las palabras de Jesús: «Oraré por ti, Pedro, para que jamás desfallezca tu fe.» Bajo San Pablo, recibiendo el golpe de la espada: «He consumado mi carrera, he conservado la fe.» Sabéis que, en el último discurso del 29 de junio, ha dicho Pablo VI: Después de

quince años de pontificado, puedo dar gracias al Señor porque he defendido la fe, la he conservado.

La Iglesia es igualmente madre. Si es continuadora de Cristo, y Cristo es bueno, también la Iglesia debe ser buena; buena para todos; pero ¿y si, por casualidad, hubiese malos en la Iglesia? Tenemos a la madre. Si la madre está enferma, si mi madre llegase el caso de que se quedara coja, todavía la querría más. Lo mismo, en la Iglesia: Si hay —y los hay— defectos y debilidades, no debe nunca aminorarse nuestro afecto por la Iglesia. Ayer —y acabo— me han enviado el número de «Città Nuova» (Ciudad Nueva). He visto que han referido, registrándolo, un discurso mío brevísimo, con un episodio. Cierta predicador Mac Nabb, inglés, hablando en Hyde Park, había hablado de la Iglesia. Al acabar, uno pide la palabra y dice: Bellas, sus palabras. Pero yo conozco a algún sacerdote católico que no ha estado con los pobres y se ha hecho rico. Conozco también maridos católicos que han traicionado a su mujer; no me complace esta Iglesia hecha de pecadores. El padre ha dicho: Tiene un poco de razón, pero, ¿puedo poner una objeción? —Conforme—. Dice: Excusa, ¿me equivoco o el cuello de tu camisa está un poco manchado? —Dice: Sí, lo reconozco—. Pero ¿está manchado porque no ha usado el jabón o porque ha usado el jabón y no ha servido para nada? —No, dice, no he usado el jabón—. ¡Ya!

También la Iglesia Católica tiene un jabón extraordinario: El Evangelio, los sacramentos, la oración. El Evangelio, leído y vivido; los sacramentos, celebrados debidamente; la oración, bien usada sería un jabón maravilloso, capaz de hacernos a todos santos. No somos todos santos, porque no hemos usado bastante este jabón. Veamos de corresponder a las esperanzas de los papas que han convocado y aplicado el Concilio; el Papa Juan, el Papa Pablo. Tratemos de mejorar la Iglesia, haciéndonos mejores. Cada uno de nosotros y toda la Iglesia podría recitar la plegaria que yo acostumbro: Señor, tómame como soy, con mis defectos, con mis debilidades; pero hazme llegar a ser como tú deseas.

Debo decir una palabra aún a nuestros queridos enfermos que veo aquí. Lo sabéis. Jesús ha dicho: Me escondo detrás de ellos; lo que a ellos se hace se me hace a mí. Por lo mismo, nosotros veneramos en sus personas al Señor mismo y auguramos que el Señor les sea próximo, los ayude y los sostenga.

A su vez, a la derecha, están los nuevos esposos. Han recibido un gran sacramento; hagamos votos para que este recibido sacramento sea verdaderamente portador no únicamente de bienes de este mundo, sino, sobre todo, de gracias espirituales. El siglo pasado vivía en Francia Federico Ozanam, gran profesor; enseñaba en la Sorbona, elocuente, insigne. Era su amigo Lacordaire, sacerdote, quien decía: «¡Este es tan capaz y tan bueno! ¡Se hará cura, llegará a ser obispo!» ¡No! Encontró a una excelente señorita, se casaron. Lacordaire se disgustó y dijo: «¡Pobre Ozanam! Ha caído también él en la trampa.» Sin embargo, dos años más tarde, Lacordaire vino a Roma y fue recibido por Pío IX. «Venga, Padre —dice—, venga. Yo siempre he oído decir que Jesús instituyó siete sacramentos: Ahora viene usted y me cambia las cartas sobre la mesa: me dice que ha instituido seis sacramentos ¡y una trampa! No, Padre, el matrimonio no es una trampa: ¡es un gran sacramento!» Por ello, hagamos de nuevo los augurios a los nuevos esposos: ¡Que el Señor los bendiga!

AUDIENCIA GENERAL (20-9-78)

LA ESPERANZA

Segunda entre las «siete lámparas de la santificación» para el Papa Juan era la esperanza. Os hablo hoy de esta virtud que es obligatoria para todo cristiano. Dante, en su *Paraíso* (Cantos 24, 25 y 26) ha imaginado presentarnos a un examen del cristianismo. Funcionaba una comisión. ¿Hay fe?, preguntaba primero San Pedro; ¿Hay esperanza?, continuaba San Juan; ¿Hay caridad?, acababa San Juan. «Sí —responde Dante—, tengo fe, esperanza y caridad», lo demuestra y es admitido plenamente. He dicho que es obligatoria; no por esto la esperanza es áspera y dura: así quien la vive viaja en un clima de confianza y abandono diciendo con el Salmista: «Señor, tú eres mi roca, mi escudo, mi fortaleza, mi refugio, mi luz, mi pastor, mi salvación. Aunque acampase contra mí un ejército, no temerá mi corazón; y aunque la batalla se decida contra mí, aun entonces tendré confianza».

Diréis: ¿No es exageradamente entusiasta el salmista? ¿Es posible que a él las cosas le hayan ido siempre bien? No, no siempre le han ido bien, sino que él mismo dice que a veces los malos son afortunados y los buenos oprimidos. Ha llegado a lamentarse con el Señor e incluso hasta decirle: «¿Por qué duermes, Señor? ¿Por qué callas?. Despiértate, óyeme, Señor». Pero su esperanza permanecía firme, indestructible. A él y a todos los esperantes se puede aplicar lo que dice San Pablo de Abraham: «Creyó esperando contra toda esperanza» (Rom. 4, 18). Diréis también: ¿Cómo puede ser esto? Ocurre porque se desprende de tres verdades. Dios es omnipotente, Dios me ama inmensamente, Dios es fiel a sus promesas. Y El, el Dios de la misericordia que acrece en mí la confianza; por lo cual yo no me siento ni sóno ni inútil ni abandonado, sino integrado en un destino de salvación que acabará un día en el Paraíso. He aludido a los Salmos. La misma segura confianza vibra en los Libros de los Santos. ¿Queréis que lea una homilía de San Agustín en el día de Pascua sobre el *Aleluya*? El verdadero *Aleluya* nos dice —dice— lo cantaremos en el Paraíso. Aquel será el *Aleluya* del amor pleno; éste de ahora es el *Aleluya* del amor hambriento, o sea el de la esperanza.

Alguno dirá: ¡Pero si yo soy un pobre pecador! Le respondo como respondí a una señora desconocida que confesaba desde muchos años. Estaba desanimada porque —decía— había tenido una vida moralmente borrascosa. —¿Puedo preguntarle cuántos años tiene? —Treinta y cinco. —¡Treinta y cinco! Aún puede vivir otras treinta y cinco o cuarenta o cincuenta más y hacer mucho bien. Entonces, arrepentida, en vez de pensar en el pasado se proyecta en el porvenir y renueva con la ayuda de Dios su vida. En algunas ocasiones San Francisco de Sales nos habla de nuestras «queridas imperfecciones». Me explicaré: Dios detesta las faltas, porque son faltas. Por otra parte, pero, en cierto sentido, ama las faltas porque le dan ocasión de mostrar su misericordia y a nosotros a permanecer humildes y comprender y compartir las faltas del prójimo.

No todos comparten mi simpatía por la esperanza. Nietzsche —por ejemplo— la llama «virtud de los débiles»; ello haría del cristiano un inútil, un separado, un resignado, un extraño al progreso del mundo. Otros hablan de «alienación» que desplazaría a los cristianos de la lucha por la promoción humana. Pero el Mensaje cristiano —ha dicho el Concilio—, lejos de desplazar al hombre de su competencia en la edificación del mundo, le impulsa a todo ello, con una obligación aún más apremiante (*Gaudium et Spes*, n. 34, cf. nn. 39 y 57 y *Mensaje al Mundo*, de los Padres Conciliares de 1962).

También hoy afloran, como en el curso de los siglos, afirmaciones y tendencias de cristianos demasiado pesimistas en el examen del hombre. Pero tales afirmaciones han sido desaprobadas por la Iglesia y olvidadas gracias a una escuadra de Santos alegres y trabajadores, al humanismo cristiano, a maestros ascéticos que San Beuve llamó los «dulces» y a una teología comprensiva, Santo Tomás de Aquino, por ejemplo, pone entre las virtudes la *jocunditas*, o sea la capacidad de convertir en un sonreír gozoso —en la medida y modo conveniente— las cosas oídas y vistas (cf. 2^aae., q. 148, a.2). Gozoso en este sentido —explicaba a mis alumnos— fue aquel albañil irlandés que cayó sobre el pavimento y se rompió la pierna. Llevado al hospital dijo la hermana enfermera al doctor: «Pobrecico, se ha hecho daño». Pero replicó el enfermo: «Madre, no precisamente golpeando el suelo, sino que al llegar al suelo me hice el mal».

Declarando virtud el chancearsey el hacer sonreír, Santo Tomás se encontraba de acuerdo con la «alegría nueva» predicada por Cristo, con la *hilaritas* recomendada por San Agustín, desconfiaba del pesimismo, vestía de leticia la vida cristiana, nos invitaba a animarnos con los gozos santos y puros que encontramos en nuestro camino. Cuando era pequeño leí algo de Andrea Carnegie, escocés, llegado a América con sus padres, y por entonces llegado a ser uno de los hombres más ricos del mundo. No era católico, pero me impresionó el hecho que volviere con insistencia sobre la alegría sencilla y auténtica de su vida. «Nací en la miseria —dice—, pero no cambiaría los recuerdos de mi infancia con los de los hijos de los millonarios. Ellos, ¿tal vez desconocen el goce familiar de la dulce madre que combina en sí los oficios de niñera, de lavandera, de cocinera, de maestra, de ángel y de santa?» Muy pequeño todavía fue empleado en una hilandería de Pitsburg con 56 míseras liras mensuales de sueldo. Un día en vez de darle del modo corriente la paga, el cajero le dijo que esperara. Carnegie temblaba. acaso me despedirá. Pero fue lo contrario. Después de pagados los otros, el cajero le dijo: «Andrea, he seguido atentamente tu trabajo y he visto que vale más que el de los otros. Te subo la paga a 67 liras». Carnegie volvió corriendo a su casa, donde la mamá se llenó de contento con la promoción de su hijo. «Hablo como millonario —decía Carnegie muchos años después—. Todos mis millones juntos no me han proporcionado la alegría de aquellas liras de aumento». Ciertamente que estos goces por buenos y alentadores que sean, son algo, no todo; sirven como medio, pero no son el fin supremo, no duran siempre, sino sólo breve tiempo.

Por fin quiero recordar una esperanza que por algunos es proclamada cristiana, y sin embargo es cristiana sólo hasta cierto punto. Me explico: El Concilio ha votado el «Mensaje al Mundo» de los Padres Conciliares. Decíase en él: La misión principal del *divinizar* no exime a la Iglesia de la misión de *humanizar*. He votado la *Gaudium Spes*; me he conmovido y entusiasmado cuando salió la *Populorum Progressio*. Pienso que el Magisterio de la Iglesia no insistirá nunca bastante en presentar y recomendar la solución del gran problema de la libertad, de la justicia, de la paz, del desarrollo, de los laicos católicos, nunca serán demasiado propugnadas para resolver estos problemas. Y por el contrario, es un error afirmar que la liberación política, económica y social coincide con la salvación en Jesucristo, que el *Reino de Dios* se identifica con el *Regnum hominis*, que *Ubi Lenin ibi Jerusalem*.

En Friburgo, en el 86° Katholikentag se ha tratado en estos días sobre el tema «*El futuro de la esperanza*». Se hablaba del «mundo», de mejorarlo, y la palabra «futuro» estaba bien. Pero si de la esperanza para el «mundo» se pasa a la de cada una de las almas, entonces es preciso hablar también de «eternidad».

LA CARIDAD

«Dios mío, os amo con todo el corazón y por encima de cualquier cosa, infinito bien y eterna felicidad nuestra y, por vuestro amor, amo a mi prójimo como a mí mismo y perdono las ofensas recibidas. ¡Oh, Señor, que yo os ame cada vez más!» Es una oración conocidísima y tejida con frases bíblicas. Me la enseñó mi madre. La recito varias veces al día, también ahora, y voy a tratar de explicársela palabra por palabra, como haría un catequista de Parroquia. Estamos en la «tercera lámpara de santificación» del Papa Juan: la caridad. **Amo**. En la clase de filosofía me decía el profesor: «¿Tú conoces el campanario de San Marcos? ¿Sí? Ello significa que el campanario ha entrado de alguna manera en tu mente: físicamente permanece donde estaba, pero en tu interior ha grabado como un retrato intelectual suyo. ¿Tú, en cambio, amas el campanario de San Marcos? Esto significa que ese retrato interior te empuja y te inclina, casi te lleva, te hace caminar con la mente hacia el campanario que está fuera. En una palabra: amar significa viajar, correr con el corazón hacia el objeto amado. Dice la Imitación de Cristo: El que ama «currit, volat, laetatur», corre, vuela y goza. (1, 3 Rom. c. V, núm. 4).

Amar a Dios es, pues, un viajar con el corazón hacia Dios. Se trata de un viaje bellissimo. De muchacho, me quedaba extasiado ante los viajes descritos por Julio Verne («Veinte mil leguas bajo el mar», «De la tierra a la luna», «La vuelta al mundo en ochenta días», etc.). Pero los viajes del amor a Dios son mucho más interesantes. Puede verse en la vida de los Santos, en la de San Vicente de Paul, p. e., cuya fiesta celebramos hoy.

Era un gigante de la caridad. Amó a Dios como no se ama a un padre o a una madre. Fue él mismo un padre para los prisioneros, los enfermos, los huérfanos y los pobres. San Pedro Claver, al consagrarse a Dios por entero, firmaba: **Pedro, esclavo de los negros para siempre**. El viaje lleva consigo también algunos sacrificios; pero no deben arredrarnos. Jesús está en la Cruz; ¿quieres besarle? No tienes más remedio que agacharte sobre la Cruz y dejar que te pinche alguna de sus espinas de la corona que el Señor tiene sobre su cabeza (Cfr. Sales, Obras, Annecy, t. XXI, pág. 153). No puedes hacer lo que hizo el bueno de San Pedro, que se apresuró a gritar «¡Viva Jesús!» en el Monte Tabor, donde reinaba la alegría, pero que ni siquiera se asomó por el Calvario junto a Jesús, donde había riesgo y dolor. (Cfr. Sales, Obras, t. XVI, pág. 140).

El amor a Dios es también un viaje misterioso: es decir, yo no me pongo en movimiento si no es Dios quien toma la iniciativa. «Nadie

—dijo Jesús— puede venir a mí, si el Padre no lo llama» (Juan, 6, 44). Se preguntaba San Agustín: ¿Y, entonces, la libertad humana? Dios, que ha querido y hecho tal libertad, sabe cómo respetarla, aun llevando los corazones a donde Él quiere: «Parum est voluntate, etiam voluptate traheris», Dios no sólo tira de ti de forma que tú consientas, sino hasta de modo que disfrutes de ser arrastrado. (Agustín, In Joan, Evangelium, t. 26-4).

Con todo el corazón. Subrayo aquí el adjetivo «todo». El totalitarismo en política es mala cosa. Pero, en religión, un totalitarismo nuestro en relación con Dios es magnífico. Está escrito: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas. Estos mandamientos que hoy te doy, consérvales en el corazón. Se los repetirás a tus hijos, hablarás de ellos cuando estés sentado en tu casa, cuando vayas por la calle, cuando te acuestes y cuando te levantes. Te los atarás a la mano, como una señal. Será como un colgante ante tus ojos y los escribirás en el umbral de tu casa y en tus puertas» (Deut. 6, 509). Aquel «todo», repetido y llevado a la práctica con tanta insistencia, es en verdad la bandera del maximalismo cristiano. Y es justo: Dios es demasiado grande, merece demasiado Él de nosotros, para que podamos echarle, como a un pobre Lázaro, apenas unas pocas migajas de nuestro tiempo y de nuestro corazón. Él es un bien infinito y será nuestra felicidad eterna; el dinero, los placeres, las fortunas de este mundo, en comparación, son apenas fragmentos de bien y momentos fugaces de felicidad. No sería sabio dar tanto de nosotros a estas cosas y poco de nosotros a Jesús.

Sobre todas las cosas. Se llega a una confrontación directa entre Dios y el hombre, entre Dios y el mundo. No sería justo decir: «O Dios o el hombre.» Deben amarse «Dios y el hombre»; a este último, nunca más que a Dios o contra Dios o igual que a Dios. En otras palabras: el amor a Dios es ciertamente prevalente, pero no exclusivo. La Biblia declara a Jacob, santo (Dan. 3, 35) y amado por Dios (Mal. 1, 27; Rom. 9, 13); lo muestra empleando siete años en conquistar a Raquel como mujer; «y le parecen pocos años, aquellos años —tanto era su amor por ella—» (Gen. 29, 20). Francisco de Sales comenta estas palabras: «Jacob —escribe— ama a Raquel con todas sus fuerzas, y con todas sus fuerzas ama a Dios; pero no, por ello, ama a Raquel como a Dios, ni a Dios como a Raquel. Ama a Dios como a su Dios sobre todas las cosas y más que a sí mismo; ama a Raquel como a su mujer sobre todas las otras mujeres y como a sí mismo. Ama a Dios con amor absoluta y soberanamente sumo, y a Raquel con sumo amor marital; un amor no es contrario al otro, porque el de Raquel no viola las supremas ventajas del amor de Dios» (Obras, t. V, pág. 175).

Y por amor vuestro amo a mi prójimo. Estamos aquí frente a dos amores que son «hermanos gemelos» e inseparables. A algunas personas, es fácil amarlas, a otras, es difícil; no nos son simpáticas, nos han ofendido y hecho mal; sólo si amo a Dios en serio llego a amarlas, en cuanto hijas de Dios y porque Él me lo manda. Jesús ha fijado también cómo amar al prójimo; o sea, no sólo con el sentimiento, sino con hechos. Ésta es la manera, dice. Os preguntaré: Tenía hambre en la persona de mis hermanos más pequeños, ¿me habéis dado de comer? ¿Me habéis visitado cuando estaba enfermo? (Cfr. Mt. 24, 34 ss.).

El catecismo traduce éstas y otras palabras de la Biblia con la doble lista de las siete obras de misericordia corporales y las siete espirituales.

El elenco no es completo y habría que actualizarlo. Entre los hambrientos, p. e., hoy no se trata ya únicamente de éste o aquel individuo; son pueblos enteros.

Todos recordamos las grandes palabras del Papa Pablo VI: «Los pueblos del hambre interpelan hoy de manera dramática a los pueblos de la opulencia. La Iglesia sale al encuentro de este grito de angustia y llama a cada uno a responder con amor al propio hermano» (**Populorum Progressio**, n. 3). En este punto a la caridad se añade la justicia, porque —dice ahora Pablo VI— «La propiedad privada no constituye para nadie un derecho incondicionado y absoluto. Ninguno está autorizado a reservar para su uso exclusivo lo que supera a su necesidad, cuando los demás carecen de lo necesario» (**Populorum Progressio**, n. 22). En consecuencia, «toda extenuante carrera de armamentos se convierte en un escándalo intolerable» (**Populorum Progressio**, n. 53).

A la luz de estas expresiones fuertes, se ve cuán distantes estamos —individuos y pueblos— todavía de amar a los otros «como a nosotros mismos», que es el mandamiento de Jesús.

Otro mandato: **perdono las ofensas recibidas**. Casi parece que el Señor da precedencia a este perdón, sobre el culto: «Si alguna vez presentas tu ofrenda sobre el altar y te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu don ante el altar y ve antes a reconciliarte con tu hermano y torna luego a ofrecer tu don» (Mt. 5, 23-24).

Las últimas palabras de la oración son: **Señor, que os ame yo siempre más**. Incluso aquí hay una obediencia a un mandamiento de Dios, quien ha puesto en nuestro corazón la sed de progreso. Desde los palafitos, desde las cavernas, desde las cabañas hemos pasado a las casas, a los palacios, a los rascacielos. De los viajes a pie, a lomos de mulo o de camello, a los automóviles, a los trenes, a los aviones. Y todavía se desea progresar con medios cada vez más rápidos, para alcanzar metas siempre más alejadas. Pero amar a Dios —lo hemos visto— es también un viaje: Dios lo quiere siempre más intenso y perfecto. Dijo a todos los suyos: «Vosotros sois la luz del mundo, la sal de la tierra» (Mt. 5, 8); «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt. 5, 48). Eso significa: amar a Dios, no poco sino mucho; no pararse en el punto a que se ha llegado, sino con Su ayuda progresar en el amor.

AL SACRO COLEGIO DE CARDENALES (30-8-78)

CONFIANZA EN LA INDEFECTIBLE AYUDA DE CRISTO

VENERABLES hermanos:

Con inmensa alegría os vemos reunidos en torno a nos con motivo de este encuentro que hemos deseado ardientemente y del que ahora, gracias a vuestra cortesía, nos es permitido gozar la dulzura y el consuelo. Sentíamos, en efecto, la apremiante necesidad no solamente de renovaros la expresión de nuestra gratitud por el consenso —que no cesa verdaderamente de sorprendernos y de confundirnos— que habéis reservado a nuestra humilde persona, sino de testimoniaros también la confianza que depositamos en vuestra fraternal y constante colaboración.

El peso que el Señor, en los inescrutables designios de su providencia, ha querido colocar sobre nuestras frágiles espaldas, nos parecería en verdad excesivamente gravoso si no supiésemos que podemos contar, además de con la omnipotente fuerza de su gracia, con la afectuosa comprensión y la operante solidaridad de hermanos tan ilustres por su doctrina y su sabiduría, tan experimentados en el gobierno pastoral, tan enterados de las cosas de Dios y de las cosas de los hombres.

Aprovechamos, por tanto, esta circunstancia para manifestaros que contamos, en primer lugar, con la ayuda de aquellos señores cardenales que permanecerán junto a nos en esta inmortal ciudad, en la dirección de los diversos dicasterios de los que se compone la Curia romana. Los cometidos pastorales, a los que poco a poco la Divina Providencia nos ha llamado durante los años pasados, se han desarrollado siempre lejos de estos complejos organismos que ofrecen al Vicario de Cristo la posibilidad concreta de llevar a cabo el servicio apostólico que Él debe a toda la Iglesia y aseguran, de esta forma, la organización articulada de las legítimas autonomías, incluso dentro del indispensable respeto de la esencial unidad de disciplina, además de la de fe, por la que Cristo oró en la vigilia inmediatamente anterior a su Pasión (cfr. Juan 17-11, 21-23).

No nos causa molestia reconocer nuestra inexperiencia en un sector tan delicado de la vida eclesial. Confiamos, por tanto, en atesorar las sugerencias que nos llegarán de tan animosos colaboradores, asistiendo, por así decirlo, a la escuela de quien, por los extraordinarios méritos adquiridos en un servicio de tan gran importancia, merece con toda propiedad nuestra plena confianza y nuestro aprecio agradecido.

...y con los de fuera

Nuestro pensamiento se dirige luego a todos los que entre vosotros, venerables hermanos, se disponen a volver a sus sedes episcopales para reanudar la atención Pastoral de las iglesias que el Espíritu Santo os ha confiado (cfr. Hechos 20, 28), y ya gustan anticipadamente en el espíritu la alegría del encuentro con tantos hijos suyos ya perfectamente cono-

cidos y tiernamente amados. Es una alegría ésta que a nos no nos será permitida. El Señor conoce la tristeza que esta renuncia nos infunde en el corazón. Él, sin embargo, en su bondad, sabe templar la amargura de la separación con la perspectiva de una paternidad más amplia. En particular. Él nos consuela con el don inestimable de vuestra cordial y sincera devoción, en la que nos parece sentimos vibrar la devoción de todos los obispos del mundo, unidos a esta Sede Apostólica con los vínculos firmes de una comunión que cruza los espacios, ignora las diversidades de raza, se enriquece con los valores auténticos, presentes en las varias culturas, hace de pueblos distantes entre sí por ubicación geográfica, por idioma y por mentalidad, una única y gran familia. ¿Cómo no sentirse dominados por una oleada de confianza tranquilizadora ante el espectáculo maravilloso que se ofrece a la atónita contemplación del espíritu, estimulado por vuestra presencia a proyectarse en la dirección de los cinco continentes, cada uno de los cuales tiene en vosotros representantes tan dignos y significativos?

Esta vuestra espléndida asamblea pone ante nuestros ojos una imagen elocuente de la Iglesia de Cristo, cuya unidad católica ya impresionaba al gran Agustín y lo inducía a poner en guardia a las «ramitas» de cada una de las Iglesias para que no separasen «ex ips magna arbore quae ramorum suorum porrectione toto orbe difunditur» («de aquel gran árbol que se extiende por todo el orbe con la difusión de sus ramas») (Ep. 185 *ad Bonifacium*, n. 8, 32).

De esta unidad sabemos hemos sido constituido señal e instrumento (cfr. Const. Dogm. *Lumen Gentium*, nn. 22,2; 23,7); y es propósito nuestro dedicar todas las energías a su defensa y a su incremento, alentados en ello por la conciencia de que podemos confiar en la acción iluminada y generosa de todos vosotros. No pretendemos dibujar aquí las líneas maestras de nuestro programa, que os son ya conocidas. Desearíamos solamente reafirmar de nuevo en este momento, juntamente con todos vosotros, el compromiso de una disponibilidad total a las mociones del Espíritu, para el bien de la Iglesia, que, en el día de la elevación a la Púrpura cardenalista, cada uno de nosotros prometió servir «usque ad sanguinis effusionem» («hasta el derramamiento de la sangre»).

Venerables hermanos, cuando el sábado pasado nos encontramos frente a la temerosa decisión de un «sí» que habría puesto sobre nuestras espaldas el formidable peso del ministerio apostólico, alguno de vosotros nos susurró al oído palabras de invitación a la confianza y al valor. Séanos lícito ahora, convertidos ya en Vicario de Aquel que dejó a Pedro la consigna de «confirmare fratres» —«confirmar a los hermanos»— (Luc. 22,32), séanos lícito dirigiros a vosotros, que os disponéis a ocupar de nuevo vuestros respectivos campos eclesiales, el aliento para confiar con firmeza viril, incluso en medio de la confusión de la hora presente, en la indefectible ayuda de Cristo, el cual nos repite también a nosotros, hoy, las palabras pronunciadas cuando las tinieblas de la pasión se espesaban sobre Él y sobre el primer núcleo de creyentes: «Confidite, ego vici mundum» («Tened confianza, yo vencí al mundo») (Jn. 16,33).

En el nombre de Cristo, y como prenda de nuestra paternal benevolencia, os impartimos con efusión de sentimientos a vosotros, a vuestros colaboradores y a todas las almas confiadas a vuestro cuidado pastoral, las primicias de nuestra propiciadora bendición apostólica.

AL CUERPO DIPLOMATICO (31 - 8 - 78)

La Iglesia ilumina las conciencias

Excelencias, señoras, señores.

Damos las gracias vivamente a vuestro digno intérprete por sus palabras rebosantes de deferencia, mejor todavía, de benevolencia y de confianza. Nuestro primer impulso sería confesaros nuestra confusión ante estos propósitos que nos honran y estos sentimientos que nos consuelan. Pero sabemos perfectamente que este homenaje y este llamamiento se dirigen, por medio de nuestra persona, a la Santa Sede, a su misión eminentemente espiritual y humana, a la Iglesia católica, cuyos hijos se sienten particularmente deseosos de edificar, en compañía de sus hermanos, un mundo más justo y más armonioso

No teníamos todavía el honor de conoceros. Hasta ahora, nuestro ministerio estaba circunscrito a las diócesis que nos habían sido confiadas y a los deberes pastorales anejos al mismo en Vittoria Veneto y Venecia. Sin embargo, era ya participación en el ministerio de la Iglesia universal.

Pero, de ahora en adelante, en esta Sede del Apóstol Pedro, nuestra misión se ha hecho, efectivamente, universal, y ella nos pone en relación no solamente con todos nuestros hijos católicos, sino con todos los pueblos, con sus representantes cualificados y, concretamente, con los diplomáticos de los países que han querido establecer relaciones de este orden con la Santa Sede. Por esta causa, Nos sentimos muy feliz de recibirlos aquí, de manifestaros nuestra estima y nuestra confianza, el concepto que tenemos de vuestro noble cometido; feliz igualmente de saludar, por medio de vuestras personas, a cada una de las naciones que representáis y que contemplamos con respeto, con simpatía, formulando fervientes votos de progreso y de paz.

Estas naciones adquirirán para Nos un talante todavía más concreto a medida que nos encontremos no sólo con sus obispos y sus fieles, sino también con sus responsables civiles.

Cada uno de nosotros sabe todo lo que nuestro venerable predecesor ha realizado en este campo de las relaciones diplomáticas. Bajo su pontificado, las misiones de las que sois jefes se han multiplicado.

Por nuestra parte, deseamos también que dichas relaciones sean cada vez más cordiales y fructíferas, para bien de vuestros conciudadanos, para bien de la Iglesia en vuestros países, para el bien de la concordia universal. Por otra parte, las relaciones que podéis tener entre vosotros, en torno a la Santa Sede, sirven también a la comprensión y a la paz. Os ofrecemos nuestra sincera colaboración, de acuerdo con los medios de que disponemos.

Ciertamente, en la gama de los puestos de diplomáticos, la función que ejercéis aquí es «sui generis», como lo son la misión y la competencia de la Santa Sede. No tenemos, evidentemente, ningún bien temporal que intercambiar, ningún interés económico que discutir, como los tienen vuestros Estados. Nuestras posibilidades de intervenciones diplomáticas son limitadas y particulares. No se inmiscuyen en los asuntos puramente temporales, técnicos y políticos propios de vuestros Gobiernos. En este sentido, nuestros representantes diplomáticos ante vuestras altas autoridades civiles, lejos de ser una supervivencia del pasado, testimonian a la vez nuestro respeto hacia el poder temporal legítimo y el interés extraordinario prestado a las causas humanas que este poder está destinado a promover. Al mismo tiempo, vosotros sois aquí los portavoces de vuestros Gobiernos y los testigos vigilantes de la labor espiritual de la Santa Sede. Por ambas partes existe presencia, respeto, intercambio de opiniones, colaboración, sin confusión de las competencias.

Nuestros servicios, a partir de ahora, son de dos órdenes. Puede ser, si se nos invita a ello, una participación de la Santa Sede como tal a nivel de vuestros Gobiernos o de las instancias internacionales en la búsqueda de las mejores soluciones a los grandes problemas en los que se discuten la distensión, el desarme, la paz, la justicia, las medidas o los socorros humanos, el desarrollo... Nuestros representantes o delegados intervienen en los mismos, lo sabéis, con una palabra libre y desinteresada.

Es una forma apreciable de colaboración o ayuda mutua que la Santa Sede tiene la posibilidad de prestar gracias al prestigio internacional de la totalidad del mundo católico que asegura. Estamos dispuestos a continuar en este campo la actividad diplomática e internacional ya emprendida, en la medida en que la participación de la Santa Sede se considera deseada, fructífera y en correspondencia con nuestros medios.

Pero nuestra labor al servicio de la comunidad internacional se sitúa también —y diríamos sobre todo— en otro plano, que pudiera calificarse más específicamente de pastoral y que es propio de la Iglesia. Se trata de contribuir, por medio de los documentos y compromisos de la Sede Apostólica y de nuestros colaboradores en toda la Iglesia, a iluminar, a formar las conciencias de los cristianos en primer lugar, pero también de los hombres de buena voluntad —y, por medio de ellos, una más amplia opinión pública— sobre los principios fundamentales que garantizan una verdadera civilización y una fraternidad auténtica entre los pueblos. Respeto del prójimo, de su vida, de su dignidad, interés por su progreso espiritual y social, paciencia y deseo de reconciliación en la edificación tan vulnerable de la paz; digamos, en una palabra, todos los derechos y deberes de la vida en sociedad y de la vida internacional, tales

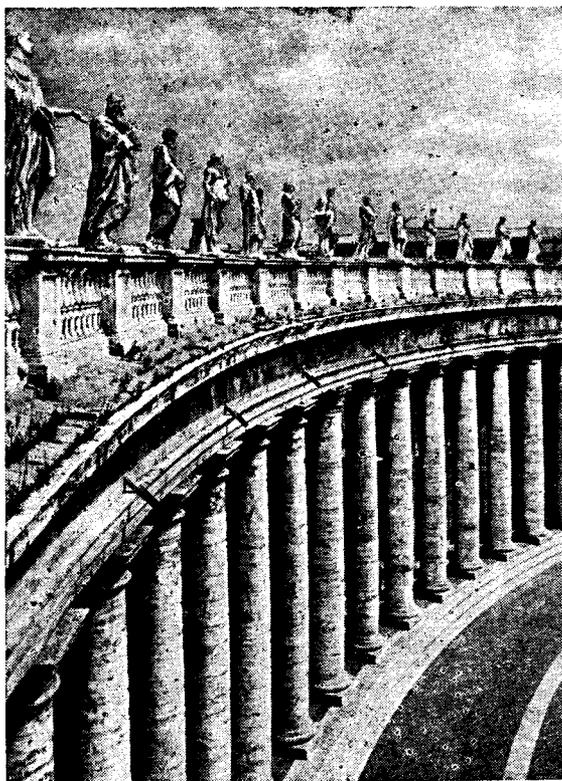
como los ha expuesto la Constitución conciliar «Gaudium et Spes» y tantos mensajes del llorado Papa Pablo VI.

Tales actitudes, que los fieles cristianos adoptan o deberían adoptar para su salvación, siguiendo la lógica del amor evangélico, contribuyen a transformar gradualmente las relaciones humanas, el entramado social y las instituciones. Dichas actitudes ayudan a los pueblos y a la comunidad internacional a asegurar mejor las condiciones del bien común y a encontrar el sentido último de su marcha hacia adelante. Ejercen un impacto cívico y político. Vuestros países tratan de construir una civilización moderna, con esfuerzos frecuentemente ingeniosos y generosos, que cuentan con toda nuestra simpatía y nuestros alientos con tal de que estén en armonía con las leyes morales inscritas por el Creador en el corazón humano.

Ahora bien, ¿no tiene necesidad esta civilización de una energía espiritual nueva, de un amor sin fronteras, de una esperanza firme?

He aquí lo que, con toda la Iglesia, y continuando las huellas de nuestro predecesor, queremos contribuir a dar al mundo. Ciertamente, Nos somos muy pequeño y muy débil para esto. Pero tenemos confianza en la ayuda de Dios. La Santa Sede se empleará en ello con todas sus fuerzas y eso merece también vuestro interés.

A partir de hoy, nuestros votos más cordiales os acompañan en la misión que vais a continuar ante Nos, de la misma manera que lo habéis hecho ante el Papa Pablo VI. Y Nos invocamos sobre cada una de vuestras personas, de vuestras familias, de los países que representáis y sobre todos los pueblos del mundo, las bendiciones abundantes del Altísimo.



A LOS REPRESENTANTES DE LA PRENSA INTERNACIONAL (1-9-78)

Presentar a la Iglesia con amor a la verdad y respeto a la dignidad humana

Ilustres señores y queridos hijos:

Sentimos la alegría de poder recibir, dentro de la primera semana de nuestro pontificado, a una representación tan cualificada y numerosa del «mundo» de las comunicaciones sociales, reunida en Roma a causa de dos acontecimientos que para la Iglesia Católica y para todo el mundo han tenido un significado profundo: la muerte de nuestro llorado predecesor, Pablo VI, y el reciente conclave, en el cual se ha echado sobre nuestras humildes y frágiles espaldas el formidable peso del servicio eclesial de Pastor supremo.

Este grato encuentro nos permite daros las gracias por los sacrificios y las fatigas que habéis aguantado durante el mes de agosto en servicio de la opinión pública mundial —también el vuestro es un servicio importantísimo—, ofreciendo a vuestros lectores, oyentes y telespectadores, con la rapidez y la prontitud requeridas por vuestra responsable y delicada profesión, la posibilidad de participar en estos históricos acontecimientos, en su dimensión religiosa, en su profunda conexión con los valores humanos y las esperanzas de la sociedad de hoy.

Queremos expresaros en particular nuestra gratitud por el interés que habéis demostrado estos días por dar a conocer mejor a la opinión pública la figura, la enseñanza, la obra y el ejemplo de Pablo VI, y por la atenta sensibilidad con la que habéis tratado de captar y de traducir en vuestros amplios comentarios, igual que en la multitud de imágenes que habéis transmitido desde Roma, la esperanza de esta ciudad, de la Iglesia Católica y de todo el mundo por un nuevo Pastor que asegurase la continuidad de la misión de Pedro.

La sagrada herencia, a Nos dejada por el Concilio Vaticano II y por nuestros predecesores Juan XXIII y Pablo VI, de querida y santa memoria, exige de Nos la promesa de una atención especial, de una franca, honesta y eficaz colaboración con los instrumentos de comunicación social, que vosotros representáis aquí dignamente. Es una promesa que gustosamente os hacemos, conscientes, como somos, de la función cada vez más importante que los medios de comunicación social están adquiriendo en la vida del hombre moderno.

No se nos ocultan los riesgos de masificación y de nivelación que dichos medios llevan consigo, con las consiguientes amenazas para la interioridad del individuo, para su capacidad de reflexión personal, para su objetividad de juicio. Pero conocemos también que nuevas y felices posibilidades ofrecen dichos medios al hombre de hoy, de conocer mejor y de acercarse a los propios semejantes, de percibir más de cerca sus ansias de justicia, de paz, de fraternidad, de instaurar con ellos vínculos más profundos de participación, de entendimiento, de solidaridad con miras a un mundo más justo y humano.

Conocemos, en una palabra, la meta ideal hacia la que cada uno de vosotros, a pesar de dificultades y desilusiones, orienta el propio esfuerzo; es decir, el de llegar, por medio de la «comunicación», a una «comunidad» más verdadera y más satisfactoria.

Es la meta hacia la cual aspira asimismo, como podéis comprender bien, el corazón del Vicario de Aquel que nos ha enseñado a invocar a Dios como Padre único y amoroso de todo ser humano.

Antes de impartir a cada uno de vosotros y a vuestras familias nuestra bendición especial, que deseáramos extender a todos los colaboradores de las sociedades de información que representáis, agencias, diarios, radio y televisión, nos gustaría aseguraros la estima que sentimos por vuestra profesión, y la atención que prestaremos para facilitar vuestra noble y difícil misión, dentro del espíritu de las indicaciones del decreto conciliar «Inter mirifica» y de la instrucción pastoral «Communio et Progressio».

Con motivo de los acontecimientos de mayor relieve o de la publicación de importantes documentos de la Santa Sede deberéis con frecuencia presentar a la Iglesia, hablar de la Iglesia, deberéis, acaso, comentar nuestro humilde ministerio; estamos seguros de que lo haréis con amor a la verdad y con respeto a la dignidad humana, porque éste es el objetivo de toda comunicación social.

Os pedimos tengáis a bien contribuir también vosotros a salvaguardar en la sociedad de hoy la profunda consideración por las cosas de Dios y por la misteriosa relación entre Dios y cada uno de nosotros que constituye la dimensión sagrada de la realidad humana. Comprended, por favor, las razones profundas por las que el Papa, la Iglesia y sus pastores deben, a veces, pedir, en el ejercicio de su servicio apostólico, espíritu de sacrificio, de generosidad, de renuncia para edificar un mundo de justicia, de amor, de paz.

En la certeza de conservar también en el futuro la unión espiritual iniciada con este encuentro, os impartimos de todo corazón nuestra bendición apostólica.

A LOS OBISPOS DE LOS ESTADOS UNIDOS (21-9-78)

La familia cristiana comunidad de amor

«Queridos hermanos en Cristo:

Es un real placer para Nos recibir, por primera vez, a un grupo de obispos americanos que hacen su visita «ad limina». Con todo nuestro corazón, os damos la bienvenida; deseamos os sintáis en casa, sentimos el placer de estar juntos en familia. Nuestro gran deseo, al propio tiempo, es confirmaros a todos en vuestra fe y en vuestro servicio al pueblo de Dios; queremos mantengáis vivo el ministerio de Pedro en la Iglesia.

Desde que llegamos a Papa, hemos estudiado con particular atención las sabias enseñanzas que nuestro amado predecesor Pablo VI dio al comienzo de este año a los obispos estadounidenses acerca del ministerio de reconciliación en la Iglesia, sobre la promoción de vida y el fomento de la devoción a la Eucaristía. Esta enseñanza es la nuestra, y renovamos el aliento y directrices dados por él en aquellos discursos.

No obstante, somos nuevo en el Pontificado —ciertamente en el comienzo—; además queremos escoger tópicos que afectan profundamente a la vida de la Iglesia y serán muy relevantes para vuestro ministerio episcopal. Creemos que la familia cristiana es un buen lugar para empezar. La familia cristiana es tan importante, y su función tan básica para transformar el mundo y la edificación del Reino de Dios, que la llamó el Concilio «Iglesia doméstica» («Lumen gentium», 11).

Los padres los primeros y los mejores catequistas

Permítasenos no cesemos de proclamar a la familia como comunidad de vida; el amor conyugal une a la pareja y es procreador de nueva vida; espejo de la vida divina, se comunica y, en palabras de la «Gaudium et spes», es actualmente una participación en el compromiso de amor de Cristo y de su Iglesia (párr. 48). A todos se nos ha dado la gracia de haber nacido en tal comunidad de amor; será fácil para nosotros defender sus valores.

Y así debemos animar a los padres en su tarea como educadores de sus hijos —los primeros catequistas y los mejores—. Qué gran labor y desafío para llevarla a cabo: educar a los hijos en el amor de Dios y hacerlo real para ellos. Y, con la gracia de Dios, qué fácilmente pueden muchas familias cumplir la función de ser un «primum seminarium» —primer seminario) («Optatam totius», 2); el germen de una vocación para el sacerdocio se nutre de la oración familiar, el ejemplo de la fe y el soporte del amor.

Cuán admirable es que las familias actúen el poder que tienen para la santificación de marido y mujer y la recíproca influencia entre padres e hijos. Y luego, por el amoroso testimonio de sus vidas, pueden las familias llevar el Evangelio de Cristo a los demás. Una viva realización de la participación de los seglares —y especialmente de la familia— en la misión salvífica de la Iglesia es uno de los más grandes legados del Concilio Vaticano II. Nunca podemos agradecer a Dios bastante este don.

A vosotros os toca sostener firmemente su realización, manteniendo y defendiendo a la familia —a toda familia y a cada una de ellas—. Nuestro propio ministerio es así de vital: predicar la palabra de Dios y celebrar los sacramentos. Es de ellos de donde nuestro pueblo saca su fortaleza y su alegría.

**La indisolubilidad del matrimonio,
parte importante, pero difícil,
de nuestro mensaje**

Nuestro es también el oficio de animar a las familias en la fidelidad a la ley de Dios y de la Iglesia. Es preciso que no temamos nunca proclamar todas las exigencias de la palabra de Dios, pues Cristo está con nosotros y dice, hoy como entonces: «El que a vosotros oye, a mí me oye» (Luc. 10, 16). Particularmente importante es la indisolubilidad del matrimonio cristiano; aunque es una parte difícil de nuestro mensaje, debemos proclamarla plenamente como parte de la palabra de Dios, parte del misterio de la fe. Pero, al mismo tiempo, estamos junto a nuestro pueblo en sus problemas y dificultades. Deben saber ellos siempre que los amamos.

Hoy queremos expresar nuestra admiración y aplaudir todos los esfuerzos que se hacen para guardar y preservar a la familia, como Dios lo ha hecho, como Dios lo desea. En todo el mundo las familias cristianas intentan desempeñar su admirable vocación y nosotros estamos junto a todas ellas. Y sacerdotes y religiosos están tratando de ayudarlas y asistirles, y todos sus esfuerzos son dignos de merecidos elogios. Nuestro especial apoyo va a quienes ayudan a las parejas a prepararse para el matrimonio cristiano, ofreciéndoles toda la doctrina de la Iglesia y animándolas en los más altos ideales de la familia cristiana. Deseamos añadir una palabra especial de aliento a aquellos —especialmente sacerdotes— que trabajan tan generosa y dedicadamente en los tribunales eclesiásticos, fieles a la doctrina de la Iglesia, para salvaguardar el vínculo matrimonial, para presentar su indisolubilidad de acuerdo con las enseñanzas de Jesús, y para asistir a las familias que se encuentran en necesidad.

**La santidad de la
familia cristiana**

La santidad de la familia cristiana es, en verdad, un medio muy apto para producir la renovación serena de la Iglesia que el Concilio desea tan vehementemente. A través de la oración en familia, la iglesia doméstica viene a ser una realidad efectiva y lleva a la transformación del mundo. Y todos los esfuerzos de los padres para infundir el amor de Dios a sus hijos y para ayudarlos con el ejemplo de su fe constituyen un apostolado muy relevante para el siglo XX. Los padres con especiales problemas merecen nuestro especial cuidado pastoral y todo nuestro amor.

Queridos hermanos, deseamos conocáis dónde están nuestras prioridades pastorales. Permitidnos hacer cuanto podamos en favor de la familia cristiana, de modo que pueda nuestro pueblo cumplir su vocación con gozo cristiano y participar íntima y efectivamente en la misión de salvación de la Iglesia —misión de Cristo—. Y estad seguros de que contáis con nuestra completa ayuda en el amor del Señor Jesús, y os impartimos a todos nuestra apostólica bendición.

A LOS OBISPOS DE FILIPINAS (28-9-78)

LA MISIÓN DE LOS OBISPOS ES ANUNCIAR A CRISTO

Queridos hermanos en Cristo:

Al daros la bienvenida con profundo afecto, deseamos recordar un pasaje encontrado en el Breviario. Este pasaje nos ha conmovido fuertemente. Se refiere a Cristo y fue citado por Pablo VI durante su visita a las Filipinas: «Yo debo dar testimonio de su nombre: Jesús es Cristo, el Hijo de Dios vivo... Él es el rey del nuevo mundo; Él es el secreto de la historia; Él es la clave de nuestro destino» (Domingo 13 del año litúrgico: homilía del 29 de noviembre de 1970).

Por nuestra parte, deseamos sosteneros, apoyaros y alentaros en la gran misión del Episcopado: proclamar a Jesucristo y evangelizar su pueblo.

Entre los derechos del fiel, uno de los mayores es el derecho a recibir la palabra de Dios en toda su integridad y pureza, con todas sus exigencias y fuerza. Un gran reto de nuestro tiempo es la completa evangelización de todos aquellos que han sido bautizados, y en dicho reto, los obispos de la Iglesia tienen una responsabilidad primordial. Nuestro mensaje debe ser una clara proclamación de la salvación en Jesucristo. Con Pedro debemos decir a Cristo, en presencia de nuestros fieles: «Tú tienes palabras de vida eterna» (Juan, 6, 69).

Para nosotros, la evangelización implica una enseñanza explícita en torno al nombre de Jesús, su identidad, su doctrina, su reino y sus promesas. Y su principal promesa es la vida eterna. Jesús tiene verdaderamente palabras que nos conducen a la vida eterna.

Hace muy poco, en una audiencia general, hablamos a los fieles sobre la vida eterna. Estamos convencidos de que es necesario para nosotros subrayar este elemento, a fin de completar nuestro mensaje y modelar nuestra enseñanza de acuerdo con la de Jesús.

Desde los días del Evangelio, y a imitación del Señor, que «pasó haciendo el bien» (Hechos, 10, 38), la Iglesia está irrevocablemente comprometida a contribuir al remedio de la miseria física y de la necesidad. Pero su caridad pastoral sería incompleta si no señalase, además, «necesidades superiores». En las Filipinas, Pablo VI hizo precisamente esto. En el momento en que él eligió hablar sobre el pobre, sobre la justicia

y la paz, sobre los derechos humanos, sobre la liberación económica y social —en un momento en el que comprometió efectivamente a la Iglesia al remedio de la miseria—, no pudo y no permaneció en silencio en torno al «bien superior», la plenitud de vida en el Reino de los cielos.

Más incluso que nunca debemos ayudar a nuestro pueblo a comprobar en qué gran medida necesita a Jesucristo, el Hijo de Dios y el Hijo de María. Él es su Salvador, la clave de su destino y el destino de toda la humanidad.

Queridos hermanos, estamos espiritualmente junto a vosotros en todos los esfuerzos que estáis realizando a causa de la evangelización; cuando preparáis a los catequistas, cuando promovéis el apostolado bíblico, cuando ayudáis y alentáis a todos vuestros sacerdotes en su gran misión al servicio de la palabra de Dios y cuando conducís a todos vuestros fieles a comprender y satisfacer las exigencias de la justicia y del amor cristiano. Nos entimamos en gran medida estos y todos vuestros esfuerzos en favor del Reino de Dios. En particular, Nos apoyamos plenamente la afirmación de la vocación misionera, y sinceramente esperamos que florecerá entre vuestra juventud.

Sabemos que las Filipinas tienen una gran vocación de ser la luz de Cristo en el Lejano Oriente: Proclamar su verdad, su amor, su justicia y salvación por la palabra y el ejemplo ante sus vecinos, los pueblos de Asia. Sabemos que disponéis de un instrumento privilegiado a este respecto: Radio Veritas. Constituye nuestra esperanza el que las Filipinas utilicen este gran medio y cualquier otro medio para proclamar con toda la Iglesia que Jesucristo es el Hijo de Dios y el Salvador del mundo.

Nuestros saludos a todas vuestras Iglesias locales, especialmente a los sacerdotes y religiosos. Nos les alentamos a una santidad de vida cada vez mayor como condición para la eficacia sobrenatural de su apostolado. Nos amamos y bendecimos a las familias de vuestras diócesis y a todo el laicado. Pedimos que los enfermos y débiles comprendan su papel importante en el plan de Dios y comprueben en qué gran medida la evangelización depende de ellos.

A todos vosotros, hermanos, Nos impartimos nuestra especial bendición apostólica, invocando sobre todos vosotros alegría y fuerza en Jesucristo.



EL ÚLTIMO DOCUMENTO FIRMADO POR JUAN PABLO I

PIEDRAS QUE HABLAN DE LA FE Y PIEDAD DE NUESTROS MAYORES

(28-9-78)

Al venerable hermano Hugo Aufderbeck,
obispo titular de Arca de Fenicia,
administrador apostólico de Erfurt y Meiningen:

Dirigimos nuestro pensamiento a la iglesia de San Severo, gloria de la ciudad de Erfurt, ilustre por su antigüedad, por sus obras de arte y, principalmente, por su religiosidad. En aquel lugar, antiguamente, según la tradición, una pequeña casa fue consagrada a San Blas, la cual seguidamente, recibido el título de San Pablo, se convirtió en «casa de oración», monasterio de religiosos. Posteriormente, como se sabe por la tradición, en el siglo IX los restos mortales de San Severo, obispo de Rávena, fueron trasladados a Erfurt, y de allí a Meiningen, y depositados con todos los honores en esta iglesia, la cual comenzó a llamarse así al incrementarse en ella el culto divino.

Para honor de este santo se erigió posteriormente un nuevo templo, de primorosa estructura gótica, cuyo presbiterio fue abierto al culto divino en el año MCCLXXVIII; el resto del edificio, en cambio, distribuido en cinco partes, fue perfeccionado con toda seriedad. En el siglo XIV los canteros construyeron un hermoso sarcófago, en el que se depositaron los huesos de San Severo y de Santa Inocencia.

Al tiempo que surgía la iglesia, la nueva piedad de los fieles se enardecía con nuevos impulsos; principalmente, el día 22 del mes de octubre, muchísimas personas, como peregrinos, acostumbraban acercarse a este edificio sagrado para honrar a San Severo, que era considerado el Patrono de los tejedores, con cultos multiformes e implorar su intercesión. Hay que recordar también que en este templo, durante muchos siglos, existió un monasterio de canónigos regulares, que se dedicaban a alabar a Dios, y a los servicios espirituales de los fieles.

Según se nos ha informado, el próximo día 22 de octubre se celebrarán las solemnidades conmemorativas del séptimo siglo de la fundación de esta iglesia, que ahora se ha reparado con un amor diligente.

Así pues, estas piedras hablan de la fe y piedad de los mayores y advierten a los actuales seguidores de Cristo que conserven íntegra esta sagrada herencia y la conviertan en estilo de vida. Además, los que frecuentan este sagrado lugar deben esforzarse por ser ellos mismos «casas espirituales» (cfr. 1 Ped. 2, 5), en las cuales habite Dios con su gracia, de suerte que se les puedan aplicar estas Palabras de San Agustín: «En cada uno habita Dios como en sus templos, y en todos congregados en uno como en su templo» (Ep. 187, 13, 38; PL. 33, 84, 7).

Esta iglesia, además, infunde en los espíritus el deseo de aquel edificio superior donde en todo tiempo es permitido disfrutar de dones que los ojos no pueden contemplar, los oídos percibir ni pensamiento alguno

puede imaginar; ciertamente «tenemos de Dios una sólida casa, no hecha por mano de hombre, eterna en los cielos» (12 Cor. 5, 1). Ésta ciertamente da un verdadero significado y una verdadera importancia a esta breve y frecuentemente difícil peregrinación terrena; en las circunstancias adversas suspiremos por aquella felicísima vida futura, que nunca ha de extinguirse, y no nos olvidemos de la misma en las circunstancias favorables.

Con nuestros ardientes deseos y rogando a Dios insistentemente para que esta piadosa celebración contribuya al aumento y al bien de la religión, a ti, venerable hermano; a tu obispo auxiliar, clero, religiosos y fieles confiados a tu cuidado pastoral impartimos muy gustosamente la bendición apostólica, prenda de dones celestiales y prueba de nuestro afecto.

Dado en el Vaticano el día 28 del mes de septiembre del año 1978, primero de nuestro pontificado. — *Juan Pablo PP. I.*

Angelus (17-9-78)

LA ESCUELA

El martes próximo, cerca de doce millones de muchachos vuelven a la escuela. El Papa espera no robar con injerencias indebidas el oficio al ministro Pedini si dirige los más cordiales augurios tanto a los maestros como a los escolares.

Los profesores italianos cuentan con casos clásicos de ejemplar vocación y dedicación a la escuela. José Carducci era profesor universitario en Bolonia. Marchó a Florencia para ciertas celebraciones. Una tarde se despidió del ministro de Instrucción Pública. «Pero no —dijo el ministro—; quédese todavía hasta mañana.» «Excelencia, no puedo. Mañana tengo clase en la universidad y los chicos me esperan.» «Le dispense yo.» «Usted puede dispensarme, pero yo no me dispense.» El profesor Carducci tenía ciertamente un alto sentido tanto de la escuela como de sus alumnos. Era de la raza de los que dicen: «Para enseñar el latín a Juan no basta conocer el latín, sino que también es preciso conocer y amar a Juan.» Y luego: «Tanto vale la lección cuanto la preparación.»

A los alumnos de elemental quería recordarles a su amigo Pinocho: no al que un día hizo novillos para ir a ver los titeres, sino a aquel otro, el Pinocho que tomó gusto a la escuela, tanto que durante todo el año escolar cada día en clase fue el primero en entrar y el último en salir.

Mis augurios más afectuosos van, sin embargo, a los alumnos de las escuelas medias, especialmente de las superiores. Éstos no solamente tienen los problemas inmediatos escolares, sino que está distante su colocación después de la es-

cuela. Lo mismo en Italia que en las demás naciones del mundo hoy: puertas abiertas de par en par para los que quieren entrar en las escuelas medias y en la universidad, pero cuando tienen el diploma o el título y salen de la escuela, son pocas las salidas y no encuentran trabajo y no pueden casarse. Son problemas que la sociedad de hoy debe estudiar de verdad y tratar de resolver.

También el Papa fue alumno de estas escuelas: gimnasio, liceo, universidad. Pero yo pensaba solamente en la juventud y en la parroquia. Ninguno vino a decirme: «Tú llegarás a papa.» ¡Oh! ¡Si me lo hubiese dicho! En el caso de que me lo hubiese dicho, yo habría estudiado más, me habría preparado. Pero ahora soy viejo, no tengo tiempo.

Mas vosotros, queridos jóvenes, que estudiáis, vosotros sois verdaderamente jóvenes; tenéis tiempo, tenéis juventud, salud, memoria, ingenio: tratad de aprovechar todas estas cosas. De vuestras escuelas está para salir la clase dirigente del mañana. Compañeros vuestros llegarán a ministros, diputados, senadores, concejales, asesores o también ingenieros, médicos; ocuparéis puestos en la sociedad. Y hoy, quien ocupa un puesto debe tener la competencia necesaria; es necesario prepararse. El general Wellington, el que venció a Napoleón, quiso volver a Inglaterra para ver el colegio militar donde había estudiado, donde se había preparado, y a los aspirantes a oficial dijo: «Mirad: aquí se ganó la batalla de Waterloo.» Así os digo a vosotros, queridos jóvenes: tendréis bata-

llas en la vida a los treinta, a los cuarenta, a los cincuenta años; pero si queréis vencerlas, ahora es preciso comenzar, es preciso prepararse, ser asiduos en el estudio y en la escuela.

Recemos al Señor para que ayude a los profesores, estudiantes y también a las familias que esperan la escuela con el mismo afecto y la misma preocupación que el Papa.

Angelus (3-9-78)

MAS ORACIONES Y MENOS GUERRAS

Allá arriba, en el Véneto, suele decirse: «Cada buen ladrón tiene su devoción.» El Papa tiene también un montón de devociones, y una de ellas la de San Gregorio Magno, cuya fiesta celebramos hoy. En Belluno, el seminario se llama gregoriano en honor de San Gregorio Magno. Yo pasé allí siete años de estudiante y veinte de profesor. Da la casualidad de que un 3 de septiembre él fue elegido Papa y yo empiezo oficialmente mi servicio a la Iglesia universal.

Él era romano y llegó a ser primer magistrado de la ciudad. Luego dio todo lo que tenía a los pobres, se hizo monje y fue secretario del Papa. Muerto el Papa le eligieron a él, a pesar de su voluntad. Intervinieron el emperador y el pueblo y, por fin, aceptó y escribió a su amigo Leandro, obispo de Sevilla: «Tengo más ganas de llorar que de escribir.» Y a la hermana del emperador: «El emperador ha querido que una mona se convir-

tiese en león.» ¡Se ve que también en aquellos tiempos era difícil ser Papa!

Él era buenísimo para con los pobres; convirtió a Inglaterra y, sobre todo, escribió libros hermosísimos. Uno es la «Regula Pastoralis» y en él enseña a los obispos su oficio. En la última parte escribe así: «Yo he descrito lo que es el buen pastor, pero yo no lo soy. Yo he enseñado la playa de la perfección a la que hay que llegar, pero personalmente me encuentro todavía en las lagunas de mis defectos, de mis fallos, y os pido por favor que para que no llegue a naufragar me echéis la tabla de salvación de vuestras oraciones...» Yo os digo lo mismo.

Pero no es sólo el Papa el que tiene necesidad de oraciones, sino también el mundo. Un escritor español escribió: «El mundo va mal porque hay más guerras que oraciones.» Tratemos de que haya más oraciones y menos guerras.

(6-9-78)

A UNAS PAREJAS DE RECIEN CASADOS

Al término de la audiencia general, Juan Pablo I, dirigiéndose a un grupo de recién casados, pronunció las siguientes palabras:

La presencia de nuevos esposos conmueve particularmente, porque la familia es algo grande. Yo, en una ocasión, escribí un artículo en el periódico y me permití bromear, citando a Montaigne, un escritor francés, que decía: «El matrimonio es como una jaula; los que están fuera hacen todo lo posible por entrar, y los que están

dentro, hacen todo lo posible por salir.» No, no, no. Sin embargo, algunos días después, por casualidad, recibí una carta de un viejo superintendente provincial de los estudios, que había escrito libros, y me censuró diciendo: «Excelencia, ha hecho mal citando a Montaigne, mi mujer y yo estamos unidos desde hace sesenta años y cada día es como el primer día.» Más aún, me citó a otro poeta francés, en francés, pero yo lo digo en italiano: «Te amo cada día más; hoy mucho más que ayer, pero mucho menos que mañana.» Y deseo que a vosotros os suceda lo mismo.

Angelus (10-9-78)

LA ESPERANZA DE PAZ, EN LA ORACION

El coloquio de Camp David, el Irán, el Medio Oriente y todos los países que ahora están envueltos en guerras han sido objeto de la reflexión del Padre Santo en este Angelus, que transcribimos a continuación, publicado por el diario vaticano como recogido de viva voz.

En Camp David, en América, los Presidentes Carter y Sadat y el primer ministro Begin están laborando por la paz en el Medio Oriente. Todos los hombres tienen hambre y sed de paz, especialmente los pobres, que, en las turbaciones y en las guerras son los que más pagan y más sufren; por eso, esperan con interés y gran esperanza del encuentro de Camp David. También el Papa ha rezado, hecho plegarias y reza para que el Señor se digne ayudar los esfuerzos de estos hombres políticos. He quedado muy bien impresionado porque los tres Presidentes hayan querido públicamente expresar su esperanza en el Señor con la oración. Los hermanos de religión del Presidente Sadat suelen decir así: «Es una noche negra, hay una piedra negra y sobre la piedra una pequeña hormiga; pero Dios la ve, no la olvida». El Presidente Carter, que es cristiano fervoroso, lee en el Evangelio: «Llamad y se os abrirá; pedid y se os dará.

Ni un cabello caerá de vuestra cabeza sin vuestro Padre que está en los cielos». Y el Premier Begin recuerda que el pueblo hebreo pasó una vez por momentos difíciles y se volvió al Señor, lamentándose, diciendo: «Nos has abandonado, nos has olvidado». «¡No! —ha respondido por el profeta Isaías—. ¿Puede una madre olvidar a su propio niño? No obstante, aunque ello sucediese, jamás Dios olvidará a su pueblo.»

Nosotros, asimismo, que estamos aquí, tenemos los mismos sentimientos; somos objeto, por parte de Dios, de un amor sin ocaso. Lo sabemos. Tiene siempre abiertos los ojos sobre nosotros, aunque nos parezca ser de noche. Es padre; más aún, es madre. No quiere hacernos mal. Quiere hacernos sólo bien a todos sus hijos. Si, por desgracia, está uno enfermo, posee un título mejor para ser amado de la madre. Y también nosotros, si acaso estamos enfermos de maldad, fuera del camino, tenemos un título más para ser amados por el Señor.

Con estos sentimientos os invito a rezar juntamente con el Papa por cada uno de nosotros, por el Medio Oriente, por el Irán, por todo el mundo.

Por el éxito de las conversaciones en Camp David

Ahora, si me lo permitís, desearía invitaros a que os unáis a mis oraciones por una intención que llevo en lo profundo del corazón. Habéis tenido noticias por la prensa, por la televisión, de que hoy, en Camp David, en los Estados Unidos, comienza una reunión importante entre los gobernantes de Egipto, Israel y Estados Unidos para encontrar una solución al conflicto de Oriente Medio.

Este conflicto, que desde hace más de treinta años se libra sobre la tierra de Jesús, ha causado ya innumerables víctimas, innumerables sufrimientos, tanto entre los árabes como entre los israelíes, y como una enfermedad terrible ha contagiado a los países vecinos.

Pensad en el Líbano, un Líbano mártir, tur-

bado por las repercusiones de esta crisis. Por esto, pues, desearíamos orásemos juntos por el éxito de la reunión de Camp David; que estas conversaciones allanen los caminos para una paz justa y completa. Justa, es decir, con satisfacción para todas las partes en conflicto. Completa, sin dejar sin resolver problema alguno; el problema de los palestinos, la seguridad de Israel, la ciudad santa de Jerusalén.

Pidamos al Señor que ilumine a los responsables de todos los pueblos interesados para que actúen con clarividencia y valor al adoptar las decisiones que deben llevar la serenidad y la paz a Tierra Santa y a todo el mundo de Oriente.

En el «Angelus» del 10 de septiembre



ALGUNAS ENSEÑANZAS DEL CONCILIO VATICANO II

**Lo humano se ordena a lo divino,
lo temporal a lo eterno,
la acción a la contemplación**

En efecto, la Liturgia mediante la cual *se realiza la obra de nuestra redención*, sobre todo en el divino Sacrificio de la Eucaristía, contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida, y manifiesten a los demás, el misterio de CRISTO y la genuina naturaleza de la verdadera Iglesia. Tiene la IGLESIA como propio carácter el de ser, a la vez, humana y divina, visible pero rica en realidades invisibles, ferviente en la acción y entregada a la contemplación, presente en el mundo, y, sin embargo, peregrina; y todo esto de suerte que en ella lo humano se ordena y subordina a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la contemplación y lo presente a la ciudad futura, hacia la cual nos encaminamos.

Así es como al edificar, día a día, a los que están dentro de la Iglesia, para que sean templo santo en el Señor y morada de Dios en el Espíritu, hasta llegar a la medida de la plenitud de edad de Cristo, la Liturgia robustece, al mismo tiempo, admirablemente sus fuerzas para predicar a Cristo y presenta así la Iglesia, a los que están fuera, como enseña levantada en medio de las naciones, para que bajo ella se congreguen en «uno» los hijos de Dios que están dispersos, hasta que no haya sino un solo rebaño y un solo pastor.

(Const. Sda. Liturgia)

La vida cristiana sacrificio espiritual

Cristo Señor, Pontífice asumido de entre los hombres (cf. Hebr. 5, 1-5), de su nuevo pueblo

hizo un reino y sacerdotes para Dios Padre (cf. Apo. 1, 6; 5, 9-10). Los bautizados son, en efecto, consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo por la regeneración y unción del Espíritu Santo, para que en toda obra del hombre cristiano ofrezcan sacrificios espirituales y anuncien las maravillas de Aquel que los llamó de las tinieblas a su admirable luz (cf. 1 Pet. 2, 4-10). Por ello todos los discípulos de Cristo, al perseverar en la oración alabando a Dios (cf. Ac. 2, 42-47), deben ofrecerse a sí mismos como hostia viva, santa, agradable a Dios (cf. Rom. 12, 1), deben dar testimonio de Cristo en todo lugar y, a quien se la pidiere, deben dar también razón de su esperanza en la vida eterna (cf. 1 Pet. 3, 15).

(Const. dog. sobre la Iglesia)

El pueblo de Dios destinado a reunir a toda la humanidad en Cristo

Todos los hombres están llamados a formar el nuevo pueblo de Dios. Y así este pueblo aun siendo uno y único, debe abarcar EL MUNDO ENTERO Y TODOS LOS TIEMPOS, para que se cumplan los designios de la voluntad de Dios, que en el principio creó una sola naturaleza humana, y determinó finalmente congregarse a todos sus hijos que se habían dispersado (Io. 11, 52). Para ello envió Dios a su Hijo, Señor y Vivificador, que es para toda la Iglesia, como todos y cada uno de los creyentes, principio de unión y de unidad en la doctrina de los Apóstoles y en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones (cf. Ac. 2, 42 gr.).

Así, pues, en todas las naciones de la tierra está enraizado el único Pueblo de Dios, porque de

entre todas las razas toma los ciudadanos de su Reino que no es ciertamente terreno sino celestial. De hecho todos los fieles esparcidos por la faz de la tierra comunican en el Espíritu Santo con los demás, y así *el que habita en Roma sabe que los Indios son también sus miembros*. Pero como el Reino de Cristo no es de este mundo (cf. Io. 18, 36), la Iglesia, es decir, el Pueblo de Dios introduciendo este Reino, no arrebató a ningún pueblo ningún bien temporal, sino al contrario, en lo que tienen de bueno favorece y acoge todas las faltadas, riquezas y costumbres propias de cada pueblo, pero al recibir las, las purifica, las consolida y las eleva. Ella sabe muy bien que está unida a aquel Rey, a quien fueron dadas en herencia todas las naciones (cf. Os. 2, 8) y a cuya ciudad ellas traen sus tributos y presentes (Ps. 71 (72), 10; Is. 10, 4-7; Apoc. 21, 22-24) Este carácter de universalidad que distingue al Pueblo de Dios es un don del mismo Señor, por el que la Iglesia Católica tiende eficaz y perpetuamente a concentrar la Humanidad entera, con todos sus bienes, en Cristo como Cabeza, en la unidad de su Espíritu.

Todos los hombres están, pues, llamados a esta unidad católica del Pueblo de Dios, que prefigura y promueve la paz universal; a ella pertenecen de varios modos o se destinan tanto a los fieles católicos como a los otros cristianos, e incluso todos los hombres en general, llamados a la salvación por la gracia de Dios.

(*Const. dog. sobre la Iglesia*)

La Iglesia es necesaria para la salvación

El Sagrado Concilio ante todo se dirige a LOS FIELES CATÓLICOS. Porque enseña, fundado en la Sagrada Escritura y en la Tradición, que esta Iglesia, peregrina, es necesaria para la salvación. Pues solamente Cristo es el Mediador y el camino de salvación, que se nos hace presente en su Cuerpo que es la Iglesia; y El mismo, al inculcar expresamente la necesidad de la fe y del bautismo (cf. Mc. 16, 16; Io. 3, 5), confirmó a un mismo tiempo la necesidad de la Iglesia, en la que los hombres entran por el bautismo como por una única puerta. Por ello, no podrían salvarse quienes sabiendo que la Iglesia católica fue instituida por Dios, mediante Jesucristo, como necesaria, desdeñaren entrar o no quisieren permanecer en ella.

(*Const. dog. sobre la Iglesia*)

Por el sentido de la Fe el pueblo de Dios no puede errar al creer

El PUEBLO SANTO de Dios participa también del don profético de Cristo, difundiendo su vivo testimonio sobre todo por la VIDA DE FE y de caridad, ofreciendo a Dios un sacrificio de alabanza; esto es, el fruto de los labios que bendicen su nombre (cf. Hbr. 13, 15). La universalidad de los fieles que tienen la unción del Espíritu Santo (cf. I Io. 2, 20 y 27) no puede equivocarse al creer, y manifiesta ésta su peculiar propiedad mediante el sobrenatural SENTIDO DE LA FE de todo el pueblo cuando *desde los Obispos hasta los últimos fieles seglares* expresan su asentimiento universal en cosas de fe y de costumbres. Con este sentido de la fe que el Espíritu de verdad mueve y sostiene, el Pueblo de Dios bajo la guía del sagrado magisterio, al que sigue fidelísimamente, recibe no ya la palabra de los hombres, sino, como es en realidad, la verdadera palabra de Dios (cf. I Thes. 2, 13), se adhiere indefectiblemente a la *comunión de una vez para siempre a los santos* (Iud. 3), penetra en ella profundamente con rectitud de juicio y la aplica más íntegramente en la vida.

(*Const. dog. sobre la Iglesia*)

Universal vocación a la santidad en la Iglesia

Objeto de fe es que la Iglesia cuya misterio está proponiendo este Sagrado Concilio, es indefectiblemente santa. Porque Cristo el Hijo de Dios, a quien con el Padre y el Espíritu Santo llamamos «el solo santo», amó a la Iglesia como a su Esposa entregándose a sí mismo por ella para santificarla (cf. Ephes. 5, 25-26), y la unió a sí como su propio cuerpo y la llenó con la plenitud del Espíritu Santo para gloria de Dios. Por eso todos en la Iglesia, ya pertenezcan a la Jerarquía, ya sean dirigidos por ella, ESTAN LLAMADOS A LA SANTIDAD, según aquello del Apóstol: *Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación* (I Thes. 4, 3; cf. Eph. 1, 4).

41. Una misma es LA SANTIDAD que en cualquier clase de vida y de profesión cultivan los que son guiados por el Espíritu de Dios y, obedientes a la voz del Padre, adorando a Dios Padre en espíritu y verdad, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, a fin de merecer la participación de su gloria. Mas cada uno, según los propios dones y oficios, debe caminar sin vacila-

ción por el camino de la fe viva, que enciende la esperanza y obra por la caridad.

(Const. dog. sobre la Iglesia)

La Virgen Madre del Redentor es Madre nuestra en el orden de la gracia

61. La bienaventurada Virgen, predestinada desde toda la eternidad, dentro del plan de la encarnación del Verbo para ser Madre de Dios, para ser Madre de Dios fue en la tierra gracias a disposición de la divina Providencia, la amable Madre del divino Redentor, asociada generosamente a su obra con título absolutamente singular, y humilde esclava del Señor. Concibiendo a Cristo, dándolo al mundo, alimentándolo, presentándolo en el templo al Padre, padeciendo con su hijo que moría en la Cruz, cooperó en forma del todo singular —por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad— a restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por ello ha sido nuestra MADRE EN EL ORDEN DE LA GRACIA.

Y esta maternidad de María perdura sin cesar en la economía de la gracia, desde el momento en que prestó fiel asentimiento en la Anunciación, y lo mantuvo sin vacilar al pie de la Cruz, hasta la consumación eterna de todos los elegidos. Porque una vez asunta a los cielos, no ha dejado su oficio salvador, sino que con su MULTIPLE INTERCESSION continúa alcanzándonos los dones de la eterna salvación. Con su materno amor cuida de los hermanos de su Hijo que peregrinan y se hallan todavía entre peligros y angustias hasta que sean llevados a la patria feliz. Por eso la Bienaventurada Virgen en la Iglesia es invocada con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora.

(Const. dog. sobre la Iglesia)

El misterio de la unidad de la Iglesia edificada sobre Pedro

1. Restaurar la unidad entre todos los cristianos es uno de los fines del Sacrosanto Concilio Ecuménico Vaticano II. Porque una y única es la Iglesia fundada por Cristo Señor; pero son muchas las Comuniones cristianas que se presentan como discípulos del Señor, pero observan actitudes distintas y siguen distintos caminos, como si Cristo mismo estuviera dividido. División que está en clara contradicción con la voluntad de Cristo, es piedra de escándalo para el mundo y consti-

tuye un obstáculo a la más santa de las causas: la predicación del Evangelio a toda criatura.

Para establecer doquier esta su santa Iglesia hasta la consumación de los siglos, Jesucristo confió al Colegio de los Doce el oficio de enseñar, de regir y santificar. Entre ellos eligió a Pedro, sobre el cual determinó edificar su Iglesia; después de su confesión de fe, a él prometió las llaves del reino de los cielos, y después que el Apóstol repitió la confesión de su amor le confió todas las ovejas, para que las confirmara en la fe, y las apacentara en la perfecta unidad; mas permaneciendo Jesucristo mismo eternamente como su piedra fundamental y pastor de nuestras almas.

Por medio de la fiel predicación del Evangelio, por la administración de los Sacramentos y por el gobierno en el amor, realizado por todos los Apóstoles y sus sucesores, es decir, por los Obispos con su cabeza, el sucesor de Pedro, bajo la acción del Espíritu Santo quiere Jesucristo que su pueblo crezca y realice su comunión en la unidad por la profesión de una sola fe, por la común celebración del culto divino y por la concordia fraterna de la familia de Dios.

Así, la Iglesia, único rebaño de Dios, como un lábaro alzado entre todos los pueblos, al comunicar el Evangelio de paz a todo el género humano, se siente conducida por la esperanza en su peregrinación hacia la meta de la patria celestial.

Este es el sagrado misterio de la unidad de la Iglesia, en Cristo y por medio de Cristo, bajo la acción del Espíritu Santo que comunica la variedad de los ministerios. El supremo modelo y principio de este misterio es la Trinidad de personas: La unidad de un solo Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

(Decr. sobre el Ecumenismo)

Los cristianos separados son hermanos en el Señor, pero no gozan de la unidad que Cristo quiso

3. Ésta es una y única Iglesia de Dios, ya desde los primeros tiempos, ya desde los primeros tiempos surgieron algunas ESCISIONES que el Apóstol reprueba como dignos de grave condenación, pero en sucesivos siglos surgieron mayores DISCREPANCIAS; al separarse de la plena comunión de la Iglesia católica no pequeñas comunidades, a veces por culpa de una y otra parte. Pero los que ahora nacen y se nutren de la fe de Jesucristo dentro de esas comunidades no pueden ser

acusados del pecado de la secesión, y la Iglesia católica los abraza con fraternal respeto y amor; pues quienes creen en Cristo y recibieron el bautismo debidamente, quedan constituidas en alguna comunión, aunque no perfecta con la Iglesia católica. En efecto, las varias discrepancias existentes entre ellos y la Iglesia católica, ya en lo doctrinal, ya a veces en lo disciplinar, ya sobre la estructura misma de la Iglesia, constituyen obstáculos a veces muy graves, a la plena comunión eclesiástica. El movimiento ecumenista trata de superarlos. Sin embargo, justificados por la fe en el bautismo, quedan incorporados a Cristo, y por lo tanto, con todo derecho reciben el nombre de Cristianos, y justamente son reconocidos como hermanos en el Señor por los hijos de la Iglesia católica.

Los hermanos separados, sin embargo, ya particularmente, ya en Comunidades y sus iglesias, no gozan de aquella unidad que Cristo quiso dar a los que regeneró y convivificó para formar un solo cuerpo con una vida nueva, unidad que manifiestan las Sagradas Escrituras y la venerable Tradición de la Iglesia. Solamente por la Iglesia católica de Cristo, que es el medio general de la salvación, puede alcanzarse toda la plenitud de los medios de salvación. Creemos que el Señor entregó todos los bienes de la nueva Alianza a un colegio Apostólico, a saber, al que preside Pedro para constituir un solo Cuerpo de Cristo en la tierra, al que deben incorporarse totalmente todos los que de alguna manera pertenecen ya al pueblo de Dios. Pueblo que en su peregrinación por la tierra, aunque en sus miembros permanezca sujeto al pecado, crece en Cristo y es conducido suavemente por Dios, según sus arcanos designios, hasta que gozoso adquiera la total plenitud de la gloria eterna en la Jerusalén celestial.

(Decr. sobre el Ecumenismo)

Excelencia del celibato sacerdotal

10. Los alumnos que, según las leyes santas y firmes de su propio rito, siguen la venerable tradición del *celibato sacerdotal* han de ser educados cuidadosamente para dicho estado, en el que, renunciando a la sociedad conyugal por el reino de los cielos (cf. Mat. 19, 12) se unen al Señor con amor indiviso, muy de acuerdo con

el Nuevo Testamento ofrecen testimonio de resurrección en el siglo futuro (cf. Luc. 20, 36) y consiguen de este modo un auxilio aptísimo para ejercitar constantemente la perfecta caridad, con la que pueden hacerse todo para todos en el ministerio sacerdotal. Sientan íntimamente con cuánta gratitud han de abrazar ese estado, no sólo como precepto de la ley eclesiástica, sino como un don precioso de Dios que han de impetrar humildemente; don que al pronto han de corresponder libre y generosamente con el estímulo y la ayuda de la gracia del Espíritu Santo.

Los alumnos han de conocer debidamente las obligaciones y la dignidad del matrimonio cristiano, que simboliza el amor entre Cristo y la Iglesia (cf. Eph. 5, 22-33); convéznanse sin embargo de la mayor excelencia de la virginidad consagrada a Cristo, de forma que se entreguen generosamente al Señor, después de una elección seriamente meditada, con la donación total del cuerpo y del alma.

(Decr. sobre formación sacerdotal)

Formación filosófica apoyada en el patrimonio perennemente válido

15. Las disciplinas filosóficas se han de enseñar de suerte que los alumnos se vean como llevados de la mano, ante todo, a un conocimiento sólido y coherente del hombre, del mundo y de Dios, apoyados en el patrimonio filosófico perennemente válido, teniendo también en cuenta las investigaciones filosóficas de los tiempos modernos sobre todo las que más influyan en la propia nación, y el progreso más reciente de las ciencias, de forma que los alumnos conociendo bien la índole de la época presente, se preparen oportunamente para el diálogo con los hombres de su tiempo.

La historia de la filosofía enséñese de suerte que los alumnos, al mismo tiempo que conocen los últimos principios de los varios sistemas, retengan lo que en ellos haya de verdad y descubran las raíces de los errores y sepan refutarlos.

En el modo de enseñar, infúndase en los alumnos el amor a investigar la verdad con todo rigor, de respetarla y demostrarla juntamente con la honrada aceptación de los límites del conocimiento humano. Atiéndase con gran cuidado a las relaciones de la filosofía con los verdaderos problemas

de la vida, y a las cuestiones que conmueven las almas de los alumnos. Se les ayude también a ver los nexos existentes entre los argumentos filosóficos y los misterios de la salvación, que en la teología se consideran bajo la luz superior de la fe.

(*Decr. sobre formación sacerdotal*)

Las disciplinas teológicas a la luz de la Fe y bajo la guía del Magisterio. El estudio de la Sagrada Escritura. En lo especulativo sígnanse las enseñanzas de S. Tomás

10. Las *disciplinas teológicas* han de enseñarse a la luz de la fe y bajo la guía del Magisterio de la Iglesia, de modo que de la divina Revelación deduzcan los alumnos cuidadosamente la doctrina católica, penetren en ella profundamente y la conviertan en alimento de su propia vida espiritual, de suerte que en su ministerio sacerdotal puedan anunciarla, exponerla y defenderla.

Fórmense con diligencia especial los alumnos en el estudio de la *Sagrada Escritura*, que debe ser como el alma de toda la teología; una vez expuesta una introducción conveniente, iníciense con cuidado en el método de la exégesis, estudiando los temas más importantes de la divina Revelación, y en la lectura diaria y en la meditación de las Sagradas Escrituras reciban estímulo y alimento.

Ordénese la *teología dogmática* de forma que, ante todo, se propongan los temas bíblicos; expóngase luego a los alumnos la contribución que los Padres de la Iglesia del Oriente y del Occidente han aportado en la fiel transmisión y evolución de cada una de las verdades de la Revelación, igualmente la historia posterior del dogma—considerada incluso en relación con la historia general de la Iglesia—, aprendan luego los alumnos a ilustrar los misterios de la salvación, cuanto más puedan, y comprenderlos más profundamente y observar sus mutuas relaciones por medio de la especulación siguiendo las enseñanzas de Santo Tomás, aprendan también a reconocerlos presentes y operantes en las acciones litúrgicas y en toda la vida de la Iglesia; a buscar la solución de los problemas humanos bajo la luz de la Revelación; a aplicar sus eternas verdades a la variable condición de las cosas humanas, y a comuni-

carles de un modo apropiado a los hombres de su tiempo.

(*Decr. sobre formación sacerdotal*)

**Renovación de la vida religiosa:
Fidelidad al espíritu de los Fundadores
y primacía de la renovación espiritual**

La renovación adecuada de la vida religiosa abraza a un tiempo, por una parte, la vuelta constante a las fuentes de toda vida cristiana y a la primitiva inspiración de los institutos, y, por otra, una adaptación de los mismos a las condiciones nuevas de los tiempos. RENOVACION que se ha de llevar a cabo bajo el impulso del Espíritu Santo y la dirección de la Iglesia conforme a LOS PRINCIPIOS SIGUIENTES:

a) Siendo la última norma de la vida religiosa el *seguir a Cristo* según el Evangelio, tal ha de ser la suprema regla para todos los institutos.

b) El bien de la Iglesia exige que cada instituto tenga su *carácter y misión peculiares*. Con gran fidelidad se han de conocer y observar el espíritu de los Fundadores y sus fines propios, así como las sanas tradiciones; todo ello constituye el patrimonio de cada instituto.

c) Participan todos los institutos *en la vida de la Iglesia*, hagan suyas y favorezcan cuanto pudieren las iniciativas e intenciones de la misma; por ejemplo, en materias bíblicas, litúrgicas, dogmáticas, pastorales, ecuménicas, misionales y sociales.

d) Los institutos deben promover, entre sus miembros, el conocimiento debido sobre *las circunstancias de los hombres y de los tiempos*; sobre las necesidades de la Iglesia; de forma que enjuiciando sabiamente bajo la luz de la fe las características del mundo actual y llenos de celo apostólico, puedan ayudar a los hombres con mayor eficacia.

e) Mas, porque la vida religiosa se ordena, ante todo, a que sus miembros sigan a Cristo y se unan a Dios por la práctica de los consejos evangélicos, se ha de pensar seriamente que las mejores acomodaciones a las NECESIDADES PRESENTES de nada servirán si no se hallan vivificadas con una *renovación espiritual*; a ésta corresponde la primacía, aun en el mismo desarrollo de todas las actividades exteriores.

(*Decr. sobre la vida religiosa*)

Dignidad del matrimonio y de la familia. La plaga del divorcio

47. La salvación de la persona y de la sociedad humana y cristiana se halla estrechamente ligada con la felicidad misma de la COMUNIDAD CONYUGAL Y FAMILIAR. Por eso los cristianos junto con todos cuantos tienen en gran estima la misma comunidad, se alegran sinceramente de los varios recursos con que hoy los hombres progresan en favorecer la realidad de esta comunidad de amor y en la defensa de la vida; subsidios que tanto ayudan a los esposos y padres para cumplir su excelsa misión; y de los cuales esperan (los cristianos) cada vez mejores beneficios y se afanan en promoverlos.

Sin embargo, no en todas partes brilla con el mismo esplendor la dignidad de esta institución, porque aparece oscurecida por la poligamia, por la plaga del divorcio, por el llamado amor libre y otras deformaciones análogas; además, el amor conyugal se ve profanado frecuentemente por el egoísmo, el hedonismo y prácticas ilícitas contra la generación. Por otro lado, las actuales condiciones económicas socio-psicológicas y civiles causan no leves perturbaciones en la familia. Por fin, causan preocupación en determinadas partes del mundo los problemas que surgen del progresivo incremento demográfico. Todo lo cual suscita angustias en las conciencias. Sin embargo, la esencia y la solidez de la institución matrimonial y familiar aparece también en el hecho de que los profundos cambios de la edad moderna, no obstante las dificultades que de ellos derivan las más de las veces, terminan por poner de manifiesto en diversos modos la verdadera naturaleza de esa misma institución.

(Const. Iglesia en el mundo actual)

Los poderes públicos deben garantizar los derechos de los padres en la educación de los hijos

6. Los PADRES cuyo primero e intransferible DERECHO Y DEBER es el de educar a los hijos, han de tener real libertad en la elección de las escuelas. El poder público, a quien pertenece proteger y defender las libertades de los ciudadanos, cumpliendo la justicia distributiva, debe pro-

curar que las subvenciones públicas se distribuyan de forma que los padres puedan escoger con libertad absoluta, según su propia conciencia, las escuelas para sus hijos.

(Declar. sobre educación cristiana de la juventud)

Derecho de todo cristiano a recibir educación cristiana. Misión de los padres

Todos los cristianos al renacer por el agua del Espíritu Santo han sido constituidos nuevas criaturas, son llamados —y lo son en verdad— hijos de Dios; tienen derecho a una EDUCACION CRISTIANA. Mas esta educación que persiguen no tan sólo la madurez arriba descrita de la persona humana, busca, sobre todo, que los bautizados mientras se les inicia poco a poco en el conocimiento del misterio de la salvación, se haga cada día más conscientes del don recibido de la fe; que aprendan a adorar a Dios Padre en espíritu y en verdad (cf. Io. 4,23), sobre todo en la acción litúrgica, que se preparen a vivir la vida personal de hombre nuevo en la justicia y en la santidad de la verdad (Ephs. 4, 23-24), y así llegarán al hombre perfecto a la edad de la plenitud de Cristo (cf. Eph. 4,13), contribuyendo al crecimiento del cuerpo místico. Ellos, por su parte, conscientes de su vocación, se acostumbren a dar testimonio de la esperanza que hay en ellos (cf. I. Pet. 3,15) y a colaborar en la transformación cristiana del mundo, por la cual los valores naturales encuadrados en la plena perspectiva de la redención operada por Cristo contribuyan al bien de toda la sociedad. Por esta razón este Sacrosanto Concilio recuerda a los Pastores de las almas el gravísimo deber de disponerlo todo de suerte que todos los fieles reciban esta educación cristiana, sobre todo los jóvenes que son la esperanza de la Iglesia.

Los PADRES, por haber dado la vida a sus hijos, tienen la muy grave obligación de educarlos y, por lo tanto, ellos han de ser reconocidos como sus primeros y principales educadores. Este deber de la educación es de tal importancia que cuando falta difícilmente puede suplirse. Les corresponde, pues, a los padres formar un tal ambiente familiar animado por el amor, por la piedad hacia Dios y hacia los hombres, que favorezca a la íntima educación personal y social de

los hijos. La familia es, por lo tanto, la primera escuela de las virtudes sociales, que todas las sociedades necesitan. Pero sobre todo en la familia cristiana, enriquecida por la gracia y por los deberes del matrimonio-sacramento, es donde los hijos ya desde sus primeros años, y según la fe recibida en el bautismo, deben aprender a conocer y adorar a Dios, y a amar al prójimo; en ella se encuentran, por primera vez, con una sana sociedad humana y con la Iglesia misma. Y la familia es, por fin, la que les introduce poco a poco en la sociedad civil y en el pueblo de Dios. Sea pues, muy íntima la convicción de los padres sobre la importancia que la familia verdaderamente cristiana tiene para la vida y el progreso del pueblo mismo de Dios.

(Declar. sobre educación cristiana)

Misión y necesidad de la escuela católica. Derecho de la Iglesia a fundar y dirigir escuelas de cualquier grado

La presencia de la Iglesia en el campo escolar se manifiesta especialmente en LA ESCUELA CATOLICA. Esta persigue, no en menos grado que las otras, los fines culturales y la formación humana de la juventud. Pero su propio carácter es crear para la comunidad escolar un ambiente animado por un espíritu evangélico de libertad y de caridad; ayudar a los adolescentes para que, al desarrollar su propia personalidad, crezcan a un tiempo según la nueva criatura que han sido hechos por el bautismo; y ordenar finalmente toda la cultura humana al mensaje de la salvación, de modo que el conocimiento que los alumnos van adquiriendo del mundo, de esta vida y del hombre esté iluminado por la fe. Así es como la escuela católica al abrirse, como conviene, a las condiciones del progreso actual, educa a sus alumnos para que promuevan eficazmente el bien de la ciudad terrenal, y los prepara para que trabajen en la difusión del pueblo de Dios, de modo que con su vida ejemplar y apostólica sean como el fermento de salvación en la comunidad cristiana.

Por ser la escuela católica tan útil para cumplir la misión del Pueblo de Dios, y para promover el diálogo entre la Iglesia y la sociedad humana en beneficio de ambas, conserva su impor-

tancia trascendental aún en los momentos actuales. Por lo cual, el S. Concilio proclama de nuevo el derecho de la Iglesia a establecer y dirigir libremente escuelas de cualquier orden y grado, declarado ya en muchísimos documentos del Magisterio, y recuerda que el ejercicio de este derecho contribuye también grandemente a la libertad de conciencia, a la protección de los derechos de los padres y aun al progreso de la cultura misma.

(Declar. sobre educación cristiana)

Vocación de los laicos: Buscar el Reino de Dios en la ordenación de las cosas temporales

Por LAICOS se entienden aquí TODOS LOS FIELES CRISTIANOS, que no son miembros de un orden sagrado ni se hallan en un estado religioso reconocido por la Iglesia; es decir, son los fieles cristianos que luego de estar incorporados a Cristo por el bautismo y constituidos en Pueblo de Dios y hechos partícipes, a su manera, de la función sacerdotal, profética y real de Jesucristo, cumplen, por su parte, en la Iglesia y en el mundo, la misión propia de todo el pueblo cristiano.

El carácter secular es el propio y peculiar de los laicos. Los que recibieron el orden sagrado, aunque algunas veces pueden tratar asuntos seculares, incluso ejerciendo una profesión secular, están ordenados principal y directamente al sagrado ministerio, por razón de su vocación particular; los religiosos por su estado, dan un preclaro y eximio testimonio de que el mundo no puede transfigurarse ni ofrecerse a Dios fuera del espíritu de las bienaventuranzas. La propia vocación de los laicos consiste en buscar el reino de Dios, al tratar de ordenar, según Dios, las cosas temporales. Viven en medio del siglo, es decir, en todas y cada una de las actividades y profesiones del mundo, en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretejida. Allí están llamados por Dios a cumplir su propio cometido guiándose por el espíritu evangélico, de modo que, como una levadura contribuyan desde dentro a la santificación del mundo, y de este modo descubran a Cristo a los demás, brillando, ante todo, con el testimonio de su vida, por la fe, esperanza

y caridad. En forma especial, por lo tanto, les corresponde de tal suerte iluminar y ordenar todas las realidades temporales —a las que se hallan tan estrechamente unidos— que según Cristo continuamente se hagan, crezcan y sean para alabanza del Creador y Redentor.

(Const. dog. sobre la Iglesia)

El apostolado individual forma primera e indispensable del apostolado de los laicos

Los seglares pueden ejercer su actividad apostólica, ya como individuos ya reunidos en varias comunidades o asociaciones.

El apostolado que cada uno debe desarrollar individualmente, al surgir abundando de la fuente de una vida verdaderamente cristiana (Io. 4,14), es la primera forma y la indispensable condición de todo apostolado seglar, incluso del que se practica colectivamente, y nada puede sustituirlo.

Todos los seglares, cualquiera que sea su condición están llamados y obligados a este apostolado, siempre y doquier provechoso, y, en algunas circunstancias, el único apto y posible, aunque les falte ocasión o posibilidad de colaborar en asociaciones.

MUCHAS SON LAS FORMAS DE APOSTOLADO con las que los seglares edifican la Iglesia y santifican al mundo, animándolo en Cristo.

Una forma peculiar del apostolado individual y, al mismo tiempo, señal muy adaptada, aún en nuestros tiempos, para manifestar a Cristo viviente en sus fieles, es el testimonio de toda la vida seglar que nace de la fe, la esperanza y la caridad. Y luego con el apostolado de la palabra, absolutamente necesario en algunos casos, los seglares anuncian a Cristo, desarrollan y difunden su doctrina, cada uno según su propia condición y competencia, y la profesan con fidelidad.

Cooperando, además, como ciudadanos de este mundo, en lo que se refiere a la edificación y al gobierno del orden temporal, conviene que los seglares busquen a la luz de la fe los motivos más elevados al actuar en su vida familiar, profesional, cultural y social, y que los manifiesten a los demás, cuando se ofrece la ocasión, conscientes de que así se convierten en cooperadores

de Cristo Creador, Redentor y Santificador y de que así le glorifican.

Finalmente, vivifiquen los seglares su vida con la caridad, y la manifieste, según pudieren, con sus obras.

Recuerden bien todos los que con el culto público y la oración, con la penitencia y con la libre aceptación de las fatigas y tristezas de la vida, por la que se hacen semejantes a Cristo paciente (Cf. 2 Cor. 4,10; Col. 1, 24), pueden llegar a todos los hombres y contribuir a la salvación de todo el mundo.

(Decr. Apostolado de los laicos)

Deber de la Iglesia ante los medios de comunicación social. Deber de veracidad de caridad en la información

La IGLESIA CATÓLICA ha sido fundada por Nuestro Señor Jesucristo para salvar a los hombres todos, estando por ello obligada a predicar el Evangelio, aun usando de los MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL para hacer llegar a todos el mensaje de salvación, a la vez que les enseña el recto uso de dichos medios.

Le corresponde, pues, a la Iglesia, el derecho natural a usar y poseer dichos medios, siempre que le fueren necesarios o útiles para la educación cristiana de las almas; y los sagrados Pastores tienen el deber de instruir y dirigir a los fieles para que éstos, al servirse de dichos medios, alcancen la propia perfección y salvación y la de todo el género humano.

Más a los laicos corresponde principalmente infundir un espíritu humano y cristiano en estos medios para que respondan plenamente a las grandes esperanzas del género humano y a los planes divinos.

Ante todo es necesario que todas las personas interesadas se formen una recta conciencia sobre el debido uso de estos medios, principalmente cuando se trata de ciertas cuestiones vivamente discutidas en nuestros días.

La primera de las cuestiones se refiere a la llamada INFORMACION, es decir, la búsqueda y divulgación de noticias. Es evidente que tal información, en razón del progreso de la sociedad humana y por la mutua interdependencia entre sus miembros, resulta muy útil, y aún a veces,

necesaria. En efecto, la pública y rápida comunicación de noticias sobre los hechos y acontecimientos facilita a todos los hombres un conocimiento exhaustivo y permanente de la actualidad, que puede contribuir eficazmente al bien común, y al mayor progreso de toda la sociedad humana. Esta tiene innato el derecho de ser informada sobre todo cuanto interesa a sus miembros, tanto considerados individualmente, como también constituidos en sociedad, siempre que las circunstancias de cada individuo y de cada uno. Mas el buen uso de este derecho exige que la información sea siempre objetivamente verdadera e íntegra, salvando la justicia y la caridad, además, en cuanto al modo ha de ser, decoroso y conveniente, es decir, que respete rigurosamente las leyes morales del hombre, sus legítimos derechos y dignidad, así en la obtención de las noticias como en su divulgación. Porque no todo conocimiento es bueno, *mientras la caridad es constructiva.* (I. Cor. 8,1).

(Decr. sobre medios de comunicación social)

Primacía del orden moral sobre el arte. Sólo el orden moral se refiere al hombre en su totalidad

La segunda cuestión se refiere a las relaciones de interferencia entre los derechos del ARTE —así dicen ahora— y las normas de la LEY MORAL. Y puesto que las corrientes controversias en torno a este tema más de una vez tienen su origen en falsas doctrinas sobre la ética y la estética, el Concilio proclama que la primacía del orden moral objetivo ha de ser respetada por todo el mundo, porque es el único que trasciende y armoniza todas las demás formas —por muy nobles que sean— de la actividad humana, sin exceptuar el arte mismo. En efecto, sólo el orden moral abarca en su totalidad al hombre, dotado por Dios de inteligencia y elevado a un fin sobrenatural. Y cuando este orden moral es respetado íntegra y fielmente conduce al hombre a que alcance plenamente su perfección y su felicidad.

La última cuestión se refiere a la narración, descripción y representación del MAL MORAL que, sin duda, pueden, aún con el mismo uso de los medios de comunicación social, servir para un conocimiento y un análisis más profundo del hombre mismo, para una exaltación del bien y

de la verdad, empleando inclusive para ello oportunos efectos dramáticos. Mas para que no produzcan mayor daño que utilidad a las almas, han de obedecer por completo a las leyes morales, sobre todo cuando se trate de materias que exigen el máximo respeto, o que con facilidad incitan al hombre, ya herido por el pecado original a depravados deseos.

La OPINION PUBLICA ejerce hoy un influjo poderoso en todos los órdenes de la vida social, privada o pública, por ello es necesario que todos los miembros de la sociedad cumplan en esta materia sus *deberes de justicia y de caridad* y que, usando estos medios, procuren formar y propagar las opiniones públicas.

(Decr. sobre medios de comunicación social)

Potestad del Romano Pontífice y de los Obispos como Maestros de la Fe

En esta Iglesia de Cristo el Romano Pontífice, como sucesor de Pedro a quien Cristo confió el apacentar sus ovejas y sus corderos, por institución divina goza de potestad suprema, plena, inmediata y universal para el cuidado de las almas. El, por lo tanto, al ser enviado como pastor de todos los fieles para procurar el bien común de la Iglesia universal y el de todas las Iglesias particulares, tiene la suprema potestad ordinaria sobre todas las Iglesias.

También los Obispos puestos por el Espíritu Santo como pastores de las almas, y juntamente con el Sumo Pontífice, y bajo su autoridad, son enviados a perpetuar la obra de Cristo Pastor eterno. Ahora bien, Cristo dio a los Apóstoles y a sus sucesores el mandato y el poder de enseñar a todas las gentes, santificar a los hombres en la verdad y apacentarlos. Los Obispos, pues, han sido constituidos por el Espíritu Santo, que se les ha dado, como verdaderos y auténticos Maestros de la fe, Pontífices y Pastores.

Los Obispos, participantes en la preocupación de todas las Iglesias, desarrollan en unión, y bajo la autoridad del Sumo Pontífice, su oficio episcopal, recibido por la consagración episcopal, en lo que se refiere al magisterio y régimen pastoral, unidos todos en un Colegio o cuerpo con respecto a la Iglesia universal de Dios.

Individualmente lo ejercen en la parte de la

grey del Señor, que se les ha confiado, teniendo cada uno el cuidado de la Iglesia particular que presiden. En algunas ocasiones proveen, reunidos, a ciertas necesidades comunes a algunas Iglesias.

(*Decret. Ministerio Pastoral de los Obispos*)

Fidelidad al depósito contenido en la Sagrada tradición y la Sagrada Escritura. Sólo al Magisterio de la Iglesia le compete proponer e interpretar la Palabra de Dios

La Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura constituyen el único depósito sagrado de la Palabra de Dios, confiado a la Iglesia, fiel a este depósito, todo el pueblo santo unido con sus Pastores, persevera siempre en la doctrina de los Apóstoles y en la comunión, en la fracción del pan y en la oración. (Cf. Ac. 2, 42 gr.), de suerte que entre los Prelados y los fieles existe una singular unidad de espíritu en la conservación, práctica y profesión de la fe transmitida.

Pero el oficio de interpretar auténticamente la Palabra de Dios, escrita o transmitida, ha sido confiado tan sólo al Magisterio vivo de la Iglesia, cuya autoridad se ejerce en el nombre de Jesucristo. Magisterio que evidentemente no está por encima de la Palabra de Dios, sino que sirve a ella, enseñando tan sólo lo que ha sido transmitido, puesto que, por mandato divino y con asistencia del Espíritu Santo, lo oye con piedad, lo guarda santamente y lo expone con fidelidad; y de este único depósito de la fe saca todo lo que propone como verdad que, revelada por Dios ha de ser creída.

Es evidente, pues, que la Sagrada Tradición, la Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia, según designio sapientísimo de Dios, tan mutuamente están entrelazados y unidos que no existe uno sin los otros, y que juntos, cada uno a su manera, bajo la acción del Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salvación de las almas.

(*Const. dog. sobre la divina revelación*)

Vínculo entre la Iglesia y el pueblo judío. La Iglesia espera el día en que todos los pueblos invocarán al Señor

Investigando plenamente el misterio de la Igle-

sia, este Sagrado Concilio recuerda el lazo que une espiritualmente el pueblo del Nuevo Testamento con la ESTIRPE DE ABRAHAM.

En efecto, la Iglesia de Cristo reconoce que las primicias de su fe y de su elección ya se encuentran, según el misterio divino de la salvación, en los Patriarcas, Moisés y los Profetas. Reconoce que todos los cristianos, hijos de Abraham según la fe, están incluidos en la vocación de este Patriarca y que la salvación de la Iglesia se halla prefigurada místicamente en el éxodo del pueblo elegido de la tierra de la esclavitud. Por ello la Iglesia no puede olvidar que Ella ha recibido la Revelación del Antiguo Testamento por medio de aquel pueblo, con el que Dios, en su inefable misericordia, se dignó establecer la Antigua Alianza, y que ella se alimenta con la raíz del buen olivo en el que se han injertado los ramos del olivo silvestre, que son los gentiles. Cree, en efecto, la Iglesia que Cristo, nuestra paz, ha reconciliado a Judíos y Gentiles y que, que por su Cruz y en Sí mismo, de los dos él ha hecho una solo. También tiene la Iglesia siempre ante sus ojos las palabras del Apóstol Pablo sobre sus hermanos de raza *a quienes pertenecen la adopción filial, la gloria, las alianzas, la legislación, el culto, las promesas y los Padres y de quienes procede Cristo según la carne* (Rom. 9, 4-5), el Hijo de María Virgen. Recuerda también que los Apóstoles, fundamentos y columnas de la Iglesia, nacieron del pueblo judío, así como un gran número de los primeros discípulos que anunciaron al mundo el Evangelio de Cristo.

Según la Sagrada Escritura, Jerusalén no reconoció el tiempo en que fue visitada, en gran parte, los judíos no aceptaron el Evangelio, y no pocos aún se opusieron a su difusión. Ello no obstante, según el Apóstol, los judíos continúan siendo muy amados de Dios a causa de sus Padres, porque Dios no se arrepiente de sus dones y de su vocación. Junto con los profetas y el Apóstol mismo, la Iglesia espera el día, sólo por Dios conocido, en que todos los pueblos invocarán al Señor con una sola voz y le servirán *hombro con hombro* (Shph. 3,9).

Siendo, pues, tan grande el patrimonio espiritual, común a cristianos y judíos, este Sagrado Concilio quiere animar y recomendar, entre ellos, el conocimiento y estima mutuos, que se logra por los estudios bíblicos y teológicos, así como por un fraternal diálogo.

Aunque las autoridades de los judíos con sus

secuaces reclamaron la muerte de Cristo, sin embargo, todo lo que se realizó en su Pasión no puede atribuirse ni indistintamente a todos los judíos que vivían entonces ni a los judíos de nuestro tiempo. La Iglesia es ciertamente el nuevo Pueblo de Dios, pero no por ello los judíos han de ser señalados como reprobados por Dios ni como malditos, como si esto se derivase de las Sagradas Escrituras. Por ello —tanto en la catequesis como en la Palabra de Dios— cuiden todos de no enseñar nada que no se ajuste a la verdad del Evangelio y al espíritu de Cristo.

(Relación con Religiones no cristianas)

**Cristo Cabeza de la humanidad renovada.
Diseño divino de comunicación de la vida divina a los hombres**

Este universal diseño de Dios en pro de la salvación del género humano, no se realiza solamente en una forma, en cierto modo secreta, en el alma de los hombres, o también por esfuerzos, incluso religiosos, con los que ellos buscan de muchas maneras a Dios, *por ver si a tientas lo tocan o lo encuentran, ya que no está lejos de cada uno de nosotros* (Ec. 17,27); porque estos esfuerzos necesitan estar iluminados y sanados, aunque, por benigna determinación de la providencia de Dios, pueden considerarse casi como una pedagogía hacia el Dios verdadero, o como una preparación del Evangelio. Dios para establecer la paz o comunión con El y armonizar la sociedad fraterna entre los hombres, pecadores, decretó entrar en la historia humana de un modo nuevo y definitivo enciando a su HIJO en nuestra carne para arrancar por medio a los hombres del poder de las tinieblas y de Satanás (Cf. Col.

1,13; Ac. 10,38) y reconciliar al mundo consigo en El (cf. 2 Cor. 5,19). A El, pues, por quien también fue hecho el mundo, lo constituyó heredero de todo a fin de instaurarlo todo El. Cristo Jesús, pues, fue enviado al mundo como verdadero mediador entre Dios y los hombres. Por ser Dios, *habita en El corporalmente toda la divinidad* (Cf. Col. 2,13); según la naturaleza humana, nuevo Adán, *lleno de gracia y de verdad* (cf. Io. 1,14), es constituido cabeza de la humanidad renovada. Así pues el Hijo de Dios siguió los caminos de la Encarnación verdadera para hacer a los hombres partícipes de la naturaleza divina; se hizo pobre por nosotros, aun siendo rico, para que fuésemos ricos por su pobreza (cf. 2 Cor. 8,9). El Hijo del Hombre no vino a ser servido, sino a servir y dar su vida para redención de muchos, es decir, por todos (cf. Marc. 10,45). Los Santos Padres proclaman constantemente que no está sanado lo que no ha sido asumido por Cristo. Pero tomó la naturaleza humana íntegra cual se encuentra en nosotros, miserables y pobres, pero sin el pecado (cf. Hebr. 4,15; 9,28). Por ello, de sí mismo dijo Cristo, *a quien el Padre santificó y envió al mundo* (Io. 10, 36). *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió y me envió a evangelizar a los pobres, a sanar a los contritos de corazón, a predicar a los cautivos la libertad y a los ciegos la recuperación de la vista* (Luc. 4,18), y de nuevo: *el Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido* (Luc. 19,10).

Mas lo que el Señor ha predicado una vez o lo que en El se ha realizado para la salvación del género humano, debe ser proclamado y difundido hasta los últimos rincones de la tierra (cf. ct. 1,8) comenzando por Jerusalén (cf. Luc. 24,47), de suerte que lo efectuado una vez para la salvación de todos se realice por completo en todos, en el correr de los tiempos.

(Decr. sobre actualidad misionera de la Iglesia)

DOCTRINA MARIANA DE JUAN XXIII Y PABLO VI

La Virgen esperanza de la Iglesia

En este ocho de diciembre, que todos los años recuerda la solemne y ya más centenaria proclamación del dogma dulce y luminosísimo de la Inmaculada, Nuestro pensamiento se dirige espontáneamente a Aquel que fue su voz autorizada, su oráculo infalible. La dulce figura de Nuestro predecesor Pío IX, de grande y santa memoria, Nos es particularmente venerable y querida, porque tuvo hacia la Virgen un afectuosísimo amor y ya desde sus años juveniles se consagró al estudio y penetración del privilegio de la inmaculada concepción de María Santísima. Volviendo la mirada a los siglos anteriores, quiso cubrirse con el mismo manto de gloria con que se adornaron tantos ilustres antecesores suyos en el Pontificado romano, en las repetidas muestras de devoción y amor a María, con que el pueblo romano reconoce oficialmente como a su Salvación invocada y venerada como *Salus Populi Romani* y a quien todo el mundo aclama Reina de cielos y tierra.

Los Papas de la Inmaculada

He aquí algún ejemplo, el más valioso de estos ilustres Pontífices. En primer lugar aparece el tan majestuoso *Benedicto XIV* que instituyó la solemne capilla papal para la fiesta de la Inmaculada Concepción, aquí mismo, en esta Nuestra basílica de Santa María la Mayor.

Entre los benemeritísimos del desarrollo dado a la liturgia de la Inmaculada, antes de la definición dogmática, hay que mencionar a *Benedicto XI*, que impuso la fiesta de la Inmaculada *de praecepto* a toda la Iglesia (6 de diciembre de 1708); a *Inocencio XII*, que dispuso la octava elevándola al grado de segunda clase (15 de mayo de 1693); a *Clemente IX* (1667), que ya la había concedido a todo el Estado Pontificio, en tanto

que *Alejandro VII* (1665) había extendido el mismo favor a las diócesis de la República de Venecia. Mucho antes, siempre hacia atrás, *Clemente VIII*, en su edición del Breviario, elevó la fiesta a *duplex maius*, así como *San Pío V* le había añadido nuevas lecciones. Más férvido promotor del culto de María es el Papa *Sixto IV* (1472) que extendió a la fiesta litúrgica del 8 de diciembre las mismas indulgencias concedidas por sus antecesores a la fiesta del *Corpus Domini*, y que en un documento en el que exhorta a edificar la iglesia de Santa María de las Gracias (1472) llamaba a María INMACULATA VIRGO, denominación todavía insólita en los documentos de la Curia Papal. Preclaro título para recuerdo de Sixto IV y de su devoción a la Concepción Inmaculada de María permanece el hecho de haber erigido, en la antigua basílica de San Pedro, la capilla de la Inmaculada, en el mismo lugar de la actual capilla —tan grandiosa y suntuosa del Coro— donde el Capítulo Vaticano celebra ordinariamente las sagradas funciones y en cuyas paredes, entre los estucos de las bóvedas que representan el Antiguo y Nuevo Testamento, resplandece el admirable mosaico de la «Inmaculada Concepción» con los Santos Juan Crisóstomo, Francisco y Antonio —glorias de la Orden Seráfica— arrodillados para venerarla.

Precisamente esta imagen tan noble e imponente, fue la que *Pío IX* coronó con incomparable solemnidad el 8 de diciembre de 1869, en ocasión de la apertura del Concilio Vaticano I. Y es motivo de afecto y de complacencia espiritual para Nuestra alma el vivo recuerdo de haber asistido, medio siglo después de la definición dogmática, exactamente el 8 de diciembre de 1904, y haber seguido con Nuestra mirada de neosacerdote el gesto de *San Pío X*, el santo sucesor de Pío IX, que renovó el acto de la coronación con una diadema todavía más esplendorosa de piedras preciosas recogidas por la piedad mariana en todos los puntos del globo.

En Pío IX nos inspiramos para la gran empresa del Concilio Vaticano II

Este breve *excursus* histórico Nos vuelve a llevar hacia la humildísima figura de Pío IX. La luz de María Inmaculada reflejada en él Nos permite comprender el secreto de Dios en el altísimo y santo servicio que rindió a la Santa Iglesia.

Treinta y dos años de Pontificado le permitieron abordar todos los puntos de la doctrina católica, dirigirse paternal y persuasivamente a sus hijos de todo el mundo con una llamada solemne, afectuosa e infatigable a la disciplina, al honor y al estímulo, frente a las crecientes dificultades, a los ataques encubiertos o declarados, a las provocaciones lanzadas contra la religión, cuando personajes de mucha fama anunciaban que estaba moribunda o ya muerta.

Pío IX supo «creer contra toda esperanza» y mantener unida con inquebrantable firmeza y con infinita amabilidad a la grey atemorizada y vacilante; y, como era humilde, no tuvo miedo ante las maquinaciones tenebrosas de las sectas, no vaciló frente a oposiciones y no retrocedió ante las calumnias.

¡Queremos repetirlo! Sí; la luz de *María Inmaculada —definida como tal* con alta y solemnísimas voz, en presencia de toda la Iglesia, a pesar del clamor burlón de los incrédulos y la tímida crítica de algunos vacilantes—, la luz de la Inmaculada, repetimos, se reflejaba en la frente y en el corazón del gran Pontífice y fue la alentadora de sus fatigas y el consuelo de su inmolación. ¡Qué sublime y aleccionadora se alza ante Nos su figura, y nos señala el exacto camino! Nos queremos imitarlo con la ayuda de Dios y le imitaremos al continuar Nuestro apostólico ministerio con calma, humildad, con inquebrantable paciencia, con seguridad, ardor de esperanza y victoria espiritual ocurra lo que ocurra.

La sucesión de las circunstancias de conveniencias humanas, unas veces propicias, otras adversas o silenciosas a nuestras empresas, no podrá ni exaltarnos más de lo debido ni abatir nuestras energías que confían, sobre todo en la intercesión de la Inmaculada Madre de Jesús: *Mater Ecclesiae et mater nostra dulcissima*.

(Juan XXIII a los fieles de Roma, 8-12-1960)

En la visión de la humilde y fuerte figura de Pío IX Nos inspiramos para encaminarnos con paso seguro hacia la gran empresa del Concilio Vaticano II que Nos tenemos.

La Virgen de Guadalupe Patrona de América y Filipinas

MARIA MADRE DE DIOS Y MADRE NUESTRA, esa tierna palabra que estos días vuestros labios repiten sin fin con el título bendito de Madre de Guadalupe, abre este nuestro saludo que dirigimos a cuantos tomáis parte en el II Congreso Mariano Internacional y a todos los países de América. Feliz oportunidad esta del cincuenta aniversario del Patronato de María Santísima de Guadalupe sobre toda la América latina, que tanto bien ha producido entre los pueblos del Continente para alentaros en vuestras manifestaciones de mutuo amor y de devoción a la que es Madre de vida y fuente de gracia.

Día histórico aquel 12 de octubre en que el grito «tierra» anunciaba la unión de los dos mundos, hasta entonces desconocidos entre sí, y señalaba el nacimiento a la fe de esos dos continentes; a la fe de Cristo «luz verdadera que ilumina a todo hombre» de la cual María es como la «*aurora consurgens*» que precede a la claridad del día.

Más adelante «La siempre Virgen Santa María Madre del verdadero Dios, por quien se vive», derrama su ternura y delicadeza maternal en la colina del Tepeyac, confiando al indio Juan Diego con su mensaje unas rosas que de su tilma caen, mientras en ésta queda aquel retrato suyo dulcísimo que manos humanas no pintaran.

Así quería Nuestra Señora continuar mostrando su oficio de Madre: Ella, con cara de mestiza entre el indio Juan Diego y el Obispo Zumárraga como para simbolizar el beso de las dos razas, Ella, la que pidió ser invocada en esas tierras con el título de Santa María de Guadalupe, nombre atrayente y familiar como para hermanar a todos en la misma suavísima devoción, Santa María de Guadalupe, siempre símbolo y artífice de esta fusión que formaría la nacionalidad mejicana y, en expansión encargada de sentidos, rebasaría las fronteras para ofrecer al mundo ese coro magnífico de pueblos que rezan en español.

Primero Madre y Patrona de México, luego de América y de Filipinas, el sentido histórico de su

mensaje iba cobrando así plenitud mientras abría sus brazos a todos los horizontes en un anhelo universal de amor.

(Juan XXIII, Congreso Mariano México, 12-10-61)

El Concilio, acto de fe en Dios bajo la luz de María

«La primera Sesión de los trabajos de la Asamblea Ecu­ménica iniciada en la fiesta litúrgica de la divina Maternidad de María, se cierra en este día de la Inmaculada Concepción entre los fulgores de gracia que difunde la Madre de Dios y Madre nuestra. Como un místico arco enlaza la ceremonia presente con el espléndido comienzo del 11 de octubre pasado las dos fiestas litúrgicas de 11 de octubre y 8 de diciembre dan suave y mística entonación a la plegaria de acción de gracia.

Pero el íntimo significado de estas dos festividades se hace más conmovedor al recordar nuestro predecesor, Pío IX, el Papa de la Inmaculada, inauguró el Concilio Vaticano I. en esta misma solemnidad mariana.

»Es hermoso recoger estas confortadoras coincidencias que, a la luz de la Historia, dan a entender cómo muchos grandes acontecimientos de la Iglesia se desarrollan bajo la luz de María, como testimonio y garantía de su protección maternal.

»El Concilio —en su realidad— es un acto de fe en Dios, de obediencia a sus leyes, de esfuerzo sincero por corresponder al plan de la Redención, según el cual *Verbum caro factum est de Maria Virgine.*»

«Esta fase importantísima —la de aplicación de los trabajos conciliares— podrá ver a los Padres unidos en un esfuerzo gigantesco de predicación de la sana doctrina y de aplicación de las leyes por ellos mismos queridas, será un nuevo paso hacia adelante del Reino de Cristo en el mundo, un reafirmar de modo cada vez más alto y persuasivo la alegre nueva de la Redención, el anuncio luminoso de la Soberanía de Dios, de la fraternidad humana, de la caridad y de la paz prometida en la tierra a los hombres de buena voluntad. Será una confirmación de los derechos de Dios.»

(Juan XXIII, Clausura 1.ª Sesión Concilio, 8-12-62)

Proclamación de María Santísima como Madre de la Iglesia

Nuestro Pensamiento, Venerables Hermanos, no puede menos de alegrarse, con sentimientos de sincera y filial gratitud también a la VIRGEN MARIA, a Aquella que queremos considerar protectora de este Concilio, testigo de nuestros trabajos, nuestra amabilísima consejera, pues Ella, como celestial Patrona, juntamente con San José, fueron confiados por el Papa Juan XXIII, desde el comienzo, de los trabajos de nuestras sesiones ecuménicas.

Animados por estos mismos sentimientos, el año pasado, quisimos ofrecer a MARIA SANTISIMA un solemne acto de culto en común, reuniéndonos en la basílica Liberiana en torno a la imagen venerada con el glorioso título de *Salus Populi Romani*.

Este año el homenaje de nuestro Concilio se presenta más preciso y significativo, con la promulgación de la actual Constitución, que tiene como vértice y corona todo un capítulo dedicado a la Virgen, juntamente podemos afirmar que la presente sesión se clausura como un incomparable himno de alabanza en honor a María.

Es, en efecto, la primera vez —y al decirlo Nos llena el Corazón de profunda emoción— que un Concilio Ecu­ménico presenta una síntesis tan extensa de la doctrina católica sobre el puesto que María Santísima ocupa en el misterio de Cristo y de la Iglesia.

Esto corresponde a la meta que es Concilio se ha prefijado, manifestar la faz de la Santa Iglesia, a la que María Santísima está íntimamente unida, y de la cual, como egregiamente se ha afirmado, es «la parte mayor, la parte mejor, la parte principal y más selecta».

La realidad de la Iglesia ciertamente no se agota en su estructura jerárquica, en su liturgia, en sus sacramentos, ni en sus ordenamientos jurídicos. Su esencia íntima, la principal fuente de su eficacia santificadora, se debe buscar en su mística unión con Cristo, unión que no podemos pensarla separada de Aquella que es la Madre del Cerbo Encarnado y que Cristo mismo quiso tan íntimamente unida a El para nuestra salvación. Y ciertamente que debe encuadrarse en la visión de la Iglesia la contemplación amorosa de las maravillas que Dios ha obrado en su Santa Madre. Y el conocimiento de la doctrina verdaderamente católica sobre María será siempre la cla-

ve de la exacta comprensión del misterio de Cristo y de la Iglesia.

La reflexión sobre estas íntimas relaciones de María con la Iglesia tan claramente establecidas por la actual Constitución conciliar, Nos permite creer que éste es el momento más solemne y más apropiado para dar satisfacción a un voto que, señalado por Nos al término de la sesión anterior, han hecho suyo muchísimos Padres Conciliares pidiendo insistentemente una declaración explícita durante este Concilio de LA FUNCION MATERNAL QUE LA VIRGEN EJERCE SOBRE EL PUEBLO CRISTIANO. A este fin hemos creído oportuno consagrar en esta misma sesión pública un título en honor de la Virgen, sugerido por diferentes partes del orbe católico, y particularmente entrañable para Nos, pues con síntesis maravillosa expresa el puesto privilegiado que este Concilio ha reconocido a la Virgen en la Santa Iglesia.

Así, pues, para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, NOS PROCLAMAMOS A MARIA SANTISIMA MADRE DE LA IGLESIA, es decir, MADRE DE TODO EL PUEBLO DE DIOS, así de los fieles como de los Pastores que la llaman Madre amorosa, y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título.

Se trata de un título, Venerables Hermanos, que no es nuevo para la piedad de los cristianos; antes bien con este nombre de Madre, y con preferencia a cualquier otro, los fieles y la Iglesia entera acostumbran a dirigirse a María. Ciertamente que este título pertenece a la esencia genuina de la devoción a María, encontrando su justificación en la dignidad misma de la Madre del Verbo Encarnado.

La divina maternidad es, en efecto, el fundamento de su especial relación con Cristo y de su presencia en la economía de la salvación operada por Cristo, y también constituye el fundamento principal de las relaciones de María con la Iglesia, por ser la Madre de Aquel, que desde el primer instante de la Encarnación en su seno virginal unió a Sí mismo, como a Cabeza, su Cuerpo Místico, que es la Iglesia. María, pues, como Madre de Cristo, es Madre también de todos los fieles y de todos los Pastores, es decir, de toda la Iglesia.

(Paulo VI, Clausura 3.^a Sesión Concilio, 21-11-64)

La maternidad espiritual de María

Tomando ocasión de las solemnidades religiosas —como honra a la Virgen María Madre de Dios— que estos días se desarrollan en Fátima, en Portugal, donde numerosas multitudes de fieles la veneran por su Corazón *maternal y compasivo*, Nos deseamos llamar, una vez más, la atención de todos los hijos de la Iglesia sobre el inseparable lazo existente entre la Maternidad espiritual de María, tan ampliamente ilustrado en la Constitución dogmática *Lumen Gentium* y los deberes de los hombres redimidos hacia Ella, como Madre de la Iglesia.

Porque una vez admitido, en virtud de los numerosos testimonios ofrecidos por los Sagrados textos y por los Santos Padres recordados en la ya citada Constitución, que *María Madre de Dios y Redentor* le ha estado unida por un vínculo estrecho e indisoluble, y que ha tenido una singularísima *función... en el misterio del Verbo Encarnado y del Cuerpo Místico*, esto es en la *economía de la salvación* aparece evidente que la Virgen, no es tan sólo como *Madre Santísima de Dios que tomó parte en los misterios de Cristo* sino también como *Madre de la Iglesia justamente es honrada por la Iglesia con especial culto, singularmente litúrgico*.

gularmente litúrgico.

Ni es de temerse que la reforma litúrgica —si se realiza conforme a la fórmula: *La Ley de la fe debe establecer la ley de la oración*— pueda resultar en detrimento del culto *totalmente singular* debido a María Virgen por sus prerrogativas, entre las que sobresale la dignidad de Madre de Dios. Mas tampoco, por lo contrario, ha de temerse que el incremento del culto, tanto litúrgico como privado, a Ella tributado, pueda oscurecer o disminuir el culto de adoración que se tributa al Verbo Encarnado así como al Padre y al Espíritu Santo.

Todo cuanto hemos venido exponiendo a la luz del Evangelio y de la tradición católica, hace evidente que la ESPIRITUAL MATERNIDAD DE MARIA trasciende más allá del espacio y del tiempo y pertenece a la HISTORIA UNIVERSAL DE LA IGLESIA, porque Ella ha estado siempre presente con su maternal asistencia. Por esto resulta también claro el sentido de la afirmación tantas veces repetida: nuestra edad bien puede llamarse

la edad mariana. Porque si es verdad que, por una insigne gracia del Señor, hoy por tan varios estratos del pueblo cristiano, ha sido comprendido más profundamente el papel providencial de María Santísima en la historia de la salvación, esto sin embargo, no debe inducir a pensar que en las pasadas edades no hayan visto de algún modo tal verdad o que las futuras puedan ignorarla. La verdad es que todos los períodos de la historia de la Iglesia se han beneficiado y se beneficiarán de la maternal presencia de la Madre de Dios, pues que Ella permanecerá siempre unida indisolublemente al misterio del Cuerpo Místico de cuya Cabeza se ha escrito: *Jesucristo ayer, y hoy: también por los siglos.*

Venerables Hermanos: La persuasión de que el pensamiento de la Iglesia Católica sobre el culto de alabanza, de gratitud y de amor, debido a la beatísima Virgen, se conforma plenamente con la doctrina del Santo Evangelio, tal como más precisamente ha sido entendida y explicada por la Tradición, así de Oriente como de Occidente, Nos infunde en el ánimo la esperanza de que esta Nuestra exhortación pastoral para una piedad mariana cada vez más ferviente y más fructuosa será acogida con generosa adhesión no sólo por los fieles confiados a vuestros cuidados sino también por los que aún no gozando de plena comunión con la Iglesia Católica, admiran sin embargo, y veneran con nosotros a la Esclava del Señor, a la Virgen María, Madre del Hijo de Dios.

Renovación de la Consagración al Corazón Inmaculado de María

Que el Corazón Inmaculado de María resplandezca ante la mirada de todos los Cristianos como modelo de perfecto amor a Dios y al prójimo; El les induzca a la frecuencia de los Santos Sacramentos, por cuya virtud los ánimos son limpios de las manchas del pecado y preservados de ellas; que, además, los estimule a reparar las innumerables ofensas hechas a la divina Majestad; que brille, en fin, COMO BANDERA DE UNIDAD Y ESTIMULO para perfeccionar los VINCULOS DE HERMANDAD, entre los cristianos todos en el seno de la única Iglesia de Jesucristo, la cual, enseñada por el Espíritu Santo, con filial afecto de piedad honra a la Virgen María como a Madre amantísima.

Y puesto que este mismo año se recuerda el XXV aniversario de la consagración de la Iglesia y del género humano a María, Madre de Dios, y a su Inmaculado Corazón, hecha por Nuestro Predecesor de s.m., Pío XII, el 31 de octubre de 1942 en ocasión del Radiomensaje a la nación de Portugal —consagración que Nos mismo hemos renovado 21 de noviembre de 1964— exhortamos a todos los hijos de la Iglesia a que renueven personalmente la propia CONSAGRACION AL CORAZON INMACULADO DE LA MADRE DE LA IGLESIA, y a que vivan este nobilísimo acto de culto con una vida cada vez más conforme a la Divina Voluntad, con espíritu filial de servicio y de devota imitación a su celestial Reina.

(Paulo VI, Signum magnum, 13-5-67)

ORIENTACIONES SOBRE VIDA CRISTIANA Y APOSTOLADO DE JUAN XXIII Y PABLO VI

El Anuncio del Concilio

Y cuando el Obispo de Roma dirige su mirada al mundo entero, de cuyo gobierno espiritual se ha hecho responsable por la divina misión a él confiada en la sucesión del supremo apostolado, ¡ah, qué espectáculo!: alegre por una parte, allí donde la gracia de Cristo continúa multiplicando frutos y portentos de espiritual elevación, de salud y santidad de todo el mundo; triste por la otra, ante el abuso y los peligros de la libertad del hombre, que por no conocer los cielos abiertos y por rehusar la fe en Cristo Hijo de Dios, redentor del mundo y fundador de la Santa Iglesia, se torna por completo a la rebusca de los llamados bienes de la tierra, bajo la inspiración de aquel que el Evangelio llama «príncipe de las tinieblas», príncipe de este mundo —como el mismo Jesús lo calificó en su último discurso después de la Cena— y que organiza la contradicción y la lucha contra la verdad y contra el bien, posición nefasta que intensifica la división entre las que el genio de San Agustín llama las dos ciudades, manteniendo siempre activo el esfuerzo de la confusión para engañar, si es posible, aun a los elegidos, para arrastrarlos a la ruina.

En colmo de desventura para la falange de los hijos de Dios y de la Santa Iglesia se añade la tentación y la atracción hacia los beneficios del orden material que el progreso de la técnica moderna —de por sí indiferente— engrandece y exalta.

Todo esto —decimos, este progreso— mientras aparta de la busca de los bienes superiores, debilita las energías del espíritu, conduce al relajamiento de la solidez de la disciplina y del buen orden antiguo, con grave daño de lo que constituyó la fuerza de resistencia de la Iglesia y de sus hijos a los errores, los cuales en realidad siempre —en el curso de la historia del Cristianismo— llevaron a fatales y funestas divisiones, al decaimiento espiritual y moral, a la ruina de las naciones mismas.

Esta comprobación despierta en el corazón del humilde sacerdote, a quien la indicación manifiesta de la divina Providencia condujo, bien que indignísimo, a esta altura de Sumo Pontificado, despierta —decimos— una decidida resolución por llamar de nuevo a algunas formas antiguas de afirmación doctrinal y de prudente ordenamiento de la disciplina eclesiástica, que en la historia de la Iglesia, en época de renovación, dieron frutos de extraordinaria eficacia, por la claridad del pensamiento, por la sólida estructura de la unidad religiosa, por la llama más viva del fervor cristiano que hemos de reconocer aún en relación al bienestar de la vida en este mundo, riqueza abundante, *de rore caeli et de pinguedine terrae*.

(Juan XXIII, aloc. a los Cardenales, 25-1-59)

El Concilio reforzará la unidad de la fe

Nos que hemos sucedido a San León en la Sede Episcopal de San Pedro, así como profesamos con él la fe en el origen divino del mandato de universal evangelización y de salvación confiado por Jesucristo a los Apóstoles y a sus sucesores, así también a la par de él recibimos el vivo deseo de ver a todas las gentes entrar por el camino de la verdad, de la caridad y de la paz. Y precisamente a fin de hacer a la Iglesia más idónea para que cumpla en estos tiempos esa tan excelsa misión, es por lo que Nos hemos propuesto convocar el Segundo Concilio Ecuménico Vaticano, con la confianza de que la importante reunión de la Jerarquía católica, no sólo reforzará los vínculos de unidad en la fe, en el culto y en el régimen que son prerrogativa de la verdadera Iglesia, sino que atraerá también la mirada de innumerables creyentes en Cristo y les invitará a todos a reunirse en torno al gran Pastor de la grey, que ha confiado su perenne custodia a Pedro y a sus sucesores. Nuestro cálido

llamamiento a la unidad quiere ser, por lo tanto, el eco de aquel lanzado muchas veces por San León en el siglo V, recordando aquel dirigido en otro tiempo a los fieles de todas las Iglesias por San Ireneo, a quien la divina providencia había llamado desde el Asia para regir la Sede de Lyon e ilustrarla con su martirio. Luego de haber reconocido la ininterrumpida sucesión de los Obispos de Roma, herederos del poder mismo de los dos Príncipes de los Apóstoles, concluía exhortando así: «Con esta Iglesia a causa de su preeminente superioridad, es con la que debe estar acorde toda Iglesia, esto es, todos los fieles que están en el universo; y por la comunión con ella es como todos estos fieles (o bien todos los jefes de las Iglesias) han conservado la tradición apostólica».

(*Juan XXIII, Aeterna Dei, 11-11-61*)

El Concilio quiere transmitir pura e íntegra la doctrina de la Iglesia

«El Concilio Ecuménico Vaticano II: Se inaugura solemnemente aquí, junto al Sepulcro de San Pedro bajo la protección de la Virgen Santísima cuya Maternidad Divina se celebra litúrgicamente en este mismo día.»

«El gesto del más reciente y humilde sucesor de San Pedro, que os habla, al convocar esta solemnisíma asamblea, se ha propuesto afirmar, una vez más, la continuidad del Magisterio Eclesiástico, para presentarlo en forma excepcional a todos los hombres de nuestro tiempo, teniendo en cuenta las desviaciones, las exigencias y las circunstancias de la edad contemporánea.»

«El supremo interés del Concilio Ecuménico es que el sagrado depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado en forma cada vez más eficaz.»

«Todos los hombres, considerados tanto individual como socialmente, tienen el deber de tender sin tregua, durante toda su vida, a la consecución de los bienes celestiales; y el usar, llevados por este fin, todos los bienes terrenales, sin que su empleo sirva de perjuicio a la felicidad eterna.»

«El Concilio Ecuménico XXI quiere transmitir pura e íntegra, sin atenuaciones ni deformaciones, la doctrina que durante veinte siglos, a

pesar de dificultades y de luchas, se ha convertido en patrimonio común de los hombres.»

«La solicitud de la Iglesia en promover y defender la verdad se deriva del hecho de que —según el designio de Dios “que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 *Tim.* 2,4) — No pueden los hombres, sin la ayuda de toda la doctrina revelada, conseguir una completa y firme unidad de ánimos, a la que van unidas la verdadera paz y la eterna salvación.»

«A Jesucristo, Nuestro Adorable Redentor, Rey inmortal de los pueblos y de los siglos, sea el amor, el poder y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.»

(*Juan XXIII, aloc. apertura Conc., 11-9-62*)

La Acción Católica es una actividad exquisitamente espiritual; el Consiliario Eclesiástico de Acción Católica debe recordar como primera realidad que está llamado a un ministerio de altísima importancia; la santificación de su alma y la santificación del alma de todos cuantos están en torno a él; ya sean estudiantes que se preparan para las especiales profesiones y funciones de la vida civil; ya sean humildes obreros cuyo papel en la vida es igualmente elevado y noble. Cada uno, por lo tanto, deberá ser iniciado e impulsado según la propia vocación, naturalmente en correspondencia a la diversidad y capacidad; pero siempre con la ayuda de la gracia divina, única que puede hacer más hábiles e idóneas para el cumplimiento de las diversas misiones.

La santificación de las almas misión principal de la A. C.

Por consiguiente, un Consiliario eclesiástico de Acción Católica debe ser un sacerdote piísimo, profundamente sensible a aquella nota que es la dominante de cuantos se consagran al divino servicio; una perenne e íntima *conversario*, es decir, una penetración de todo el ser con la vida de Nuestro Señor Jesucristo. En caso contrario podrán quizás ser relampagueo, regocijo exterior, atracción, momentánea complacencia de quienes le rodean, pero no habrá aquel fundamento gracias al cual, incluso más allá de las naturales dotes,

se advierte siempre la llamada inextinguible: el amor de Dios.

Las bases de la espiritualidad son siempre idénticas

No hay necesidad de volvernos a épocas remotas para encontrar la enseñanza del bien. Desde la edad Apostólica a nuestros días —en los cuales hay también, gracias, a Dios, tan gran florecer de singulares obras— existe un magnífico desarrollo de espiritualidad, de ascesis. Las bases son siempre idénticas. El *Pater noster*, la divina Eucaristía, el Breviario, están siempre ante nosotros. Es la Sagrada Escritura, con todos sus tesoros, especialmente los encerrados en los Libros Sapienciales, y Evangélicos, la que debe ser alimento cotidiano del entendimiento y del corazón, sin hablar de otras magníficas obras en que abunda nuestra literatura ascética, comenzando por la *Imitación de Cristo*. Así es como se tendrá una gran familiaridad con todo cuanto es expresión de la piedad cristiana; y ésta no será considerada como accesorio superfluo, o, lo que es peor, como un peso, o una divisa exterior, sino como algo de lo más solemne, noble y obligatorio que se debe amar, sentir, difundir.

(Juan XXIII, aloc. sacerdotes y consi. A.C., 7-7-59)

El gozo de las oraciones sencillas

El cristiano tiene la posibilidad de ver con claridad, en todos los momentos de su vida cotidiana, el orden sobrenatural: éste le llega a ser hasta familiar, especialmente mediante la oración —individual y oración en común. El sacerdote a medida que los años pasan encuentra cada vez más maravillas y atractivos en su Breviario y en su Misal. Por el mismo gozo se siente compenetrado el fiel, con el ejercicio de las oraciones más sencillas, comenzando por las aprendidas en la escuela doméstica y en la del catecismo. Por ejemplo, ¿quién podría expresar la profundidad y la belleza del *Angelus Domini*? Cuando el Padre Santo comenzó a impartir la Bendición Apostólica, en los días festivos, a los fieles en la Plaza de San Pedro (y ahora lo hace aquí, desde Castelgandolfo

con evidente alegría de las multitudes reunidas junto a la *Villa Pontificia* y también en Roma, en la Basílica y en la gran Plaza), decidió que a la bendición procediera siempre una oración, escogiendo precisamente el *Angelus Domini*, y concluyendo con un pensamiento para el Angel de Guarda y por nuestros difuntos. Dicha plegaria es sencilla, más cuando se atiende al significado de las tres fórmulas «*Angelus Dómini... Ecce ancilla Dómini... Et Verbum caro factum est...*» se encuentra en ella la grandeza toda del pensamiento y de la epopeya cristiana. Porque ella encierra el anuncio del cielo que se abre para el paso de Dios, descendiendo a la tierra, casi hasta la frontera de la nada, para elevar al hombre. Encierra la generosa respuesta de la tierra para recibir al Hijo de Dios, para dejarse conducir por su Evangelio, para consentir en su gracia y desarrollar aquí abajo una vida de dignidad y de virtud, enseña el coronamiento y la guía de toda filosofía y teología, que nada serían para nosotros sin esta verdad fundamental: *Verbum caro factum, et habitavit in nobis*.

En ella se halla el centro y el principio de la vida perfectamente cristiana. Jamás podrá darse cosa más sublime que Cristo habitando entre nosotros. Por este hecho los horizontes se ensanchan; toda la existencia se convierte en una poesía y, siguiendo las invocaciones del *Paternoster*, Dios mismo viene a encontrarse en toda condición de la vida familiar desde el niño al anciano, al enfermo que sufre; en las actividades intelectuales y materiales, en todas las contingencias.

La realización del Reino de Cristo y la A. C.

Modestia en el actual —repetimos—, cultura religiosa y social, oración y concentración en Cristo Jesús. Salvador del mundo, Rey y centro de todos los corazones. Vednos llegados así a las fuentes de las que ha brotado la Acción Católica. Se trata de dar un testimonio a la Santísima Trinidad: a Dios Padre Creador, a Cristo Redentor, al Espíritu Santo, que inefablemente inflama toda alma, mueve los pueblos enteros en la realización del Reino de Cristo, para su continua irradiación, desde Belén, desde el Calvario, desde el altar, a todo el mundo.

(Juan XXIII a los Presidentes de A. C.)

La Fe debe impregnar la vida pública

La *buena batalla* por la fe se combate no tan sólo desde el secreto de la conciencia o en la intimidad de la casa, sino también en la VIDA PÚBLICA EN TODAS SUS FORMAS. En todos los países del mundo se plantean hoy problemas de varia naturaleza, cuyas soluciones se intentan apelando más frecuentemente tan sólo a recursos humanos y obedeciendo a principios no siempre acordes con las exigencias de la fe cristiana. Muchos territorios de Misión, además, atraviesan actualmente *una fase de evolución social, económica y política, que está saturada de consecuencias para su porvenir*. Problemas que en otras naciones ya están resueltos o que en la tradición encuentran elementos de solución, se presentan a otros países con urgencia que no está exenta de peligros, en cuanto podría aconsejar soluciones apresuradas y derivadas, con deplorable ligereza, de doctrinas que no tienen en ninguna cuenta, o directamente les contradicen, los intereses religiosos de los individuos y de los pueblos. LOS CATÓLICOS por su bien privado y por el bien público de la Iglesia, no pueden ignorar tales problemas, ni esperar les sean dadas soluciones perjudiciales que en lo porvenir exigirían esfuerzos muchos más grandes de enderezamiento y derivarían en ulteriores obstáculos para la evangelización del mundo.

(Juan XXIII, *Princeps Pastorum*, 28-11-59)

Vivir la verdad

Ved al hombre, ved al creyente de cara a la verdad que se impone, *suaviter et fortiter*, con dulzura y firmeza.

Las palabras de Cristo sitúan, en efecto, a todo hombre frente a su responsabilidad que es aceptar o rechazar la verdad, invitando a cada uno, con fuerza persuasiva a permanecer en la verdad, a alimentar sus propios pensamientos con la verdad, a obrar según la verdad.

Este mensaje de felicitación que nos place dirigidos, es, por tanto, una invitación solemne a vivir en ella, según el cuádruple deber de pensar, honrar, decir y practicar la verdad.

La recta formación de la conciencia

Ante todo, pues, *pensar la verdad*, tener ideas claras sobre las grandes realidades divinas y humanas, de la Redención y de la Iglesia, de la moral y del derecho, de la filosofía y del arte. Tener ideas justas o procurar formárselas con plena conciencia y con recta intención.

Mas casi a diario se ve como se plantean y discuten las cuestiones con una ligereza desconcertante, fruto —lo menos que se puede decir— de la falta de preparación en quienes a ellas se dedican. Por ello en un reciente discurso Nuestro sobre la familia, hemos invitado «a todos aquellos que tienen deseos y medios de actuar sobre la opinión pública para que no intervengan nunca sino es para aclarar las ideas, y no para confundirlas, observando la corrección y el respeto».

Fuertes convicciones para honrar a la verdad

Honrar la verdad. Es invitación a ser un ejemplo luminoso en todos los sectores de la vida, individual, familiar, profesional y social. La verdad nos hace libres; ennoblece a quien la profesa abiertamente y sin respetos humanos. ¿Por qué, pues, tener miedo de honrarla y hacerla respetar? ¿Por qué rebajarse a «arreglos» con la propia conciencia aceptando compromisos contrarios a la vida y a la práctica cristianas, cuando, por lo contrario, sólo aquel que tiene la verdad debería estar convencido de tener consigo la luz que disipa toda oscuridad y la fuerza atractiva que puede transformar el mundo? No sólo es culpable quien desfigura deliberadamente la verdad; lo es también aquel que, por temor de no aparecer completo y moderno, la traiciona con su ambiguo comportamiento.

El testimonio de la verdad

Honrar, pues, la verdad, con la firmeza, el valor y la conciencia de quien posee fuertes convicciones.

Decir luego la verdad. ¿No es la amonestación maternal la que pone en guardia a su hijo contra las mentiras, la primera escuela de la verdad que crea hábito, costumbre adquirida desde los primeros años, que se convierte en una segunda na-

turalidad y prepara al hombre de honor, al cristiano perfecto, de palabra pronta y franca y, si es necesario, con valor de mártir y de confesor de la fe? Ved el testimonio que el Dios de la verdad exige a cada uno de sus hijos.

Practicar la verdad es la caridad

Por último, *practicar la verdad*. Ella es la luz en la que debe sumergirse la persona toda, y la que da el valor a cada una de las acciones de la vida. Ella es la caridad que arrastra hacia el apostolado de la verdad para propagar su conocimiento, para defender sus derechos, para formar las almas —especialmente las tan sinceras y generosas de la juventud—, hasta dejarse impregnar de ella aun en las fibras más íntimas del alma.

Radiomensaje de Navidad

(*Juan XXIII, 22-12-60*)

La Iglesia del silencio

Queridos hermanos e hijos, este recuerdo de aquello de que los ojos son testimonio y de que los oídos reciben todos los días confirmación cada vez más dura y angustiosa, es viva tristeza para nuestro corazón.

¿Qué otra cosa es lo que viene sucediendo en tantas partes del mundo de Nos bien conocidas, en donde, lejos de disminuir, se agrava en formas penosísimas y agotadoras? ¿Qué otra cosa es lo que nos refiere la prensa mundial, y que continúa haciendo gemir a grandes regiones, que en su conjunto se ha dado en llamar *Iglesia del Silencio*?

La solicitud por esas porciones de la grey de Cristo, predilectas de Nuestra alma porque están más cercanas al Señor por sus sufrimientos, es como una espina clavada en Nuestro corazón, y no os extrañará que a menudo vuelva a nuestras palabras la dolorosa deploración por las opresiones morales y físicas de que son objeto los habitantes, así como el gozar de los frutos del buen ejercicio de las más elementales y humanas libertades, así como el gozar de los frutos de un buen trabajo, de la justicia y de la paz.

Dejad que una vez más saludemos en sus tribulaciones a Nuestros queridos Hermanos e hijos del vecino Oriente, en toda la región de los Balcanes, al Norte y al Sur, con los cuales Nos fue tan grato —Nos referimos particularmente a Bulgaria— pasar diez años, los más vigorosos de Nuestra humilde vida, al servicio de la verdad, de la justicia y de la paz.

(*Juan XXIII, Hom. Domingo Ramos, 10-4-60*)

San José Patrono universal de la Iglesia

Venerables Hermanos y queridos hijos. El pensamiento luminoso del Papa Pío XI, del 19 de marzo de 1928, nos acompaña todavía. Aquí, en Roma, la sacrosanta Catedral de Letrán resplandece siempre con la gloria del Bautista; pero en el templo máximo de San Pedro, donde se veneran preciosos recuerdos de toda la Cristiandad, también hay un altar para San José, y Nos proponemos con fecha de hoy, 19 de marzo de 1961, que este altar de San José revista nuevo esplendor, más amplio y solemne, y sea el punto de convergencia y piedad religiosa para cada alma, y para innumerables muchedumbres. Bajo estas celestes bóvedas del templo Vaticano, es donde se reunirán en torno a la Cabeza de la Iglesia las filas que componen el Colegio Apostólico provenientes de todos los puntos del orbe, incluso los más remotos, para el Concilio Ecuménico.

¡Oh, San José! Aquí, aquí está tu puesto de *Protector universalis Ecclesiae!* Hemos querido ofrecerte a través de las palabras y documentos de Nuestros inmediatos Predecesores del último siglo, desde Pío IX a Pío XII, una corona de honor, como eco de las muestras de afectuosa veneración que ya surgen de todas las naciones católicas y de todos los países de misión. Sé siempre nuestro protector. Que tu espíritu interior de paz, de silencio, de buen trabajo y de oración, para servicio de la Santa Iglesia, nos vivifique siempre y alegre en unión con tu Esposa bendita, nuestra dulcísima e Inmaculada Madre, en el solidísimo y dulce amor de Jesús, rey glorioso e inmortal de los siglos y de los pueblos. ¡Así sea!

(*Juan XXIII, aloc. sobre S. José, 19-3-61*)

Naturalismo y relativismo enemigos del verdadero apostolado

El naturalismo amenaza vaciar la concepción original del Cristianismo, el relativismo, que todo lo justifica y todo lo califica como de igual valor, va contra el carácter absoluto de los principios cristianos; la costumbre de suprimir todo esfuerzo y toda molestia en la práctica ordinaria de la vida, acusa de inutilidad fastidiosa a la disciplina y a la «ascesis» cristiana; más aún, a veces el deseo apostólico de acercarse a los ambientes profanos o de hacerse acoger por los espíritus modernos —de los juveniles especialmente— se traduce en una renuncia a las formas propias de la vida cristiana y a aquel mismo estilo de conducta que debe dar a tal empeño de acercamiento y de influjo educativo su sentido y su vigor.

¿No es acaso verdad que a veces el clero joven o también algún celoso religioso guiados por la buena intención de penetrar en la masa popular o en los grupos partiulares, trata de confundirse con ellos en vez de distinguirse renunciando con inútil mimetismo a la eficacia genuina de su apostolado? De nuevo, en su realidad y en su actualidad, se presenta el gran principio enunciado por Jesucristo: estar con el mundo pero no ser del mundo, y dichosos nosotros si Aquel que *siempre vive para interceder por nosotros* eleva todavía su tan alta como conveniente oración ante el Padre Celestial: *No ruego que los saques del mundo, sino que los guardes del mal.*

(*Paulo VI, Ecclesiam suam, 6-8-64*)

La revolución francesa desnaturalizó los principios cristianos

Interesante sería examinar como Vicente Pallotti tiene, ante todo, los dones propios de los santos. Una clarividencia que, en ellos, al comienzo es dolorosa y casi dramática: la visión del mal, de las necesidades, de las insuficiencias, de la infidelidad tan generalizada, a la misericordia y a la gracia de Dios.

Ellos ven como muchos cristianos continúan pasivos, olvidadizos, por no decir desertores, muchas veces, de la GRAN LLAMADA que Dios, con el cristianismo ha hecho al mundo. Él ha llamado a todos para ser hijos, para ser seguidores de Cristo, para profesar su fe y ejercitar su caridad.

Pero la parte de la Humanidad que ha recibido la gran vocación cristiana, no pocas veces, por desgracia, cae en el sopor o retorna a los hábitos temporales y se enfanga en los intereses inmediatos de la vida material. Los cree mejores, más positivos y capaces de saciar los deseos humanos, superiores a la gran invitación venida del cielo con la Revelación Evangélica. De esta forma la sociedad cristiana se hace, con frecuencia, inerte e insensible; los que son, por así decirlo, el manómetro revelador de las ondas divinas que están en el mundo, son los espíritus grandes, LOS SANTOS. Uno de estos Santos, Pallotti, advirtió, ante todo, el vacío moral de su tiempo. Estamos en la época posterior a la revolución francesa, con todos los desastres e ideas desordenadas y caóticas, pero al mismo tiempo, exaltadas y todavía confiadas que aquella revolución había depositado en los hombres del siglo pasado. Había una gran necesidad de poner orden, y diríamos de estabilizarlo y solidificarlo, según era debido. Al mismo tiempo se notaba UN FERMENTO NUEVO; había ideas vivas, coincidencias entre los grandes principios de la revolución, que no había hecho sino apropiarse algunos conceptos cristianos —hermandad, libertad, igualdad, progreso, deseo de levantar las clases humildes. Porque todo esto era cristiano, pero ahora había asumido una enseñanza anticristiana, laica, irreligiosa, que tendía a desnaturalizar aquel trozo de patrimonio evangélico, llamado a valorar, elevar y ennoblecer la vida humana.

(*Paulo VI, hom. sobre S. Vicente Palotti, 1-9-63*)

El estudio de las verdades religiosas exigencia para el universitario católico

Quisiéramos especialmente recomendaros que llevéis en el corazón la cultura católica en cuanto tal. Podéis, ante todo, explorar sus tesoros; una de las deplorables lagunas de la cultura contemporánea es LA IGNORANCIA DE LAS VERDADES RELIGIOSAS, especialmente en su formulación auténtica, en las fuentes, en el patrimonio tradicional del pensamiento católico, en las expresiones del magisterio eclesiástico; esta laguna puede ser salvada por el estudio de la religión, convertido en precioso elemento integrante del estudio universitario.

(*Paulo VI a los Univ. cat., 4-9-63*)



La familia cristiana según Juan XXIII

La familia, don de Dios

El primero de marzo del año pasado se nos ofreció la oportunidad de abordar con vosotras algún aspecto de la familia «entendida como el medio natural para el desarrollo de la personalidad humana y como providencial refugio en el que se aplacan y se dulcifican las tempestades de la vida».

De buen grado volvemos sobre el tema, aunque con mayor preocupación, repitiendo la llamada que entonces brotó de nuestros labios. Este santuario —lo decíamos con lágrimas del corazón— ¡Está amenazado por tantas insidias! Una propaganda, a veces no controlada, se vale de los poderosos medios de la prensa, del espectáculo y de la diversión para difundir, especialmente entre los jóvenes, los gérmenes nefastos de la corrupción. Es necesario —dijimos entonces— que la familia se defienda, que las mujeres ocupen con valor y profundo sentido de responsabilidad su puesto en esta obra, y que sean infatigables en vigilar, en corregir, en enseñar a distinguir el bien del mal, valiéndose incluso, cuando necesario fuere de la protección de la ley civil.

Hemos querido repetir esta invitación, pues no sólo no han desaparecido las lamentables ocasiones de peligro, sino que hasta se han multiplicado nuevos ataques, cada vez más frecuentes, a la santidad de la familia. Ningún esfuerzo se ha de omitir por parte de quienes tienen responsabilidad y juicio recto humano y cristiano, a fin de llegar con la máxima eficacia a condiciones más sanas para el desarrollo y defensa de la familia.

Don de Dios es la familia: ello implica una vocación que viene de lo alto, que no puede im-

provisarse. Ella es el principio de la verdadera y buena educación; la familia es todo o casi todo para el hombre. Sí; para el niño que entra en la vida con sus primeras experiencias imborrables, para el adolescente y el joven, que en ella encuentra ejemplo que imitar y baluarte contra el nefasto espíritu del mal; para los mismos cónyuges, protegidos contra las crisis y las desorientaciones a que a veces están expuestos; para los ancianos, finalmente, que en ella pueden disfrutar del fruto merecido de una larga fidelidad y constancia.

La mujer y su puesto insustituible en la familia

En el cuadro de la familia corresponde a la mujer un puesto insustituible. Hay una voz en el hogar que todos escuchan, cuando sabe hacerse escuchar, cuando siempre se ha hecho respetar; es la voz vigilante y prudente de la mujer esposa y madre. Ella puede repetir con razón el testamento de Moisés moribundo, y decir a los hijos y por éstos a las futuras generaciones: «Pongo por testigos hoy al cielo y a la tierra, de como os pongo ante los ojos la vida y la muerte... Escoge pues la vida para que puedas vivir tú y tu familia, amando al Señor tu Dios, escuchando su voz y permaneciendo unido a El».

La voz de la madre, cuando anima, invita, exhorta, queda profundamente grabada en el corazón de los suyos y nunca más se olvida. ¡Ah, sólo Dios sabe el bien suscitado por esta voz y la utilidad que procura a la Iglesia y a toda la sociedad humana!

(Juan XXIII, aloc. Centro Femenino Cat., 7-12-60)

La mujer y su vocación a la maternidad

Queremos, además, recordar que el fin al cual ha querido el Creador ordenar todo el ser de la mujer es *la maternidad*. Esta vocación le es de tal manera propia y connatural que se cumple hasta cuando falta la generación directa de la especie. Así, pues, si se debe ofrecer a la mujer una ayuda conveniente en la elección del trabajo, en la preparación y perfeccionamientos de las aptitudes propias, necesario es que en el ejercicio de su profesión encuentre un medio para desarrollar cada vez más un corazón maternal. ¡Qué contribución podría prestar a la sociedad si se la pusiese en condiciones de desarrollar más apropiadamente estas preciosas energías suyas, y de modo especial en el terreno educativo, asistencial, religioso y apostólico, y transformar así su profesión en tantas formas de maternidad espiritual! También hoy el mundo necesita sensibilidad maternal para prevenir y disipar aquella atmósfera de violencia y brusquedad en que a veces se debaten los hombres.

Finalmente, necesario es tener siempre muy presente las exigencias particulares de *la familia*, que constituye para la mujer el centro principal de sus actividades y en la que es indispensable su presencia. Pero con frecuencia las necesidades económicas obligan a la mujer a prestar su colaboración fuera de las paredes del hogar. No hay quien no vea que esta dispersión de energías y esta ausencia prolongada del hogar ponen a la mujer en condiciones de no poder cumplir debidamente sus deberes de esposa y de madre. De donde resulta un relajarse de los lazos familiares, y que el hogar deje de ser el nido acogedor, caliente, tranquilizador, donde cada uno repone su propia vida en la llama de los afectos.

(Juan XXIII, *aloc. a la A. C. francesa, 13-5-61*)

Frente a la concepción materialista de la vida la Iglesia proclama la santidad del matrimonio

Sin duda, en nuestros días, hay algo que insensiblemente hace peligrar la institución familiar y aumenta las asechanzas que la debilitan, y esto de un modo, más insistente, seductor e insidioso que en lo pasado.

La Iglesia no ha cesado nunca de dar la voz

de alarma frente a las peligrosas concesiones de la conciencia individual y colectiva en este tan delicado terreno y tan lleno de consecuencias para la vida social. Las encíclicas, documentos y discursos de nuestros predecesores demuestran la maternal y diligente preocupación de la Iglesia. Tampoco hoy falta a su misión, que recibió del mismo Cristo. Ella continúa y propaga cada vez mejor y más perfectamente su magisterio, siempre tan adaptado aunque severo.

Por esto, queridos hijos, queremos llamar la atención de todos los hombres de buena voluntad —juristas, sociólogos, educadores y simples fieles— sobre el gravísimo problema de la santidad del matrimonio, para que sean conjurados más eficazmente esos peligros a que aludimos.

Hablando a un grupo de recién casados el 22 de abril de 1942, Pío XII les recordó que «el matrimonio no es sólo una función natural, sino que para las almas cristianas es un gran sacramento, un gran signo de la gracia y de algo sagrado, como la unión de Cristo con la Iglesia, hecha suya y adquirida con su sangre para regenerar con una nueva vida espiritual a los hijos de los hombres, que creen en el nombre de Cristo... Signo y luz del sacramento que, por decirlo así, cambian la función de la naturaleza, confieren al matrimonio una nobleza de sublime honestidad que comprende y reúne en sí mismo no sólo la indisolubilidad, sino también todo lo que se refiere al significado del Sacramento».

Pues bien, esta luminosa y hermosa doctrina cristiana sobre la naturaleza del matrimonio exige ante todo una constante y persuasiva catequesis de los fieles, que llegue a todos los estratos de la vida social. Especialmente es necesario, más aún, urgente que esta catequesis llegue principalmente a los jóvenes que se dirigen al matrimonio, renueve sus conciencias, y los haga conscientes del gravísimo deber de la instrucción religiosa en esta materia tan delicada.

Solidez de doctrina y pureza de costumbres, remedios ante las actuales claudicaciones

Semejante deber exige especial *solidez de doctrina* en aquellos que por particular vocación y profesión deben interesarse con frecuencia en esos problemas.

Y en vosotros, juristas, sobre todo; solidez

alimentada en las fuentes del derecho natural y positivo, que no cede ante ninguna adulación y debilidad y va acompañada al mismo tiempo de un perfecto equilibrio de juicio que proviene del conocimiento de las condiciones del tiempo en que vivimos.

Solidez también en los educadores y médicos. Nunca se deplorarán bastante los daños ocasionados en este campo por la concepción naturalista primero, y materialista después, de la vida con referencia especial al matrimonio y a la familia. Por haber querido sustraer su naturaleza y defensa a la Iglesia, reduciendo su valor a instituciones puramente humanas, se ha llegado poco a poco a debilitar cada vez más su estructura y trabazón.

En cambio, nunca se insistirá demasiado en que la pureza de las costumbres, la sana educación de los sentimientos, la estimación de los valores humanos, considerados en armonía con lo sobrenatural, previenen y resuelven en principio esas situaciones que, dejan siempre en las almas heridas que no cicatrizan. También hay que tener presente el estado actual de cosas causadas por el pecado original, que exige necesariamente recurrir a la gracia; sólo ésta puede devolver al hombre herido el perdido equilibrio y, si prescinde de ella ignorándola voluntariamente, la vida conyugal se priva de su más fuerte apoyo.

Pues bien, este es también el deber de educadores y médicos cristianos, que desean considerar su profesión no unilateralmente, sino en la plenitud de la situación real del hombre a cuya curación concurren en armonía fecunda lo natural y lo sobrenatural.

La ligereza con que en tantas ocasiones se afronta el problema matrimonial y el inquietante debilitamiento de los frenos morales obedecen no sólo a una falta de instrucción religiosa —como indicamos—, sino también a una falta de ideas claras y precisas por parte de aquellos que por su profesión deben ser luz y guía para las generaciones jóvenes. De la vacilación en sus convicciones, y la superficialidad e incluso de su errónea formación filosófica y religiosa —lo decimos con dolor— a veces de la perversa voluntad de combatir la acción de la Iglesia, procede el primer golpe contra la entereza de tantas conciencias, cuyo encuentro con educadores y médicos anticristianos, ha sido, a veces, ocasión y causa de dolorosas claudicaciones.

Solidez, por consiguiente, de convicciones en

la doctrina, de voluntad derivada del estudio asiduo, de la actitud humildemente sincera del alma, que sabe que la sana y profunda ciencia nunca se opone ni se puede oponer a las normas de la Revelación y a la enseñanza de la Iglesia. **La paternidad humana, participación**

de la paternidad divina

Un tercer medio nos parece bastante oportuno para establecer firmemente la seguridad de la familia, que se relaciona con todo lo dicho hasta aquí. Es el recurso constante a la paternidad de Dios *ex quo omnis paternitas in caelis et in terris nominatur*.

La íntima y eterna fecundidad, que está en el seno de Dios, se refleja en cierto modo activa y benigna, en los hijos de los hombres, elevados a la altísima dignidad y deber de procreadores.

En la familia se da la más admirable y estrecha cooperación del hombre con Dios: las dos personas humanas, creadas a imagen y semejanza divina, están llamadas no sólo al gran deber de continuar y prolongar la obra creadora, dando la vida física a nuevos seres, a quienes el Espíritu Santo infunde el poderoso principio de la vida inmortal, sino también al más noble oficio que perfecciona el primero, de la educación civil y cristiana de la prole.

Semejante firme convicción, basada en una verdad tan profunda, es suficiente para asegurar a toda unión matrimonial la estabilidad de su vínculo y hacer conscientes a los padres de la responsabilidad que asumen ante Dios y los hombres.

Los educadores y pastores de almas saben por experiencia que fuerzas de santo entusiasmo y amable gratitud a Dios suscitan tales consideraciones en los jóvenes que se preparan para el matrimonio y que serios sentimientos y propósitos suscita en sus almas generosas.

Difúndase, pues, por todos los medios de que dispongan el alegre conocimiento de esta nobleza augusta del hombre, del padre y de la madre de familia como primeros colaboradores de Dios en la continuación de su obra en el mundo, en dar nuevos miembros al Cuerpo Místico de Cristo, en poblar el cielo de elegidos que cantaran eternamente la gloria del Señor.

(Juan XXIII a la Sda. Rota Romana, 25-10 60)

Doctrina social y política de los Papas Juan XXIII y Pablo VI

Las Encíclicas «Mater et Magistra» y «Pacem in terris» de Juan XXIII y «Populorum progressio» y la Carta Apostólica «Octogesima Adveniens» de Pablo VI son los principales documentos doctrinales en materias sociales, políticas y económicas. En ellas se confirma expresamente la doctrina de sus predecesores y se desarrollan puntos concretos y cuestiones nuevas. Se da respuesta clara a interrogantes actuales, deshaciendo pretendidos equívocos sobre cambios de doctrina exigidos por circunstancias nuevas.

La Iglesia enseña a los católicos de hoy las principales verdades que han de orientar su actuación, afirmando entre otros los principios siguientes:

El orden en los campos económico, político y social debe basarse en el orden moral, que tiene a Dios por fundamento. No es la voluntad humana la fuente originaria de los derechos y obligaciones. Toda autoridad humana viene de Dios, y sólo puede obligar en conciencia si no contradice la voluntad de Dios.

Es absurda ilusión pretender construir un orden temporal prescindiendo de Dios; no puede haber justicia ni paz en el mundo si no se respeta íntegramente el orden moral querido por Dios.

El progreso técnico y científico es un bien instrumental encaminado a la perfección espiritual del hombre. El pretendido humanismo sin Dios

es inhumano. El verdadero progreso es acercarse a Cristo.

Para salvaguardar la dignidad y libertad de la persona es absolutamente necesaria la creación de una rica gama de cuerpos e instituciones intermedias. En esto consiste la socialización: en la reconstrucción orgánica de la sociedad.

El principio de subsidiariedad es la norma básica de actuación de los poderes públicos. Donde no hay iniciativa personal hay tiranía política.

No deben existir dudas de que el derecho de propiedad, aun de los bienes de producción, es un derecho natural que tiene, por tanto, valor permanente, y es un instrumento de paz familiar y civil.

El cristiano no puede adherirse sin contradicción al marxismo o al liberalismo, y es ilusorio y peligroso acercarse a ellos alegando una evolución de dichos sistemas.

La familia es el núcleo primario de la sociedad, correspondiendo la educación de los hijos, antes que a nadie, a los padres.

El llamado problema demográfico debe afrontarse esforzando la inteligencia y capacidad de dominio del hombre sobre la naturaleza, y no cegando las fuentes de la vida con métodos contrarios a la ley de Dios.

Como conclusión hacemos nuestra la que pone Juan XXIII en su primera encíclica social: «Que Cristo reine para siempre en todos y sobre todo.»



No puede haber paz si no se respeta íntegramente el orden dispuesto por Dios

La paz en la tierra, profunda aspiración de los hombres de todos los tiempos, no se puede establecer ni asegurar si no se guarda íntegramente el orden establecido por Dios.

Dignidad natural y sobrenatural del hombre

En toda humana convivencia, bien organizada y dispuesta, hay que colocar como fundamento el principio de que todo ser humano es «persona», es decir, una naturaleza dotada de inteligencia y de voluntad libre y que, por tanto, de esa

misma naturaleza directamente nacen al mismo tiempo derechos y deberes que, al ser universales e inviolables, son también absolutamente inalienables.

Y si consideramos la dignidad de la persona humana a la luz de las verdades reveladas, es forzoso que la estimemos todavía en mucho más, dado que los hombres han sido redimidos con la Sangre de Jesucristo, la gracia sobrenatural les ha hecho hijos y amigos de Dios y les ha constituido herederos de la gloria eterna.

La familia, núcleo primario de la sociedad. Antes que a nadie corresponde a los padres educar a sus hijos

La familia, fundada sobre el matrimonio contraído libremente, uno e indisoluble, es y debe ser considerada como el núcleo primario y natural de la sociedad.

Pero antes que nadie son los padres los que tienen el derecho de mantener y educar a sus hijos.

El derecho de propiedad privada instrumento de paz doméstica y civil

También brota de la naturaleza humana el derecho a la propiedad privada sobre los bienes, incluso productivos: derecho que, como otras veces hemos declarado, «constituye un medio eficaz para defender la dignidad de la persona humana y para el ejercicio de su responsabilidad en todos los campos y contribuye a la estabilidad y tranquilidad del hogar doméstico, no sin provecho para el incremento de la paz y prosperidad del estado. Por lo demás, conviene recordar que al derecho de propiedad privada va inherente una función social.

La socialización: Creación de numerosos cuerpos intermedios necesarios para salvar la libertad del hombre

Ya en la encíclica «Mater et Magistra» insistíamos en la necesidad insustituible de la creación

de una rica gama de asociaciones y entidades intermedias, para la consecución de objetos que los particulares, por sí solos, no pueden alcanzar. Tales entidades y asociaciones deben considerarse como absolutamente necesarias para salvaguardar la dignidad y libertad de la persona humana, asegurando así su responsabilidad.

Juan XXIII, «Pacem in terris»

La convivencia entre los hombres sólo puede fundarse en Dios

El orden que rige en la convivencia entre los seres humanos es de naturaleza moral. Ahora bien, el orden moral —universal, absoluto e inmutable en sus principios— encuentra su fundamento objetivo en el verdadero Dios, personal y trascendente. Él es la verdad primera y el bien sumo y, por tanto, la fuente más profunda de la que puede extraer su genuina vitalidad una convivencia de hombres ordenada, fecunda, correspondiente a su dignidad de personas humanas. Santo Tomás de Aquino se expresa con claridad a este propósito: «El que la razón humana sea norma de la humana voluntad, por la que se mida también el grado de su bondad, deriva de la ley eterna, que se identifica con la misma razón divina... Es, consiguientemente, claro, que la bondad de la voluntad humana depende mucho más de la ley eterna que de la razón humana.

Toda autoridad viene de Dios

La convivencia entre los hombres no puede ser ordenada y fecunda si no la preside una legítima autoridad que salvaguarde la ley y contribuya a la actuación del bien común en grado suficiente. Tal autoridad, como enseña San Pablo, deriva de Dios: «Porque no hay autoridad que no venga de Dios».

Toda autoridad participa de la autoridad de Dios

La autoridad misma no es, sin embargo, una fuerza exenta de control; más bien es la facultad

de mandar según razón. La fuerza obligatoria procede, consiguientemente, del orden moral, el cual se fundamenta en Dios, primer principio y último fin suyo... de donde se sigue que la dignidad de la autoridad política radica en la participación en la autoridad de Dios.

La autoridad humana, por consiguiente, puede obligar en conciencia solamente si está en relación con la voluntad de Dios y es una participación de ella.

Las leyes contrarias a la voluntad de Dios no obligan en conciencia

La autoridad, como está dicho, es postulada por el orden moral y deriva de Dios. Por tanto, si las leyes o preceptos de los gobernantes estuvieran en contradicción con aquel orden y, consiguientemente, en contradicción con la voluntad de Dios, no tendrían fuerza para obligar en conciencia, puesto que «es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres»; más aún: en tal caso, la autoridad dejaría de ser tal y degeneraría en abuso.

Libertad en la elección de gobernantes y forma de gobierno

Del hecho de que la autoridad derive de Dios no se sigue el que los hombres no tengan la libertad de elegir las personas investidas con la misión de ejercerla, así como de determinar las formas de gobierno y los ámbitos y métodos según los cuales la autoridad se ha de ejercitar. Por lo cual, la doctrina que acabamos de exponer es plenamente conciliable con cualquier clase de régimen genuinamente democrático.

La voluntad humana no es la fuente primera de los derechos y obligaciones

Cierto; no puede ser aceptada como verdadera la posición doctrinal de aquellos que erigen la voluntad de cada hombre en particular o de ciertas sociedades, como fuente primaria y única de

donde brotan derechos y deberes y de donde proviene tanto la obligatoriedad de las constituciones como la autoridad de los poderes públicos.

Es de todo punto necesario el auxilio del Cielo

De hecho, no se da paz en la sociedad humana si cada cual no tiene paz en sí mismo, es decir, si cada cual no establece en sí mismo el orden prescrito por Dios.

Es ésta una empresa tan gloriosa y excelsa que las fuerzas humanas por más que estén animadas de la buena voluntad más laudable, no pueden por sí solas llevarla a efecto. Para que la sociedad humana refleje lo más posible la semejanza del Reino de Dios, es de todo punto necesario el auxilio del cielo.

Juan XXIII, «Pacem in terris»

El derecho de propiedad privada de los bienes, aun productivos, tiene valor permanente porque es derecho natural

Ciertamente han contribuido los aspectos que presenta el mundo económico a difundir la duda sobre si hoy haya dejado de ser válido o perdido importancia un principio, del orden económico-social, constantemente enseñado y promulgado por nuestros Predecesores; o sea, el principio del derecho natural de la propiedad privada de los bienes, incluso de los productivos.

Esta duda no tiene razón de existir. El derecho de propiedad privada de los bienes, aun de los productivos, tiene valor permanente, precisamente porque es derecho natural fundado sobre la prioridad ontológica y de finalidad de los seres humanos particulares, respecto a la sociedad. (...) Y además la historia y la experiencia atestiguan que, en los regímenes políticos que no reconocen el derecho de propiedad privada de los bienes incluso productivos, son oprimidas y sofocadas las expresiones fundamentales de la libertad; por eso es legítimo deducir que éstas encuentran garantía y estímulo en aquel derecho.

Función subsidiaria de la propiedad del Estado

«En la época moderna existe la tendencia hacia una progresiva ampliación de la propiedad cuyo sujeto es el Estado u otras entidades de derecho público. Este hecho encuentra una explicación en las funciones cada vez más vastas que el bien común exige a los poderes públicos; pero también en esta materia debe seguirse el principio de su misión subsidiaria ya enunciada. Por tanto, no deben extender su propiedad el Estado ni las otras entidades de derecho público, sino cuando lo exigen motivos de manifiesta y verdadera necesidad de bien común, y no con el fin de reducir la propiedad privada, y menos aún de eliminarla.»

Juan XXIII, «Mater et Magistra»

La Socialización tiende a una reconstrucción orgánica de la sociedad

«Uno de los aspectos típicos que caracterizan a nuestra época es la socialización, entendida como un progresivo multiplicarse de las relaciones de convivencia, con diversas formas de vida y de actividad asociada y como institucionalización jurídica.

(...) La socialización es también fruto y expresión de una tendencia natural, casi incontenible, de los seres humanos: la tendencia a asociarse para la consecución de los objetivos que superan la capacidad y los medios de que pueden disponer los individuos aisladamente. Semejante tendencia ha dado vida, sobre todo en estos últimos decenios, a una rica serie de grupos, de movimientos, de asociaciones, de instituciones para fines económicos, culturales, sociales, deportivos, recreativos, profesionales y políticos, tanto dentro de cada una de las comunidades nacionales como en plano mundial.

(...) Creemos además necesario que los organismos intermedios y las múltiples iniciativas sociales, en las cuales tiende ante todo a expresarse y actuarse la socialización, gocen de una autonomía efectiva frente a los poderes públicos...

(...) Si la socialización se mueve en el ámbito del orden moral siguiendo las líneas indicadas, no trae, de por sí, peligros graves de opresión con daño de los seres humanos individuales; en cam-

bio, contribuye a fomentar en ellos la afirmación y el desarrollo de las cualidades propias de la persona; además, se concreta en una reconstrucción orgánica de la convivencia que Nuestro Predecesor Pío XI en la Encíclica *Quadragesimo Anno* proponía y defendía como condición indispensable para que queden satisfechas las exigencias de la justicia social.»

Juan XXIII, «Mater et Magistra»

El principio de subsidiariedad, norma de la actuación del Estado. Donde no hay iniciativa personal, hay tiranía política

La acción de los poderes públicos en el campo económico debe inspirarse en el principio de subsidiariedad.

Ante todo se ha de afirmar que el mundo económico es creación de la iniciativa personal de los ciudadanos, ya en su actividad individual, ya en el seno de las diversas asociaciones para la prosecución de intereses comunes.

En él, sin embargo, por las razones aducidas por Nuestros Predecesores, deben estar también activamente presentes los poderes públicos a fin de promover debidamente el desarrollo de la producción en función del progreso social en beneficio de todos los ciudadanos. Su acción, que tiene carácter de orientación, debe inspirarse en el *principio de su misión subsidiaria* formulado por Pío XI en la Encíclica *Quadragesimo Anno*: *Debe con todo quedar en pie el principio importantísimo en la filosofía social de que así como no es lícito quitar a los individuos lo que ellos pueden realizar con sus propias fuerzas e industria para confiarlo a la comunidad, así también es injusto reservar a una sociedad mayor o más elevada lo que las comunidades menores o inferiores pueden hacer. Y esto es juntamente un grave daño y un trastorno del recto orden de la sociedad; porque el objeto natural de cualquier intervención de la sociedad misma es el de ayudar de manera supletoria a los miembros del cuerpo social, y no el de destruirlos o absorberlos.*

(...) Pero es menester afirmar continuamente el principio de que la presencia del Estado en el campo económico, por dilatada y fecunda que sea, no se encamina a empequeñecer cada vez más la

esfera de la libertad en la iniciativa de los ciudadanos particulares, sino antes a garantizar a esa esfera la mayor amplitud posible.

(...) La experiencia efectivamente atestigua que donde falta la iniciativa personal de los particulares hay tiranía política.

Juan XXIII, «Mater et Magistra»

El problema del aumento demográfico no se puede resolver en contra de la ley de Dios, sino esforzando la inteligencia y capacidad creativa del hombre

Dios, en su bondad y en su sabiduría, ha diseccionado en la naturaleza recursos inagotables, y ha dado a los hombres inteligencia y genialidad a fin de que creen los instrumentos idóneos para apoderarse de ellos y para hacerlos servir a la satisfacción de las necesidades y exigencias de la vida. Por lo cual la solución fundamental del problema no se ha de buscar en expedientes que ofenden el orden moral establecido por Dios y ciegan los manantiales mismos de la vida humana, sino en un renovado empeño científico-teórico de parte del hombre en profundizar y extender su dominio sobre la naturaleza. Los progresos ya realizados por las ciencias y las técnicas abren por esta vía horizontes ilimitados.

Ilicitud de ciertos métodos en la transmisión de la vida

Tenemos que proclamar solemnemente que la vida humana se transmite por medio de la familia, fundada en el matrimonio único e indisoluble, elevado para los cristianos a la dignidad de Sacramento. La transmisión de la vida humana está encomendada por la naturaleza a un acto personal y consciente y, como tal, sujeto a las leyes sapientísimas de Dios: leyes inviolables e inmutables, que han de ser acatadas y observadas. Por eso no se pueden usar ni seguir ciertos métodos que podrían ser lícitos en la transmisión de la vida de las plantas y de los animales.

No habrá en el mundo justicia ni paz mientras los hombres no vuelvan sus ojos a Dios

La confianza recíproca entre los hombres y entre los Estados no puede nacer ni consolidarse sino con el reconocimiento y con el respeto del orden moral.

Pero el orden moral no se sostiene sino en Dios: separado de Dios se desintegra.

Por tanto, cualquiera que sea el progreso técnico y económico, no habrá en el mundo justicia ni paz mientras los hombres no vuelvan al sentimiento de la dignidad de criaturas y de hijos de Dios, primera y última razón de ser de toda la realidad creadas por Él. El hombre, separado de Dios, se vuelve deshumano consigo mismo y con sus semejantes, porque la relación ordenada de convivencia presupone la ordenada relación de la conciencia con la persona de Dios, fuente de verdad, de justicia y de amor.

La absurda utopía de esperar un orden prescindiendo de Dios

El aspecto más siniestramente típico de la época moderna consiste en la absurda tentativa de querer reconstruir un orden temporal sólido y fecundo prescindiendo de Dios, único fundamento con que puede sostenerse, y de querer ensalzar la grandeza del hombre secando la fuente de donde brota aquella grandeza y de lo que se alimenta, es decir, reprimiendo y, si posible fuera, extinguiendo sus ansias de Dios. Sin embargo, la experiencia cotidiana, en medio de los desengaños más amargos y no raramente con testimonios de sangre, sigue atestiguando lo que se afirma en el Libro inspirado: «Nisi Dominus aedificaverit domum, in vanum laborant qui aedificant eam.»

Juan XXIII, «Mater et Magister»

El humanismo sin Dios es inhumano

El hombre puede organizar la tierra sin Dios, pero a fin de cuentas no hará sino organizarla

contra el hombre. El humanismo exclusivo es un humanismo inhumano.

Pablo VI, «Populorum Progressio»

El cristiano no puede aceptar el marxismo ni el liberalismo

El cristiano no puede adherirse sin contradicción a sistemas ideológicos que se oponen radicalmente, o en puntos sustanciales, a su fe y a su concepción de hombre: ni a la ideología marxista, a su materialismo ateo, a su dialéctica de violencia y a la manera como ella entiende la libertad individual dentro de la colectividad, negando al mismo tiempo toda trascendencia al hombre y a su historia personal y colectiva; ni a la ideología liberal que cree exaltar la libertad individual, sustrayéndola a toda limitación, estimulándola con la búsqueda exclusiva del interés y del poder, y considerando las solidaridades sociales como consecuencia más o menos automática de iniciativas individuales, y no como un fin y un criterio más elevado del valor de la organización social.

Ilusorios y peligrosos acercamientos al marxismo

Otros cristianos se preguntan también si una evolución histórica del marxismo no autorizaría ciertos acercamientos concretos... Sería ilusorio y peligroso el llegar a olvidar el lazo íntimo que une los diversos aspectos del marxismo radicalmente, y el aceptar los elementos del análisis marxista sin reconocer sus relaciones con la ideología, el entrar en la práctica de la lucha de clases y de su interpretación marxista dejando de percibir el tipo de sociedad totalitaria y violenta a la que conduce este proceso.

Errores radicales del liberalismo filosófico

Por otra parte, se asiste a una renovación de la ideología liberal. Esta corriente se afirma; sea en nombre de la eficacia económica, sea para de-

fender al individuo contra el dominio invasor, cada vez más, de las organizaciones, sea contra las tendencias totalitarias de los poderes políticos. Ciertamente hay que mantener y desarrollar la iniciativa personal. Los cristianos que se comprometen en esta línea, ¿no tienden, a su vez, a idealizar el liberalismo que se convierte entonces en una proclamación a favor de la libertad? Ellos querrían un nuevo modelo, más adaptado a las condiciones actuales, olvidando fácilmente que en su misma raíz el liberalismo filosófico es una afirmación errónea de la autonomía del individuo en su actividad, sus motivaciones, el ejercicio de su libertad.

El verdadero progreso es acercarse a Cristo

El progreso está en la base de las sociedades modernas, al mismo tiempo como móvil, como medida y como objeto. Desde el siglo XIX las sociedades occidentales y otras muchas en contacto con ellas, han puesto su esperanza en un progreso, renovado sin cesar, e ilimitado.

Para un cristiano el progreso encuentra necesariamente el misterio escatológico de la muerte: la muerte de Cristo y su resurrección, el impulso del Espíritu del Señor ayudan al hombre a situar su libertad creadora y agradecida en la verdad de todo progreso y en la sola esperanza que no decepciona jamás.

Pablo VI, «Octogesima Adveniens», 1971

El progreso técnico es un bien instrumental

La Iglesia ha enseñado en todo tiempo y sigue enseñando, que los progresos científico-técnicos y el consiguiente bienestar material, son bienes reales; y por tanto señalan un paso importante en la civilización humana. Pero ellos deben valorarse por lo que son según su verdadera naturaleza, es decir, como bienes instrumentales o medios que se utilizan para la consecución más eficaz de un fin superior, cual es el de facilitar y promover el perfeccionamiento espiritual de los seres humanos, tanto en el orden natural como en el sobrenatural.

Tomar ánimo y cooperar al Reino de Cristo

Nuestra época está azotada y penetrada de errores radicales, está desgarrada y alterada con profundos desórdenes, pero es también una época que abre inmensas posibilidades de bien al espíritu generoso de la Iglesia.

Amados hermanos e hijos, os invitamos (...) a tomar ánimo para que cada uno y todos cooperen a la realización del Reino de Cristo sobre la tierra: «reino de verdad y de vida; reino de santidad y de gracia; reino de justicia, de amor y de paz», reino que asegura el goce de los bienes celestiales, para los cuales hemos sido creados y a los cuales ansiamos llegar.

Para que Cristo reine para siempre, en todos y sobre todo

La voz de la Iglesia Católica y Apostólica, Madre y Maestra de todos los pueblos (...) armoniza aquella antiquísima voz del Salmista que no cesa de fortificar y levantar nuestros ánimos:

«Oír lo que dice el Señor Dios: porque habla de paz a su pueblo y a sus fieles y a todos los que de corazón vuelven a Él. Ciertamente está cerca su salvación para los que le temen de modo que su gloria habita en nuestra tierra. La verdad y la bondad se han encontrado; la justicia y la paz se han besado. La verdad germina de la tierra; la justicia se asoma desde el cielo. El Señor dará todo bien y la tierra dará su fruto. La justicia siempre delante para indicar con la luz el buen camino.»

Estos son los votos (...) los formulamos a fin de que el Divino Redentor de los hombres «qui factus est nobis sapientia a Deo et justitia et sanctificatio, et redemptio» reine y triunfe felizmente a lo largo de los siglos en todos y sobre todo; los formulamos también para que, armonizada la convivencia en el orden, todas las gentes finalmente gocen de prosperidad, de alegría, de paz.

Juan XXIII, «Mater et Magistra»

Sólo en el Evangelio está la salvación

Éste será el primer pensamiento del ministerio pontificio, para que sea proclamado cada día más alto a la faz del mundo que solamente en el Evangelio de Jesús está la salvación esperada y deseada, porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el cual ellos deban ser salvados. (Act., 4, 12.)

Primer Radiomensaje de Pablo VI al mundo entero. 22-6-1963.

El cristiano ante el marxismo

Toda acción social es aplicación de una doctrina. El cristiano no puede admitir aquella que supone una filosofía materialista y atea, que no respeta ni la orientación religiosa de la vida a su último fin, ni la libertad ni dignidad humana.

Pablo VI, «Populorum Progressio»



SALVE, ESPAÑA CATOLICA, TU FE EN CRISTO ES TU MEJOR GLORIA

Salve, España Católica, Tu fe en Cristo, Hijo de Dios vivo, es tu mejor gloria. Es el eje de oro de tu cultura y es para ti fuente de virtudes. Esa fe que profesaron tus grandes concilios y está esculpida en catedrales, la que pregonaron teólogos en Trento y llevaron a los mundos lejanos tus misioneros. Da destimonio de ella el racimo de naciones que con tu lengua han recibido este don de Dios.

Hemos captado en las páginas de su historia, a veces atormentada y siempre gloriosa, su tradicional fisonomía cristiana; hemos admirado sus gestas de martirio, de santidad, de servicio a la Iglesia de Cristo, y hemos visto en ellas palpitar su alma de altos destinos, de aquel, sobre todo, que marca un jalón inamovible en la historia humana, el de completar el planeta y borrar los antiguos linderos del mundo.

Que la fe católica, aquella que en Pablo tuvo un heraldo, un paladín un mártir, viva siempre en España.

Mensaje de Pablo VI a España en la clausura del año Paulino. 28-1-64

QUE ESPAÑA SIGA SIENDO SIEMPRE FIEL A SU VOCACION CATOLICA

Una nación como España, con sus glorias pasadas y presentes, con la compacta fe católica de su población, con abundancia de vocaciones sacerdotales y religiosas...

Que España siga siendo siempre fiel a su vocación católica y a sus altos destinos.

Audiencia al Embajador de España. «L'Osservatore Romano», 13-5-64
